

Crónicas de Bajo Raíz

Bajo Raíz es una ciudad ubicada en el centro de un planeta llamado Tierra, aunque sabemos que este tipo de mundo es conocido así (o de una forma similar) en todos los universos. A esta extraña metrópolis llega Omar, un joven nómada del desierto, con la intención de estudiar Magia con m grande. Casi sin proponérselo, aprenderá muchas cosas más gracias a los maestros, amigos y enemigos que encontrará en su camino a transformarse en héroe.

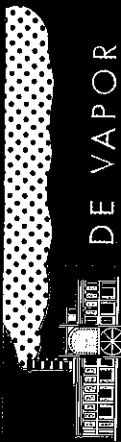
JL Flores es escritor, guionista y director creativo. Entre 2002 y 2007 estuvo a cargo del proyecto Mitos y leyendas, el juego de estrategia desarrollado por la emblemática editorial Saló. Es autor de varios libros, entre ellos Alicia, la niña vampiro, y ha escrito guiones para series de televisión y obras de teatro.

A PARTIR DE 12 AÑOS



Crónicas de Bajo Raíz

EL BARCO DE VAPOR



El mago del desierto

JL Flores

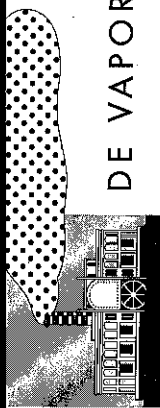
ISBN 978-856-284-947-6



9 789562 164947

sm

sm



EL BARCO

DE VAPOR

El mago del desierto

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz P.
Edición: Sebastián Garrido T.

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles S.
Diagramación: Jennifer Contreras V.
Producción: Andrea Carrasco Z.

Ilustraciones: Angela González.

Primera edición: octubre de 2011.
Segunda edición: julio de 2013.

© José Luis Flores
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyuncura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12

Registro de propiedad intelectual: 209.150
Registro de edición: 209.148
ISBN: 978-956-264-947-6

Impresión: Salesianos Impresores
General Gana 1486, Santiago.

Impreso en Chile / *Printed in Chile*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

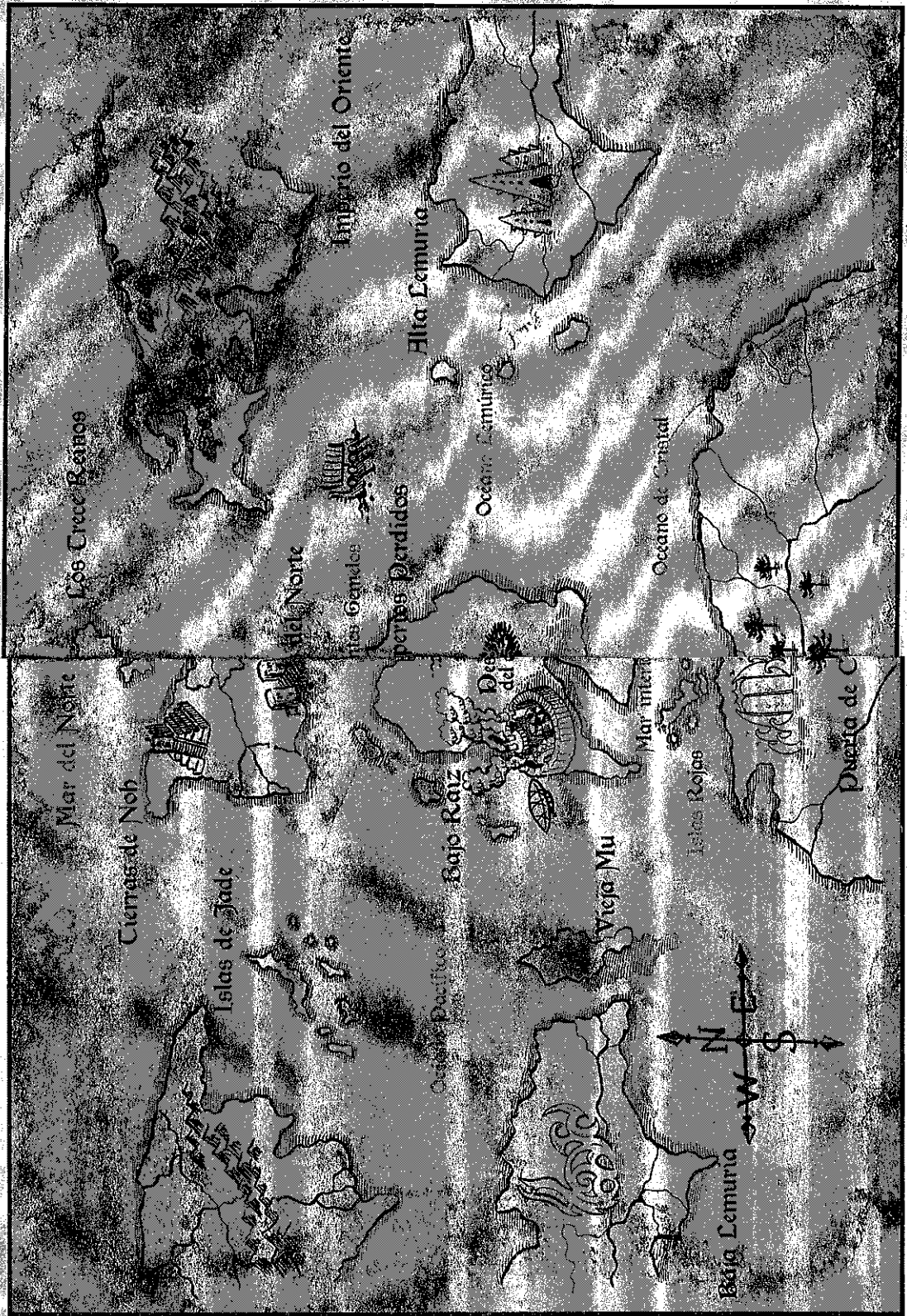
Crónicas de Bajo Raíz
El mago del desierto

JL Flores

Ilustraciones de Angela González

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

ediciones **sm**



Primera parte

Aprendizajes

Consejos para viajeros

I

Se dicen muchas cosas sobre el cielo de la noche, sobre sus estrellas, sobre sus oscuridades. Dicen, por ejemplo, que si miras al centro mismo del universo verás un pequeño planeta llamado Tierra, aunque la verdad es que la totalidad de los planetas habitados se llaman así en su lengua nativa, inclusive aquellos que están cubiertos mayoritariamente por agua¹.

Hay que decir, antes de continuar con el relato, que esta pequeña Tierra, al centro del universo, es distinta a todas las demás. Verás, los dioses fundadores fueron más bien creativos que prácticos con ella. Se habla de cientos de caminos que la conectan con las otras Tierras, con universos paralelos, incluso con dimensiones que solo se pueden ver de reojo. Eso es muy probable, pues casi todo lo imaginable puede ser encontrado en sus cuatro grandes continentes, sus islas y sus abismos. Miles de historias se han escrito en sus inmensos desiertos, sus montañas, sus bosques, sus océanos; cientos de ciudades fantásticas se han levantado sobre su suelo y bajo este, en las profundidades de sus aguas, incluso en sus cielos.

¹ Quizás la excepción sea Yul-Arravatán, que en la lengua de los yuls, significa "suelo", pero no ahondaremos en ese asunto.

Algunas se han ido para siempre, otras, quizás por timidez, se han vuelto invisibles. Pero la verdad es que son todas pálidos reflejos si las comparamos con aquella levantada sobre el gran espinazo, aquella que separa el desierto del norte de los grandes bosques del sur. Aquella cuyas faldas terminan besando el océano Pacífico, y retroceden hasta las colinas silenciosas. La verdad es que su nombre fue dado muchos años antes de nuestro tiempo por criaturas que ya no habitan el mundo de los vivos. Por asuntos de turismo han querido cambiárselo, pero todos la siguen conociendo como Bajo Raíz, la ciudad eterna.

Es tarde. Hace ya dos horas que el sol se ha escondido, pero los inmigrantes venidos desde los confines del continente siguen llegando. Algunos huyen, otros buscan un futuro mejor para su familia, o van de paso a destinos aún más lejanos. Cualquiera que busque un refugio podrá encontrarlo entre las calles de la ciudad. Es verdad que algunas veces es dura, fría o simplemente incomprensible, pero también puede ser constante, fiel y firme.

Los hombres de la caravana han conducido toda la noche tan solo para encontrar las puertas cerradas. El Consejo de la Ciudad ha decidido clausurar la gran puerta del sur después de las nueve y media. ¿La razón? Una horrible plaga de pulgas, así es, pulgas... acompañadas de rampantes hombres lobo, claro está.

Los caballos están cansados, los niños durmiendo. Eso es verdad para casi todos. Los

gemelos han estado hablando de la ciudad desde que cruzaron el acantilado de Antú.

Ahora Faarih y su hermano Rustam, menor que él por largos quince minutos, deben esperar y no son buenos haciendo eso. Han colmado un poco la paciencia de su padre y deben alejarse de la carreta a regañadientes. Frente a ellos brillan las luces de las grandes torres de la universidad, las chimeneas siguen arrojando humo, la ciudad está despierta, simplemente no está lista para dejarlos entrar. Pasan los minutos y otros se les unen. Algunos, como ellos, llegan en carretas gastadas por el sol; otros, más extraños, montan enormes pájaros que parecen gorriones gigantes. Gente de todos colores y formas, incluso algunos que ellos no podrían llamar exactamente "gente".

—Tengo miedo —confiesa Rustam mientras observa a los extraños.

Faarih se siente igual, pero se niega a reconocerlo. En vez de eso, camina hacia uno de esos inmensos pájaros y con sus ojos negros abiertos como dos grandes monedas suelta una pregunta para el jinete.

—¿Cómo le llama usted a eso?

Un pequeño anciano monta al curioso animal. Está demasiado delgado para ser un hombre sano, pero su sonrisa parece sostener todo su delicado cuerpo. Una extraña marca en su ojo izquierdo les recuerda a un gusano o a un ciempiés.

—Es un Yin-Yin —contesta el anciano—. Viven al norte, en el desierto. Si me ayudas a bajar,

te puedo contar más; vamos a tener tiempo, las puertas de la ciudad no se abren hasta las siete de la mañana.

A pesar de su edad, el viejo realmente no necesita ayuda. En un instante levanta un pequeño campamento. Deja que los chicos hagan la fogata para que se sientan bien y gasten algo de energía.

—¿Qué edad tienen? —Les pregunta el viejo— sin levantar la vista del pequeño fuego.

—Nueve —contesta seguro Rastam desde la distancia.

El viejo asiente con algo de ternura.

—La primera vez que crucé las puertas de la ciudad tenía ocho. Eso fue hace mucho.

El viejo hace una pausa, mientras otros viajeros se suman a la fogata.

Faarih mira para comprobar que su familia se les unirá. Solamente entonces suelta la pregunta que estaba incubándose en su garganta desde que vio al anciano llegar.

—¿Quién es usted?

—Por fin, tardaste un rato —dice sacando un librito de entre sus ropas—. Verás, para contestar esa pregunta dile a tu madre que prepare unas tortillas con mantequilla, mira que tenemos para un buen rato.

Tras las murallas de la ciudad, el vigía de la guardia hace sonar la diana. Los viajeros se sobrecogen por un momento, al menos hasta que llega la comida. Solo entonces el viejo vuelve a hablar.

—Empecemos.

II

“Es una costumbre de mi pueblo contar historias las noches inquietas como esta. Perdonen si a veces me cuesta avanzar. Todo esto ocurrió hace mucho, pero comenzaré como corresponde, por el principio. Mi nombre es Omar y soy uno de los que ustedes llaman beduinos, pues mi verdadero hogar está al norte, entre las arenas y el calor del gran desierto.

Mi padre era por entonces el líder de nuestro clan, un hombre firme, con brazos fuertes y ojos como halcón. Yusuf, mi hermano, a sus quince años ya era una leyenda, uno de los más grandes cazadores que el clan hubiese conocido. Vivir bajo la fama de ambos era muy difícil para mí. Verán, yo no era bueno montando, tampoco con el arco. Podía defenderme con la espada, pero jamás podría haber sido un gran guerrero. Aun así disfrutaba el trabajo que teníamos: recoger reliquias de viejas ciudades... ¡había cientos de ellas por todo el desierto! Viejos tesoros que podían ser vendidos a buen precio en las ciudades vecinas, o en la misma metrópolis. ¿Quiénes los compraban? Pues desde el más oscuro nigromante hasta los sacerdotes del Culto al Conejo necesitan reliquias para lucir más místicos.

Bajo Raíz es el mejor lugar en el planeta para ser quien realmente eres. Quizás fue por ello que en un viaje de ventas uno de los grandes paladines de los allae, los que ustedes allá en el sur llamarían

elfos, le dijo a mi padre que debía ponerme a estudiar. Así fue como todos los inviernos, cuando el desierto se pone pelagroso, yo era enviado a aprender en la gran Universidad de Bajo Raíz. Al parecer, tenía algún talento para la magia. En ese momento me pareció una locura. ¿Quién podía conocer el futuro? Ciertamente yo no, al menos no en esa época.

Estábamos en mayo, el último mes que yo permanecía junto a mi familia antes de regresar a mis estudios. Había cumplido doce años, lo que por tradición me hacía acreedor de mi primer Yin-Yin y el derecho a salir a las misiones de recolección más interesantes. O peligrosas, como diría mi padre.

Nos movíamos rápido, ya que la vida de un beduino es inquieta. Debes ser como las abejas recolectoras, siempre pendientes de las arañas que estaban listas para saltarte encima, pero nunca dejar de trabajar.

Habíamos llegado hasta el borde noroeste del desierto, donde está la playa de las cosas perdidas. No muchos saben, pero en sus orillas una vez se levantó una gran ciudad. Su nombre se perdió hace mucho; sin embargo, algunos de sus muros siguen en pie. Es un buen lugar para nuestro oficio.

Pero no éramos los únicos invasores. El tiempo había transformado a edificios y templos en refugio para carroñeros, criaturas que esperaban detrás de cada sombra para saltar sobre ti.

Pocos humanos venían hasta aquí y las demás criaturas de este mundo simplemente no sabían que esta región existía².

Había media docena de leyendas sobre este lugar, todas ellas hablaban de maldiciones y magias antiguas. Sin embargo, mi padre, mi abuelo y el padre de este sabían la verdad: no era el miedo el que impedía que los hombres de la ciudad fuesen allá, sino que era la vergüenza de lo que una vez hicieron, porque este desierto no siempre estuvo aquí. Por ese motivo inventaron todas esas historias, para así no tener que cargar con la culpa.

Mi padre buscaba artefactos de uso diario para vender en el mercado, mi hermano se encargaba de rescatar armas y ropajes, a mí me dejaban el resto: pequeños pedazos de cristal cortado, jade y amatista. No se pagaba mucho por ellos, pero en ese entonces me conformaba. Ya llegaría el momento para grandes botines, o quizás por mis venas simplemente no corría el espíritu de comerciante.

—Enano —dijo Yusuf sin mirarme—, ¿viste esa enorme cabeza de piedra?

Apuntó al único vestigio artístico que quedaba entre las ruinas. Era una cabeza de piedra gris, tenía quizás dos metros y medio de diámetro, sus ojos habían sido adornados con ópalos y

de sus orejas colgaban rubíes. Nadie se había atrevido a robarlos nunca. Nosotros tampoco.

—Esa estatua la hicieron hace poco. Mucho después de que la ciudad quedó vacía —dijo, siguiendo su lección—. ¿Y sabes por qué?

—¿Eran muy religiosos? —contesté yo pensando en las famosas ciento una iglesias que sabían se levantaban en Bajo Raíz.

—¡Nah! No sabemos si eso fue un dios o no, quizás era un príncipe o un vendedor de aceite de oliva. ¿Sabes por qué la hicieron? Por obstinación, Omar; estos tipos eran tan cabeza dura como tú. Simplemente creían que estaban haciendo lo correcto y lo hicieron.

En ese momento no entendí esa frase, pensé que se estaba riendo de mí, pero ahora sé que incluso los hermanos mayores, de cuando en vez, tienen algo que enseñarte.

No pasábamos la noche cerca de las ruinas, era peligroso porque el mundo de los espíritus estaba demasiado cerca. La verdad es que incluso el desierto vivo donde pusimos nuestra carpa era un lugar menos escalofriante por la noche. Aunque estábamos ya lejos, aún podíamos escuchar a los fantasmas aulladores. Yo ya estaba muy grande para esperar el abrazo de alguien, pero aún así me sentí muy bien cuando mi padre entró en nuestra carpa con su rostro severo y soltó su mensaje.

—Mañana nos reuniremos con los demás; iremos a Bajo Raíz. La temporada ha terminado.

² O mejor dicho, no querían acordarse de que existía. Alguien debería escribir una novela sobre eso. Es una gran idea, ¿no creen?

Y es que el clima durante el otoño comienza a cambiar y quien quiera sobrevivir debe saber cómo dejar atrás un lugar. Por cómodo y seguro que este parezca, siempre llegará el invierno con sus trampas, sus soledades.

Así fue como mi hermano, muy triste, bajó la cabeza y asintió con obediencia. ¿Yo? Bueno, yo estaba feliz y no era precisamente por regresar a la ciudad, ni siquiera por volver a la escuela. Pero dejen que me guarde mis secretos por un momento; prometo ser sincero en todo lo demás.

III

La verdad es que fueron más de quince días de viaje, pero si alguien le preguntaba a mi padre, él diría que los nómadas recorremos el desierto en dos días. Así era el viejo, tenía sus misterios.

La puerta nororiental de Bajo Raíz es la más custodiada de todas. Con cierta razón, pues los amos de la ciudad sabían que del desierto un día vendría un problema más serio que la plaga, o los enemigos del sur.

Todo en aquella estructura estaba diseñado para provocar una sola cosa en el posible invasor: miedo. Un gigantesco mastodonte de acero adorna la puerta mayor, mientras los guardias vestidos en armaduras completas montan sus carneros gigantes, cuyos ojos brillan con la blanca luz de la magia. Es que ese era el truco, porque, si bien los guerreros eran muy diestros y sus bestias lucían feroces,

el verdadero poder de la ciudad estaba más arriba. Lejos de la puerta misma siempre había un mago, un alquimista o un paladín, todos productos de la universidad y verdaderamente peligrosos. Aún así, en los cielos patrullaban hombres montados en serpientes acorazadas, cuyas alas de metal brillaban bajo el sol. Era una escenografía teatral, pero una muy mortal.

En esa época eran muchos los que cruzaban, de manera que nadie puso atención a un niño solo que decía adiós a su padre y hermano, los que preferían ir más al sur, al gran mercado, donde podían vender lo que habían recogido. Llevaba tres años haciendo esa rutina y aún no me acostumbraba. Se me achicaba el corazón cuando veía esas calles siempre pobladas, llenas de inmigrantes tan ansiosos como yo. Pero la ciudad es mucho más que su barrio norte, y había un solo lugar al que un chico como yo podía ir: la universidad, por supuesto. Sin embargo, debía hacer un pequeño desvío.

Crucé el barrio de los no muertos, donde pocas luces brillan y de día el sol no se atreve a entrar. Seguí el camino del viejo rey hasta el barrio de los joyeros, crucé más allá de las cuadras donde los viejos Djinn juegan damas flotando a unos pocos centímetros del suelo. Bajé por la pendiente del puerto hasta llegar al parque de la conquista. Ahí muchas parejas se encontraban para contarse secretos que los demás no debían escuchar. A pesar de lo bonito de la escena, alrededor de ellos se encuentran las embajadas, donde aquellas

naciones que amaban, odiaban y envidiaban a Bajo Raíz se daban cita, intercambiaban notas, armaban conspiraciones que siempre eran descubiertas por la policía del Consejo. Era un juego recurrente, pero ninguna de estas potencias extranjeras podía darse el gusto de ser enemiga frontal de esta ciudad; sería un error. Quizás por eso estos soldados no han partido a una guerra real en más de once años. Pero no, mis amigos, tampoco era la política lo que me interesaba aún más que la universidad.

Las naciones menores no podían pagar lo que costaba un arriendo cerca del parque, de manera que solían arrendar casitas o departamentos más lejanos. Ese era el caso de la embajada de las Islas de Jade, cuyos aposentos eran grises, aún afectados por los últimos embates de la naturaleza³ y sin bandera alguna. Su frontis no ofrecía nada, salvo una lección de mal gusto. Su angosto y largo patio trasero cubierto de lotos blancos se había transformado en todo un paraíso para mí. Quizás debo mencionarles, antes de seguir, que mi habitación de universitario interno es inmediatamente continua a aquel patio y por mi ventana es lo único que se puede ver. Quizás debo decirles que en aquel patio suelo encontrar a Toru, mi real motivo para contar esta historia.

Concentro toda mi habilidad en no hacer ruido y con un poco de mi energía disfrazo el sonido de mis pasos. Cada uno de ellos parece el

³ Dos temblores, una plaga de termitas y el ataque de un murciélago rinoceronte gigante que tenía problemas de digestión.

silbido de un pájaro; sin embargo, ella está atenta, no cae ante mi trampa y se da cuenta rápidamente de mi pequeña emboscada. Para mi bien, es la única en la casa que nota mi presencia.

Ella salta veloz sobre mí. Su abrazo es delicado, pero fuerte. Han pasado dos estaciones desde que nos vimos a la cara por última vez. Ha crecido, pero creo que yo también. Somos amigos, pero también somos un poco más que eso. No explicamos nuestras ausencias; así somos nosotros, desde hace dos años.

—¿Las trajiste? —Pregunta sin soltarme.

Le muestro las piedras que he recolectado para ella. Sonríe al ver las amatistas; entre sus dedos bailan los cristales y también las pequeñas ágatas. Pero la magia pasa cuando ella toca el jade, que en sus manos se transforma en una luz, para luego quedar en una especie de sustancia chiclosa sin brillo alguno.

—Lo siento —me dice sin posar sus ojos en mi cara.

—No hay problema, veo que has estado practicando.

Ella niega con la cabeza y evita por completo mi mirada.

—No necesito practicar, hago este tipo de cosas todo el tiempo... yo lo destruyo todo, "princesita manos de hacha".

Intento alegrar su rostro con un par de trucos que practiqué durante la pasada estación, pero son mis errores los que la hacen reír. Luego de un

rato guarda silencio, se apoya en mi regazo. Quiero decirle algo, hablarle de mi experiencia en casa, tal como quedamos hace unos meses. Sin embargo, nos quedamos en silencio, muy seguros de que algo estaba pasando y no podíamos hacernos los tontos mucho tiempo más.

En la nación del asombro

I

Conocí a Toru cuando ambos teníamos solamente nueve años, el mismo mes que mi padre me inscribió en la universidad. En esa época yo era un niño pequeño, y estaba asustado. Caminaba solo por los pasillos de la escuela. Aún no me habían admitido del todo: faltaban los exámenes de energía y alma, dos términos que por supuesto yo no tenía idea qué demonios significaban. Tampoco tenía un compañero de cuarto y la verdad es que nadie quería estar conmigo, pues siendo un nómada era un peligro, un extraño.

Entre las clases de introducción me quedaba horas meditando, pensando en el desierto. De cuando en vez el encargado de los novatos, el señor Oz, iba a ver que no me faltara nada. Él era la única persona que hablaba realmente conmigo.

Fue el mismo día de los exámenes. La vi llegar acompañada de dos guardias armados. Vestían ropas que jamás había visto: largas túnicas de seda, y un velo cubría sus caras, mostrando solo sus ojos rasgados, vigilantes, que me asustaban más de lo que yo quería reconocer. Toru fue la única niña que al verme no dio vuelta la cabeza, me sonrió y aunque eso bastaba para asombrarme, casi morí de un salto al corazón cuando la vi entrando

a la sala del examen. Ella sería mi compañera o al menos eso creí entonces.

Habíamos rendido muchos exámenes antes de postular a la universidad. A pesar de que, en general, mi puntaje de postulación era bueno, tenía una gran y profunda deficiencia: yo no soñaba. Nunca en mi vida había tenido un simple sueño, salvo quizás aquel donde estaba esa mujer pálida, con pintura negra en el rostro, que iba quemando su camino por una larga carretera. Era acompañada por sombras que flotaban, pero el sueño colapsó y nunca recordé más. Hacía años que no tenía aquella pesadilla y esta desconexión con el mundo onírico me separaba de los genios que quedaban matriculados inmediatamente.

Lo cierto era que, al igual que la mayoría, debía dar un examen de admisión, y esa sería la prueba de nuestras vidas, pues era aquí que los miembros del Comité para los Estudios Místicos de la Universidad de Bajo Raíz decidían primero si es que tenías potencial para hacer magia real⁴ y luego a qué escuela pertenecerías. Podían mandarte a la oscura Escuela de Nigromancia, cuyo campus estaba en el barrio del cementerio; a la Escuela Elemental, bajo la supervisión de los druidas, o a la Escuela Mágica General, en el

⁴ No toda la magia es real, todos pueden tirar bolas de fuegos o rayos por los ojos, pero pocos saben lo que es hacer Magia con un grande.

edificio central de la universidad. ¿Yo? Bueno, a mí me bastaba con ser admitido.

La presidencia del jurado estaba compuesta por los seres más poderosos de todo el continente. Rass, por entonces director académico de la escuela de magia; Sauda Brazo de Cónдор, jefa de las Guerreras Espíritu, y Tadeo el Nigromante. Pero había otros veinte profesores de la escuela tomando notas detrás de ellos, silenciosamente decidiendo nuestro futuro. Se sentaron en unos incómodos banquetos, y cuando sonó la campana comenzaron a desfilarse los postulantes.

Había pequeños hechiceros, brujos de provincia y niños estudiosos venidos de las mejores escuelas privadas. Sin embargo, la prueba sería dura para todos. Primero debíamos demostrar control sobre nuestras emociones; esa era la prueba de Rass.

El viejo mago no quería alardear de sus poderes y se limitó a convocar a una enorme araña negra, una habitante del plano inferior de Abismo.

—Solamente un mago de verdad sabría cómo lidiar con ella —dijo, sonriendo a boca llena. —¡Es una tarántula demonio! —gritó uno de los niños, cosa que no me dio mucho ánimo.

La mayoría de los niños se paralizó, otros llamaron a sus madres, y los más pequeños se pusieron a llorar. Luego de inmobilizar a algunos incautos, la bestia fijó sus ojos en mí. Era una criatura rápida y, antes de que pudiese hacer algo, me lanzó su tela. Logré esquivarla, pero

ese era precisamente su plan. Su verdadera fortaleza estaba en su mandíbula. Saltó sobre mí, me retuvo con fuerza, sus ocho ojos me miraban firmes. Entonces fue cuando sentí la explosión. Toru había concentrado su energía, transformándola en una especie de misil. La araña ahora iba en su contra, pero yo no me quedaría tranquilo. Le lancé mi espada y esta se perdió entre el pelaje de la criatura.

La desesperación se apoderaba de mi razonamiento. Embestí a la criatura con mi propio cuerpo, pero su reacción no fue la que esperaba. Fue entonces cuando tuve mi primer instinto de mago⁵: cerré los ojos y me di cuenta que la descarga de Toru había sido demasiado fuerte para aquella cosa. Avancé rápido y me metí bajo su vientre, tan solo para usar el único poder que me quedaba claro de usar: el de sanar. Curé todas sus heridas, las nuevas y las viejas. Aquella bestia temible era solamente una mascota malherida. Pronto perdió su ímpetu, hasta que finalmente se quedó quieta. Rass entró en la sala de pruebas, tomó a su bestia y la regresó a su guarida. Los profesores tomaron nota.

El segundo fue el desafío de Sauda. Para ella lo más importante es potenciar los canales de energía en el propio cuerpo. Puso frente nuestro un bloque de concreto que debíamos derribar sin usar fuerza

física. Parecía un desafío fácil para la mayoría de los chicos, pero yo era un nómada del desierto, ahí no había mucho concreto que digamos. A excepción de las ciudades hundidas, claro.

La mayoría lo hizo con tal velocidad que pronto la prueba se volvió una competencia. Era el turno de Toru. Sus pequeñas manos se pusieron sobre el concreto y, en un momento, el sólido bloque simplemente ya no estaba ahí. Ni un granito, ni siquiera el vapor que arroja la transmutación. La chica lo había convertido en nada. Se escuchó un silencioso murmullo y creí ver cierta preocupación en el rostro del jurado.

Había algo raro en la chica y yo no era el único en notarlo. Claro que en ese momento existían cosas más urgentes, como el hecho de que era mi turno para destruir el bloque. Durante toda la tarde estuve observando a los demás postulantes arrojar bolas de fuego, usar su telequinesis o congelar el concreto. Yo no sabía hacer nada de eso; afrontémoslo, yo no sabía hacer magia. Aun así, puse mi mano izquierda sobre el muro, esta vez no cerré mis ojos, simplemente imaginé. ¿Qué pasaría con este bloque de concreto en novecientos años? No sé por qué novecientos y no mil o dos mil, no sé por qué no pensé en cómo destruirlo. Solamente sé que cuando perdí la concentración el bloque seguía ahí, pero estaba amarillento y su superficie estaba mucho más blanda. No fue Sauda, sino Rass quien se acercó a ver los resultados de mi examen.

⁵ Un estúpido instinto que nos obliga a hacer exactamente lo contrario a aquello que exige el sentido común.

—Esto es extraordinario —dijo muy fríamente—. Este bloque ha viajado novecientos años en el tiempo, puedo escuchar las memorias de un universo paralelo.

Hubo aplausos para mí. Los locales me miraron con ira. Toru fue la única postulante que compartió mi alegría.

A pesar de mi felicidad, las pruebas continúan; faltaba la más dura. Su nombre era Tadeo y durante su vida anterior fue el mago más grande del sur, pero cuando la plaga arrasó con casi toda la vida en la Puerta de Cristal, sus artefactos mágicos y su fuerza de voluntad lo salvaron de morir. Hubiese sido un destino triste, pero la ciudad le dio una segunda oportunidad.

Como todos los no muertos, ha vivido tanto que a veces olvida su forma humana, olvida alinear sus ojos, o se deja crecer el pelo. No huele bien, sus uñas siempre están largas, sus orejas están medio carcomidas por ratas, viste de cuero negro y cadenas. Además, siempre está escuchando esa música del norte, rop.

Tadeo se pudo ante nuestra línea de fuego e invocó un campo mágico. Soltó los tornillos que sujetaban su mandíbula a la cara y dijo.

—Quien haga revivir mi mano derecha habrá vencido todas las pruebas.

Revivir y sanar era labor de paladines, médicos y sacerdotes. Nosotros íbamos a ser magos. Tadeo estaba jugando un juego peligroso: magia

para revivir. Eso estaba prohibido, no era nigromancia, sino magia de sangre.

Todos los niños fracasaron, Toru miró a sus guardias, pues sabía que si fracasaba le esperaba una vida de encierro en la embajada o, peor, retornar sola a las Islas de Jade y vivir la vida de una reclusa. Cerró los ojos y por cinco segundos completos pudimos ver al viejo profesor con su rostro humano, sano, joven, con su cabello rojo largo y sus ojos negros. Todos prorrumpieron en lágrimas.

El profesor se repuso, movió la cabeza y me indicó. Era mi turno.

Traté de cerrar mis ojos, repetir la gracia de mis dos pruebas anteriores, pero no vi camino alguno, bajé mis manos y me di por vencido.

—No, profesor, no se puede hacer lo que usted pide... no sin herirlo.

Tadeo asintió. Nos sacaron de la sala, el jurado iba a deliberar.

Solamente los futuros alumnos podíamos estar en la sala de espera, por lo que pude estar con aquella extraña chica en privado. Esperamos juntos, hablamos mil cosas que a nadie le importaban, hasta que Rass entró y leyó su listado.

La selección no siguió ningún patrón esperado. Algunos chicos que habían cumplido una o dos de las pruebas quedaron fuera, otros que no habían pasado ninguna quedaron dentro. Mi nombre no aparecía nunca.

—Omar —dijo—, tengo que comunicarte algo: has sido elegido como el número uno de esta

selección. Puedes escoger cualquiera de las tres escuelas, pero yo te propongo integrar el grupo A, para estudiar Alta Magia. No aprenderás conjuros especiales, no podrás ir a grandes guerras, quizás pases toda la vida estudiando antes de lanzar tu primer hechizo. Además, te hace vulnerable a ser poseído por dioses, espectros y espíritus. Puedes rechazar esta oferta, no habrá consecuencias.

Sabía yo que los Altos Magos no tenían destinos bellos, quedaban atrapados en mundos paralelos y cosas como esa. No recorrían la ciudad en escobas mágicas, ni usaban bellos sombreros.

—Acepto —dije.

Aún faltaba un veredicto, el de Toru. Rass extrajo un anillo de su morral de ingredientes y lo puso en su índice derecho. No muchos lo notaron, pero se rodeó de un aura antimagia. Un conjurador como él solo lo haría en caso de tener mucho miedo, y eso era lo que la niña le provocaba.

—Toru, tú no eres una maga, eres algo mucho más que eso. Sin embargo, serás interna en la universidad, te protegeremos.

Toru se abrazó a las faldas de Rass, quien la separó con cuidado, tomó su mano y la dejó con sus guardias. Sabía, de una manera u otra, que nuestro destino estaba unido, no recuerdo haber sido tan feliz como en ese momento.

II

Durante mis primeros dos años de estudio se me permitió conocer en profundidad la historia de lo que suele entenderse por magia. Aprendí también sobre la raíz del miedo y la superstición. La verdad era tan distinta, y más que eso, había tantas verdades.

La universidad te instaba a crear tu propio camino, quizás por eso es que hoy le encuentro razón a su lema: "¿Abacadabra? ¡Nullum! ¡Abra Cadabra tuas!"". En esa época no entendía lo que quería decir. Pero ahora me resulta claro. Todo puede ser en este mundo y en cualquier otro, había que entender no cómo ocurrían las cosas, sino la fuerza, la intención, la razón de lo que ocurría. El sol brilla por una razón, por una gran intención que era natural, pero nuestros ojos lo percibían por una razón de voluntad. Esa era la clave del poder. No es que yo supiese usarlo entonces, pero comenzaba a entender, así como también comenzaba a temerle a Toru, la niña que podía asustar a mis maestros.

Nuestra amistad creció esos años, jugamos, estudiamos. Al final de cada invierno yo retornaba con mi gente. Ella se quedaba en la ciudad eterna.

Ese otoño, cuando regresé a Bajo Raíz, supe que había pasado todos sus cursos. Comprendía

⁶ "¿Abacadabra? ¡No! ¡Abra usted su propio Cadabra!"

la naturaleza de las cosas mejor que yo y podía lanzar una bola de fuego mejor que cualquiera, pero aún así la mantenían en nivel de aprendiz. Creo que eso no le importaba, ella estaba feliz de estar ahí, de huir un rato de su padre, de la política y de sus guardias.

Los lotos blancos que crecían en su patio atraían a las abejas, que bailaban en torno a nosotros. Ese año me atreví a tomar su mano, a poner mi rostro junto al suyo, a rozar sus labios y a cerrar los ojos juntos. No me di cuenta, tenía doce años, estaba dando mi primer beso, ahora suena tan infantil, tan inocente, y lo éramos.

La tarde de mi regreso nos fugamos por los muros, caminamos más allá del barrio de las embajadas, hasta la explanada de los cambioformas, donde suele ponerse el circo. No entramos a la función. Los estudiantes de magia están vedados porque suelen avergonzar a los ilusionistas que ahí se ganan la vida, así que nos conformamos con ver a los animales. Los tigres, grifos y dragones de pantano enjaulados rugían por su libertad. Toru cerró sus ojos y los mandó de regreso al lugar donde ellos querían estar. Uno de los encargados se dio cuenta de nuestro truco y huimos volando entre las casas más altas de la ciudad.

—Tengo algo que mostrarte —le dije mientras nos dirigíamos rumbo a la puerta norte.

La ley ordena que todo ciudadano deje su montura silvestre en las puertas donde serían



atendidas y cuidadas por personal autorizado por el Consejo⁷. Mi Yin-Yin estaba ahí, esperando mi llegada. Se lo presenté, le conté que era mi regalo de cumpleaños, que estábamos unidos, que así era la tradición de mi pueblo.

—¿Tiene nombre? —preguntó ella acariciando su plumaje.

—Aún no le he puesto uno. Esperaba que lo conocieras primero.

Ella lo miró con atención por un par de minutos y entonces me regaló una sonrisa.

—Dice que su nombre es Gaspar y te lo ha tratado de decir hace un par de semanas, pero que no escuchas... le dije que así eran los niñitos cabeza dura.

Gaspar asintió. Ahora tenía un nombre y parecía realmente haber esperado mucho por él.

—¿Cómo sabes esas cosas? —le pregunté. Ella movió su cabeza.

—No sé. ¿Podemos volver a mi casa? No quiero estar afuera de noche.

Regresamos y me di cuenta de una cosa: jamás había visto a mi Toru cuando el sol no reinaba en el cielo.

⁷ Lo que ha costado muy caro, porque el término "montura silvestre" resulta peligrosamente aplicable a cualquier criatura, desde un mastodonte hasta un correvapores. Siendo que para el primero se requiere a un maestro de establos y para el segundo un mecánico.

III

Nunca me ha gustado la fantasía, es verdad. Hablar sobre esas naciones encantadas con princesas encerradas en torres siempre me había aburrido un poco. Soy un nómada, yo busco la fantasía en el mundo real, la persigo ahí donde se esconde. Eso siempre ha resultado muy fácil en Bajo Raíz. El horror y la maravilla son vecinos acá, te persiguen incluso cuando estás tratando de estudiar encerrado en tu habitación.

Esa tarde estaba reencontrándome con libros del año anterior, "Principios básicos del cambio". Leo un manual de cómo cambian las cosas. Yo no entendía de qué me servía eso; después de todo, las cosas siempre cambiaban y a nadie le importaba.

Si tengo que decir la verdad, yo solamente quería estar con Toru, aprovechar los últimos días bonitos antes de que llegara el invierno. Ver volar a los elipfantos por ahí, pero estaba encerrado estudiando. Y ella con sus miles de clases particulares; creo que esa tarde estaba dedicada al violín.

La universidad me ofrecía nuevas distracciones. Mi último compañero de cuarto regresó a su casa en el sur profundo, engrosando la lista de desertores. Ahora yo estaba solo y la universidad no permitiría eso. Así es que no me quedé otra que quedarme esperando por mi nuevo compañero. Sabía que podía aparecer cualquier cosa, aún no conocía a todas las razas del universo, pero nada

me podría haber preparado para aquello que entraría por mi puerta.

El primer paso que se posó por el pasillo causó un pequeño estruendo en los muros, el segundo los volvió a equilibrar. El tercero fue dado con más cuidado, pero el edificio solo se acostumbó a esa marcha hacia el número doce. Para entonces era tarde, porque solo había catorce pasos desde la entrada hasta mi pieza.

—Eres Omar —dijo una pesada voz antes de entrar a mi puerta.

—Pa... pasa.

Al abrirse la puerta se reveló mi compañero. Vestía un traje formal azul y negro, los colores que se usaban en la Puerta de Cristal, pero no era un aristócrata no muerto, ni un chico salvaje de las pampas del sur. No, ni siquiera podría asegurar que técnicamente era un "chico". Su piel era muy gruesa, casi como roca trabajada. En su "rostro" se dibujaban dos espacios profundos donde debían ir sus ojos, y un pequeño cuadrado desde donde salía su voz. Su nariz estaba esculpida, pero no tenía fosas nasales, porque la verdad es que no necesitaba respirar.

—Mi nombre es Yahil... soy...

—Un golem... —dije automáticamente.

—Iba a decir "tu compañero"... y sí, soy un golem, pero solo para que sepas, nosotros preferimos el término "seres artificialmente animados".

—¿Y qué demonios viene a estudiar un golem a esta universidad?

Entonces me di cuenta de lo mal que había sonado esa frase, traté de enmendarla, sonar menos discriminador, pero ya era tarde. Yahil era más rápido que yo.

—¿Qué vengo a estudiar? ¿Qué crees? Vengo a estudiar algo así como Teología.

—¿Teología? —casi me caí de la risa, pero me estaba aguantando—. ¿Un golem sacerdote? ¿De qué fe?

Yahil movió la cabeza y puso su mochila sobre la cama.

—No entiendes aún, Omar. Ustedes los humanos estudian a los dioses para averiguar quién los creó... yo sé quién me creó a mí: fue un paladín, en la lejana ciudad de Puerta de Cristal. Amigo mío, yo vengo a estudiar una nueva carrera, la llaman Antropología; quiero estudiar a los humanos para entender a mi creador.

En ese momento supe que me estaban dando una tremenda lección y que debía lavarme la boca con jabón. Pero Yahil no era como los otros seres vivos. No entendía el concepto de la venganza y simplemente dijo la frase que acabó con la discusión.

—Cuéntame, ¿qué hacen en este pueblito para pasar el rato?

IV

El primer día de clases de mi tercer año abrimos con la lección de transmutación, un ramo

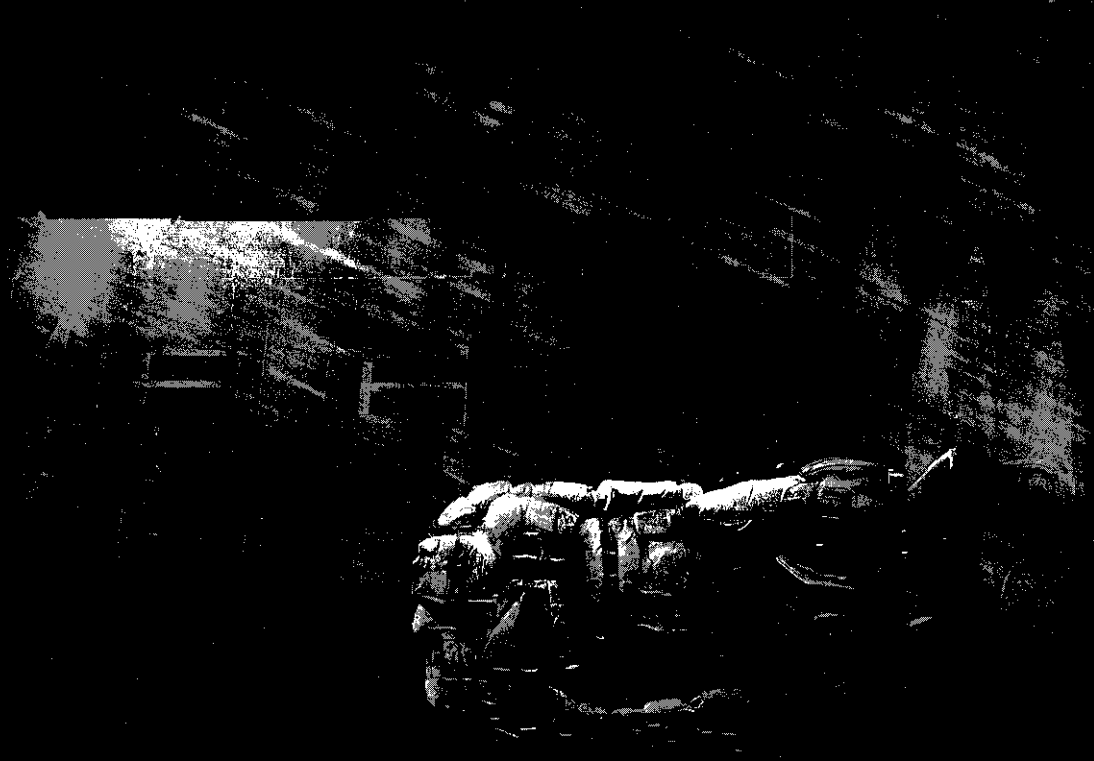
general, de los pocos que me permitían tomar. Los demás alumnos eran extraños para mí, pues vienen de todos lados. Sospecho que incluso de fuera del mundo mismo.

El profesor repasaba viejos contenidos con calma. Era un viejo conocido mío, Rass, el mago al que le gustaban las arañas como mascota.

Su rostro era pálido, aún más que hace tres años, su barba era mucho más larga y negra, al igual que su cabello. Sus ojos brillaban con la misma luz mágica que rodea a las bestias que custodian la ciudad. Él mismo era una fuente de poder; aún no tengo la respuesta de eso. Por esos días se decían muchas cosas sobre él, y se le llamaba de muchas maneras, Rax, Radent, Rasputín, pero siempre inspiraba temor, asombro, pero, sobre todo, respeto. Había viajado por tantas tierras que se decía que cuando miraba un punto, realmente estaba contemplando tres tierras distintas.

—El origen real de lo que llamamos Magia con m grande no tiene que ver tanto con el poder, con arrojar rayos por las manos, ojos o boca —dijo dibujando una gran circunferencia en la pizarra—. Este arte se trata de escuchar, todo nos habla. No hay diferencia entre la canción de un bloque de cemento, un pájaro, o tu corazón.

El maestro centra su mirada en mí, sonrió al reconocerme de aquella prueba hace años, pero no tiene palabras especiales para mí ni para ningún otro alumno.



—Nadie es realmente un hechicero hasta que entiende que todas las cosas están construidas finalmente de los mismos componentes. Cambian las cantidades, solo eso. Hay que entender que el mundo respira, que un poema es un conjuro y que un conjuro bien podría ser un suspiro.

La mayoría quería escuchar sobre viajes más allá de esta dimensión o cómo cambia la materia en los viajes espaciales. Lo que Rass estaba contando era más importante aún que eso. Estaba explicando no solo por qué estábamos acá, sino lo que vendría en la vida de cada mago: enfrentar la verdad de las cosas. Eso no tiene nada que ver con conocer el poder, sino más bien con observar tus debilidades y usarlas como fortalezas.

Pero la verdad es que toda esa filosofía me hacía doler la cabeza.

—Omar —dijo Rass mientras yo trataba de escabullirme de la clase.

—Profesor —dije mientras fingía que alguien me esperaba afuera.

Un chasquido de sus dedos y la puerta se cerró. No tenía escapatoria.

—He hablado con tus profesores —dijo—, he visto tus notas, he visto tus progresos. Quiero pedirte un favor, uno muy grande.

No me gustaba su tono, no me gustaba su mirada. De hecho, yo no quería estar ahí en ese momento. ¿Por qué no podían decirle estas cosas a otro? Siempre me tocaban a mí.

—Claro —dije con una sonrisa en la boca.

—El Consejo de la Ciudad me ha pedido que escoja un puñado de alumnos para custodiar todas las noches la casa del embajador Donghai, de las Islas de Jade. Sé que conoces bien a su hija, Toru, pero esto va más allá. Tengo razones para creer que alguien ha pagado mucho por acallar su voz.

Asentí lentamente.

—Bien, debes saber que esto es un secreto y solo se lo he pedido a miembros del grupo A. Si algo le pasa a su familia y la chica cae en manos del enemigo, tienes permiso de usar la fuerza bruta en su contra, si es que puedes.

—¿Perdón?

—Así es, su propio padre ha pedido explícitamente eso. Sí la chica cae en malas manos...

—Eso no pasará.

Mi maestro asintió, pero leí la preocupación en sus ojos. No sé si esos pensamientos eran para mí, para mi niña de los lotos o por algo más. Pero estaba seguro de que pronto lo iba a descubrir.

V

Había aún mucho que yo no entendía, pero tenía que aprender rápido si es que no quería ser un apéndice aplastado en esta historia. Afortunadamente a mi lado tenía al mejor (y único) estudiante de antropología de la universidad, Yahil, el golem. Mi compañero tenía una gran cantidad de artículos para entender el conflicto que asolaba las lejanas Islas de Jade.

—En el fondo —me dijo con voz de autoridad— todo se reduce a la familia.

—¿Te refieres a mí Toru?

—Oh no, nada de eso. Verás, el buen embaajador Donghai y su hermano gemelo Xiaodan son los principales herederos de la emperatriz Kamiko. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder en sus pretensiones, por eso es que Xiaodan no puede permitir el regreso de su hermano. No solo eso, el embaajador debe estirar la pata aquí en Bajo Raíz, de esa manera Toru nunca tendrá derecho al trono. Así son las costumbres de las Islas de Jade.

—¿Mim? ¿Cómo demonios sabes tanto?

—He estudiado la historia del continente de que nací; conozco cuatro idiomas, tres dialectos y unas cuantas jergonzas de pirata. He aprendido el idioma de los insectoides del polo sur y he ayudado a resolver los petroglifos de los Monjes Blancos. He dedicado cada minuto de mi existencia a aprender.

—Bueno, me parece fabuloso, pero dime una cosa, ¿qué edad tienes?

—Bueno, ¿en qué mes estamos?

—Mayo.

—Pues tengo dos años y medio. Soy un bebé, pero confía en mí, pues sé muy bien cómo manejar las situaciones de honor, además me he leído en profundidad el código de Han Zhan.

—¿Mim?

—Realmente no sabes mucho de la historia de las islas, ¿no?

Pensé un momento la mejor respuesta que podía darle, pero mi ingenio parecía haberse cambiado de ciudad.

—Sé lo que es una isla.

—Maravilloso, con eso podrías proteger muy bien a Toru, ¿eh?

—¿Sugieres algo mejor?

—Sugiero que cuentes con mi ayuda. Estoy hablando en serio, y si por un momento te rehúsas, bueno, me sentiré tan ofendido que quizás derribe el edificio.

—¿Puedes hacer eso?

—¿Quién sabe? ¿Quieres que pruebe?

Mi gusto por la experimentación casi me hace decir que sí, pero acepté la ayuda de un amigo mucho más despierto que yo y capaz de grandes proezas. Sin embargo, había algo mucho mejor en tener un amigo golem: el muchacho no tenía problema alguno con montar guardia, ni siquiera necesitaba dormir.

VI

La verdad es que ignoraba muchas cosas que ni siquiera el sabio de mi compañero de cuarto hubiese podido ayudarme a dilucidar. Yo había visto a Toru hacer cosas fantásticas. De hecho, estoy seguro de que en un duelo de magia él me hubiese pateado el trasero. ¿Por qué la universidad la mantenía en plan común de magia? ¿Por qué no le permitían tomar ramos superiores?

¿Por qué era tan importante mantener a la chica en Bajo Raíz? Habría tiempo para contestar mis dudas, pero para eso aún faltaba mucho.

Lo peor es que cuando uno se encuentra en esta clase de océano de ignorancia nunca se sabe qué tan profundo es. Además, en estas aguas siempre hay tiburones.

Estudí y lo hice entre mis turnos en la guardia. Noches, días, fuera de clases, pero no lejos de los saberes que encerraban los libros que tanto Yahil como Toru me hacían llegar.

Al poco tiempo me familiaricé con el código de Han Zhan, un complejo sistema de honor, de duelos y artes marciales, que podría resumirse en: "Nunca pegues por la espalda, y si lo haces, bueno, pega muy fuerte"⁸.

Mi tercera noche vigilando sobre el tejado de Toru tuve lo que pensé en un principio era una visión. Era una criatura imposible, delgada, con alas de fuego brillando en medio de la oscuridad. Solo cuando lo vi de cerca me di cuenta realmente de su forma salvaje y peligrosa. Su rostro estaba cubierto por una máscara de metal, llevaba una delgada y ceñida armadura. Vestía sedas rojas que hacían juego con sus terribles alas. Sus ojos desnudos se quedaron pegados mirándome.

—Tengo una misión sagrada. Quizás no lo consideres así, pero camino por la vereda de la justicia, y sé que tu honor te compele a defender a la niña, pero debes creerme, esto lo hago por el bien de todos —dijo sacando una gran espada que parecía arder igual que las alas en su espalda—. Ahora me has de dejar de pasar.

—No sé cómo serán las cosas en tu tierra, pero por estos lados... no sé, tienes que dar más argumentos.

El asesino saltó hasta el tejado en que me encontraba, lanzó un golpe circular que casi no pude esquivar. Luego cortó el aire ligeramente más arriba de mi cabeza. No podía concentrarme en lanzar un conjuro.

Intenté sacar mi espada, pero entonces sentí el calor de la suya hiriendo mi costado derecho, pero no había tiempo para quejarse, tenía que mantener al tipo ocupado.

—Auch —exclamé—. Bueno, ese es un buen argumento —dije y salté a la segunda planta de la casa—, pero dejemos en claro dos cosas.

—Nunca he sido ingrato con quienes van a morir —contestó—. Habla, hombre pequeño.

—Qué lindo. Mira, tú tienes que despacharte al embajador y a la chica, ¿no es así?

—Sí...

—Muy bien, primera pregunta aclarada. Dos, ¿has leído el código de Han Zhan?

—Claro, me lo sé de memoria, es parte de nuestro entrenamiento.

⁸ Esta claramente es una simplificación, el código realmente dice cosas como: "El que pega primero pega dos veces". Aun así, era un libro muy honorable, curiosamente popular entre los ganadores.

—¿Entero?

—Claro.

—Vaya, bueno, yo no he llegado a la parte de las peleas justas.

En ese momento Yahil, mi amigo golem, se abrió paso entre las viejas tablas de la embajada. Lanzó un gran golpe que arrojó al asesino lejos.

—Eso no es honorable —dijo con notorio desprecio.

—Dejarse matar tampoco.

El tipo se movía rápido, pero no lo suficiente como para esquivar los golpes de mi compañero, de manera que emparejó la situación lanzando una bomba de humo.

Yo apenas podía respirar y sentía sus pasos veloces como los de un ratón neurótico, pero el idiota sufría de mi mismo problema: ignorancia. El gran asesino nunca había visto a un golem y en vez de ir contra mí, lo escogió a él. Error. La gran mano derecha de Yahil envolvió su cuello, para luego lanzarlo lejos y estrellarlo contra la muralla de la universidad.

La guardia de la ciudad hizo sonar su silbato; sabíamos que esto se iba a llenar de personas muy rápido. Nuestro asesino dejó la escena tan veloz como llegó. Entonces tuve tiempo de recordar mi herida, ver algo rojo que dejaba mi cuerpo y se sentía muy cálido. Me pareció que ese era un excelente momento para desmayarse.

Los amos de Bajo Raíz

I

Hay una leyenda que cuentan los marinos de Bajo Raíz, en la que se habla de que el gran dios de los mares escondió en el centro de la tierra a su hija, para que estuviera a salvo de los dioses envidiosos. Ahí ella espera atenta a surgir y unirse a sus hermanos. Muchas leyendas señalan que cada planeta es un huevo esperando eclosionar.

Muy linda historia, pero si llega a ser verdad, bueno, cuando el huevo se abra será nuestro fin. Así son las cosas en Bajo Raíz, hasta el azúcar tiene un poco de amargura, pero lo bueno es que en medio de la noche siempre puedes ver una luz. Yo necesitaba hacer precisamente eso, reencontrarme con la luz, pero sabía que iba a doler.

Abrir los ojos fue una experiencia muy compleja, pero tan agrídulce como los cuentos que pueblan la ciudad. Toru me contemplaba de una distancia prudente, pero ¿dónde estábamos? Demoré unos seis minutos en escanear todo el lugar usando mi energía. Estaba en el Hospital General de Bajo Raíz⁹.

Veneno. Aún estaba en mi sangre. ¿Quién hubiera pensado que un asesino tendría su hoja envenenada? Bien, cualquiera podría pensarlo,

⁹ Razón por la que estar vivo resultaba doblemente sorprendente.

pero yo no. Mantenerme con vida debió de ser costoso, no creo que la universidad haya financiado mi "reparación".

A pesar de mis dudas, sentí la emoción entre los que me vieron despertar, pero no pude reconocer al hombre que se paraba frente a mí. Tenía el cabello blanco y largo, y lo llevaba ordenado por una diadema muy fina. Sus ojos eran pequeños como los de Toru, pero brillaban con un tono verdoso. Era un noble. En su cinto había una espada con empuñadura dorada. Entendí quién y qué era.

—Embajador —dije entre dientes.

Entonces delante del elegante extranjero apareció un pequeño hombrecito vestido de negro y gris, con un tatuaje con forma de serpiente sobre su calva. Sus ojos eran extraños, como si no tuviese la parte blanca.

—El embajador y su hija están muy agradecidos por la ayuda en el resguardo de los bienes del Emperador y le agradecen por proteger también sus vidas.

—¿Por qué no me habla él?

—Aún no te has ganado ese honor.

—Le salvé la vida, a él y a su hija.

—Eso no es suficiente.

Está bien. No iba a discutir con el calvito, pero estuve más tranquilo cuando desapareció junto con su amo. Toru se acercó a mi cama y sin hablarme dejó un loto sobre ella. También se alejaba. Pero no

se me permitiría estar solo: Rass y Yahil entraban haciendo sonar el suelo.

—Estás vivo —dijo el golem—, pensé que volverías a la madre piedra.

—Soy un humano, no volvemos a la madre piedra... nos hacemos chicos y olemos muy mal.

—Ah, no he estudiado la muerte de los hombres muy bien aún.

Levanté mis hombros, no era un tema alentador sabiendo que había estado cerca de visitar personalmente el mundo de los espíritus.

—Basta de juegos por ahora —dijo Rass con su alegría típica—. El embajador está muy agradecido, Omar; no lo puede demostrar por protocolo, pero lo está. Sabe bien que su hija te quiere y honra su amistad.

—Qué alegría, no sabe el alivio que me da. ¿Cuánto tiempo estuve aquí dormido?

—Una semana, Omar. Dime, ¿has soñado? ¿Qué recuerdas?

—Nada, yo no sueño.

Rass soltó un gruñido. No estaba seguro si no me creía o estaba desilusionado.

—Ya estás bien. El Alto Paladín ha curado tus heridas, así que vístete, debemos visitar al conde. Te advierto que no están contentos.

—¿El Alto Paladín? —pregunté sorprendido. Rass asintió con otro gruñido.

—Eso debió salir caro. Él solamente atiende a los grandes señores de la ciudad. Rass soltó un tercer gruñido.

—Me siento muy importante.

Rass me miró y silenciosamente deslizó una orden telepática en mi cabezota. "Cállate. Te es pero abajo".

II

Mientras me vestía pude escuchar al tren de las doce llegando a la una y media¹⁰. Podía ver su carga, en su gran mayoría madera y carbón traído desde el sur más profundo. Desde mi posición privilegiada, en el quinto piso, vi como unos polizontes se escondían entre los grandes maderos. Estaban escapando de sus vidas pasadas, dejando atrás costumbres, idiomas; familias enteras que daban fragmentadas. Casi todos los que entran de manera ilegal a la ciudad lo hace solitario, pero ¿dónde estaban los suyos? Eso me hizo pensar que aunque hable el idioma de la costa a la perfección, mi acento siempre me delatará como inmigrante, como un extranjero. ¿Por qué seguimos buscando una vida mejor? La respuesta es fácil: porque no podemos renunciar a la esperanza, así como yo tampoco puedo renunciar a Toru.

Me puse mi ropa. En ese momento estaba orgulloso de portar los colores de mi familia, de mi

clan, pero también amarré en mi brazo derecho la banda que me identifica como alumno de la universidad. Había que reconocerlo, había tenido mi primer duelo y había sobrevivido, claro que con mucha ayuda.

Rass estaba sentado tomando su capuchino del mediodía, una tradición que según él había mantenido desde su primera infancia.

Yahil estaba parado frente a él. No había sillas para su estructura corporal. No era el único que sufría de ese problema. Gigantes de Sal, Orcos Baricos, Ogros y Cetáceanos, y en general cualquier criatura cuyo trasero fuera más allá de lo común en términos humanos.

Cuando me vieron llegar pude vislumbrar la alegría en el alma del gigante de piedra y barro. No me había dado cuenta de que se podía percibir ese tipo de cosas. Al menos ya estaba seguro de algo, él iba a ser uno de esos pocos amigos que se tienen durante toda la vida. Rass, por otra parte, se sentía preocupado, como si algo lo atormentase y lo hiciera sentir culpable.

Yo estaba progresando rápidamente en mi escala personal de angustia. Lo que estuviere sucediendo ponía nervioso a un poderoso Mago con m grande, que juega con arañas de dos metros. Imaginen lo que podía hacerme a mí.

¹⁰ Sirva esto de queja pública contra el sentido de la puntualidad del sistema ferroviario de Bajo Raíz que me ha perdido las maletas dos veces, estropeado otras tres y una vez me hizo viajar doscientos kilómetros parado. Progreso, ¡mis polainas!

III

Emprendimos nuestro camino por el barrio cívico hasta llegar al consejo. En la puerta, los miembros de la guardia se mantienen rectos y firmes, como si fuesen de plomo. Sé muy bien que están entrenados para sortear cualquier ataque directo a sus amos, pero aún así percibo temor hacia nuestro grupo.

Somos conducidos a través de los pasillos del ala este. No son los salones principales donde párvulos y escolares dan sus excursiones durante la semana de la civilidad. Rass camina por delante. Los burócratas que no lo conocen salen a atajarlo, ingenuos; otros que sí lo conocen, simplemente le dan el paso y tratan de no temblar mucho.

El salón negro solo es ocupado en tiempo de guerra o amenaza de esta, el resto del tiempo debe cerrarse. Frente a nuestros ojos estaba abierta; hasta mi profesor tragó saliva.

—Se les espera ahí dentro —dijo el edecán del consejo.

Entramos los tres. La habitación estaba oscura, nos sentamos; incluso tenían un asiento triple para Yahil. Un haz de luz cruzó la sala y se proyectó en medio de la sombra. Parecía una ilusión, parecía un conjuro, pero no era eso. Esto era una imagen, como una pintura, pero se movía. Se nos dio maíz hinchado y esperamos unos minutos.

La voz del edecán se escuchó en toda la sala: "A continuación usted conocerá a los creadores

del mejor sistema vial", "a los amos del misterio, la intriga y el suspenso", "a los señores de la política"... "los héroes del cabildeo"... ¡Los miembros del consejo!

Aplausos falsos inundaron la sala. Surgieron los cuatro ancianos que representaban a cada uno de los estamentos de la ciudad. Vestidos como una ficha de tablero de ajedrez. Sin embargo, nadie ocupaba el traje del rey o la reina. Verán, a la ciudad le iba muy bien sin ellos, pero no se deshacían de sus atuendos para no cometer realmente un acto de "traición".

Vestían sus trajes negros, señal de que el motivo de nuestra visita era oscuro y no un agrado para ellos.

—Somos el Consejo de Bajo Raíz —dijo Alfíl, que tiene a su custodia los templos de la ciudad.

—Y hemos mandado a pedir tu presencia, Mago del desierto —dijo Torre que tenía a su cargo las fuerzas de orden y seguridad.

—Hemos seguido su caso de cerca —dijo Caballo, que tenía a cargo las relaciones públicas y debía controlar a la nobleza local.

—Y esto de hablar en conjunto nos sale muy bonito, ¿no crees? —dijo Peón, que vela por las relaciones con sindicatos, gremios e inmigrantes.

Alfíl miró de reojo a su colega más jovial, y soltó un gruñido.

—¿Les parece si yo hablo por todos? —dijo. Un murmullo de aprobación se escuchó en los demás consejeros. Eso me preocupó, porque

de todos, Alfíl era el miembro que más miedo me provocaba. Su rostro era huesudo y sus ojos profundos. Su cabello cenizo se veía por debajo de su sombrero, sus manos estaban llenas de manchas y en una de ellas había un tatuaje, un martillo con una leyenda: "Orden y firmeza". Fue suficiente para hacerme tragar saliva. Y aún le quedaba mucho por decir.

—Esta ciudad es la más antigua de nuestro continente, quizás del mundo y de toda la creación. Ha sobrevivido a dioses, tribus y ciudades enemigas. Ha visto crecer el gran desierto, ha recibido gente del gran Pacífico, de las Islas de Jade, del lejano sur, incluso los marinos del este encuentran un refugio en estas murallas. ¿Sabes que estamos en el único lugar donde la diferencia entre pasado y futuro no importa? Esta ciudad es más importante que todos nosotros —Se detuvo, arregló su sombrero y continuó—: Omar del desierto, hay mucho más de lo que crees involucrado en esta intriga, ¿lo sabías?

—No... señor, solo sé que se me pidió algo y lo hice.

Mi tono había subido un poco, quizás demasiado para mi propio bien.

—El maestro Rass dice que eres uno de sus mejores alumnos.

Yo miré al maestro para darle las gracias, pero era demasiado pronto.

—Yo creo que está equivocado —sentenció Alfíl—. Creo que sus sentimientos intervienen su

juicio. Si fueses un buen mago, sabrías qué es en verdad esa niña a la que llamas Toru.

Moví mi cabeza para no pensar, no quería que ellos nombraran a mi Toru, quería salir volando de aquel lugar.

—Bien, te niegas a escuchar al consejo, el amor nubla tu cabeza. Omar del desierto, eres un peligro... no nos agradas.

—Bueno, a mí me caes bastante bien —intervino Peón.

La fría mirada de Alfíl lo hizo callar.

—Está bien, todo lo que haces ratifica mi decisión. Mago del desierto, hay un asesino suelto en nuestra ciudad, y había venido por el embajador, pero le has hecho fracasar. Te felicito, lo has hecho cometer un error y saliste herido por eso.

Alfíl dejó su lugar con los otros consejeros y caminó hacia mí.

—He pedido a tu maestro que haga algo terrible que quizás nunca le perdones, pero debes saber que la idea ha sido mía. Un conjuro ha sido lanzado, uno muy fuerte, que ata tu sangre al asesino y a ambos con las murallas de la ciudad.

—El asesino podrá dejar la ciudad —se adelantó mi maestro— solo cuando haya eliminado cualquier suspiro de vida de tu cuerpo.

Miré a Rass y sentí la tristeza en su corazón brillando sobre su piel.

—Ya decía que era mucha maravilla que se gastara tanto en mi recuperación —dije.

Alfil miró a mi maestro seriamente, se dio vuelta y comenzó a retirarse.

—A partir de esta noche, tú y los demás alumnos de la clase A tendrán que recorrer la ciudad, registrarla, encontrar al asesino y atraparlo.

Nada más se dijo. Yo me levanté de la sala y nadie fue capaz de detenerme¹¹.

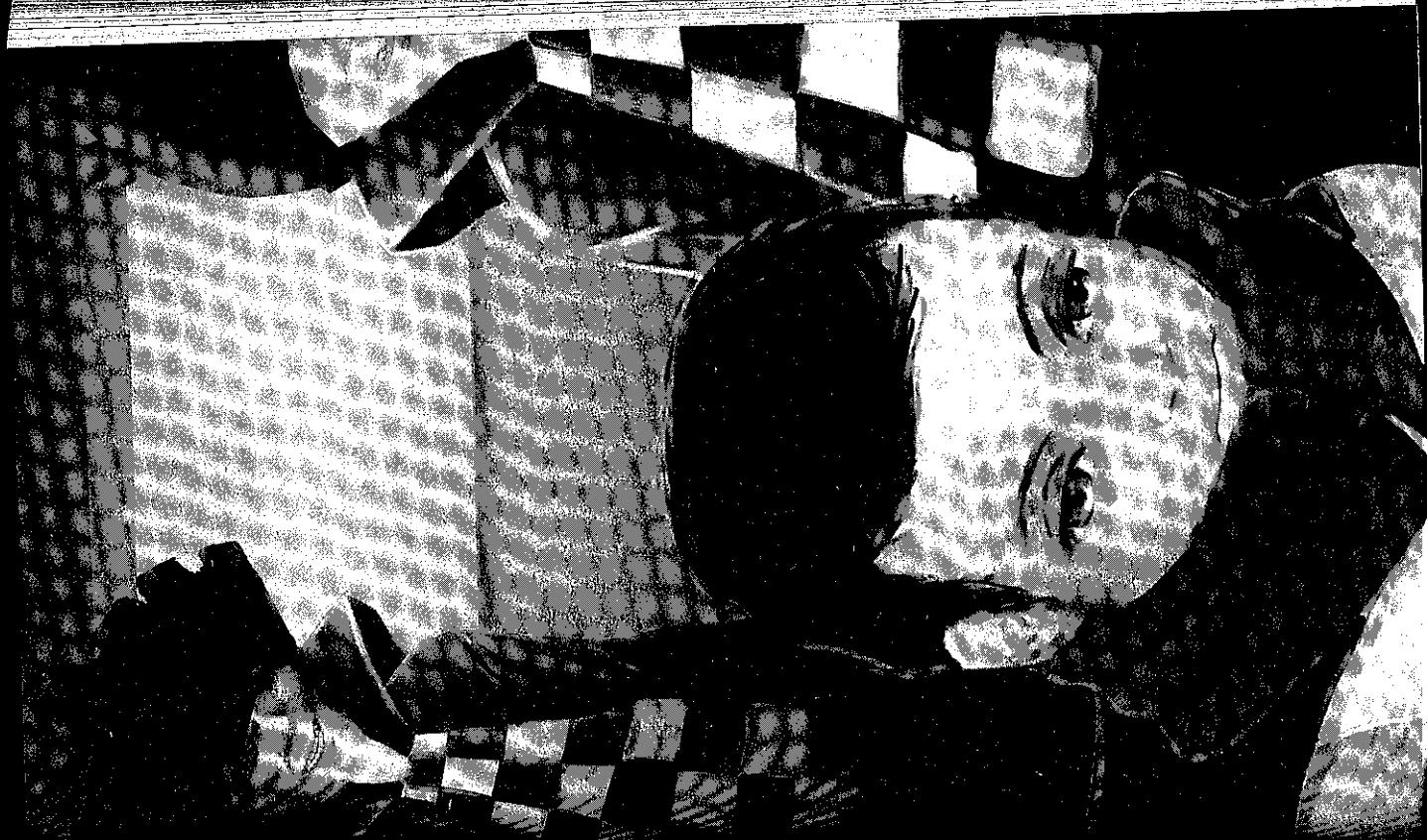
IV

Toru aún estaba preocupada, no se atrevía a decirlo directamente, pero yo podía leerlo en sus movimientos, en todas esas palabras que no decía. Nos reunimos a escondidas en uno de los entretechos de la universidad, antes de partir rumbo a mi primera patrulla. Ella no temía por sí misma, sino por mí. Y tenía razón, pues había visto de cerca mi fin, pero por alguna razón yo no sentía miedo.

Hablamos largo rato sobre el imperio, sobre el continente del este, cómo ellos habían llegado hasta acá. Me habló de grandes batallas entre ejércitos de hombres honorables, que se batían uno a uno, de grandes dragones que traían suerte. Me costaba creer en esas cosas, pero ella no sabía mentir, de manera que Toru fue mi primera conexión con el mundo de lo imposible.

Ella realmente había tenido solo un amigo en las islas. Era uno de los cuatro generales que

¹¹ Bueno, realmente nadie lo intentó, pero me gusta sentirme poderoso.



cuidaban a su tío, el emperador actual. Pero cuando nació la enemistad entre ambos hermanos, ella perdió contacto con este. No era un humano, era un kappa. Como él, había miles de criaturas fantásticas que adornaban su isla. Había hombres con cabeza de pájaro que enseñaron a los hombres el arte de la espada, otras criaturas vivían en la niebla y bebían la sangre de los viajeros, eran fantasmas hambrientos. Uno a uno me dijo sus nombres, sus poderes, todos ellos eran súbditos del emperador, incluso aquellos muertos cuyas almas no descansaban le debían respeto al único hijo del sol.

—La vida en el imperio es muy distinta, realmente tu vida no importa mucho, es algo pasajero —dijo—, pero es el honor personal, el de tu familia lo que realmente tienes y te llevas al otro mundo.

—Entre mi gente el honor también es importante, puedo entenderlo.

—No, no es así. Mira, tu gente es honorable y libre, puede ir y venir del desierto cuando quiera, ¿no?

—Así es, incluso hemos llegado al sur; mi hermano fue a la Puerta de Cristal. Supongo que al único lugar donde jamás regresamos es de donde realmente venimos.

—¿Por qué?

—Si le creemos a la leyenda, es porque la tierra legendaria de los nómadas fue tomada por criaturas feroces, hombres pájaros, fuertes como diez hombres, con máquinas poderosas capaces de

aplastar una ciudad. Se dice que los dioses del desierto les regalaron el desierto del este, puede que sea verdad.

—Eso es triste, Omar, ¿no quisieras conocer esas tierras?

—Yo soy un beduino, Toru: puedo ser feliz en cualquier parte —dije queriendo expresarle: soy feliz en cualquier parte donde estés tú.

Simplemente besé sus labios, luego salimos de nuestro escondite y volamos hasta la ópera. Alguien presentaba una obra terrible, donde todos morían, ¡varias veces! Eso reconectó a Toru con su conversación anterior.

—Esto es como mi familia, unidos solo por el honor. Mira, mi tío odia a mi padre, pero no puede hacerle daño porque es de sangre real, ¿me entiendes?

—No puede hacerle daño porque es su hermano, ¿verdad?

—Sí, pero no es el amor el que lo detiene, es el honor de la familia. Mi padre es un buen hombre, pero creo que está cambiando, Omar; creo que se está transformando en un ser lleno de ira y ambición. Quiere que regresemos cuando esto acabe. Quiere venganza.

—Aunque no lo creas, eso también puedo entenderlo.

Toru miró hacia el suelo, no estaba feliz con mi falta de comprensión. Quería gritarle que la entendía, que estaba ahí para ella, pero esa noche eso fue imposible.

El baile del asesino

I

Las calles de la ciudad no se silencian nunca, hay barrios donde es imposible diferenciar el día de la noche y otros donde simplemente nunca es de noche. Desde el zócalo hasta el barrio de los no muertos había cientos de escondites a disposición de un asesino.

A pesar de lo oscura de mi situación, no todas eran malas noticias; mi enemigo tenía grandes desventajas. La primera era que probablemente no conocía la ciudad y ser un extraño aquí es lo mismo que regresar al jardín de niños. La segunda y la más grande de sus desventajas era su condición de criminal sin sindicato.

"Crimen organizado". Un término que tiene que haber nacido en las profundidades de la ciudad. El consejo permite la existencia de los grupos criminales si es que cumplen con los siguientes requisitos: 1. Tener a todos sus miembros inscritos en una nómina actualizada al primer día de cada mes. 2. Actuar siempre fuera de los límites de la jurisdicción del Consejo. 3. Justificar cada robo, asesinato o duplicación ilegal con una carta notariada. Claro, había muchos criminales sueltos por ahí, pero créame que no duraban mucho.

De los grupos criminales que existían en Bajo Raíz, eran tres los que inspiraban profundo temor:

los Allanadores, el Sindicato de Envenenadores, y el Sindicato de Panaderos y Pasteleros. ¿Por qué razón este último grupo resulta peligroso? Nunca lo he tenido muy claro, pero durante la guerra de los gremios conquistó los territorios de otros dos sindicatos y eliminó para siempre a la Asociación Gremial de Productores de Facturitas, Sopaipillas y Otras Dulzuras.

Había muchas cosas que yo no sabía y ahora estaban saltando frente a mis ojos. En el mundo había muchas cosas para reír, y tantas otras para llorar; sin embargo, la mayoría simplemente están ahí para asombrarte.

Yahil se había unido voluntariamente a la búsqueda del asesino, no tanto por sus ganas de atraparlo, sino con la intención de protegerme. Caminábamos juntos a los grandes establos, si íbamos a buscar algo tan pequeño en una ciudad tan grande como el cielo, íbamos a necesitar vehículos.

—¿Por dónde dijo Rass que empezáramos? —preguntó mi amigo, tratando de seguir las instrucciones del viejo profesor.

—En el barrio del este —dije desdénoso—, ahí en el parque de los ciervos, en tierra de nobles y sacerdotes, mi amigo, Rass quiere alejarnos de la pista. Busca protegerme, pero se equivoca. Si me escondo, será el asesino quien me sorprenda a mí y no yo a él.

El golem movió su cabeza, pues entendía mi plan. Cuando llegamos al establo tomó un

correvapores pesado, de esos que se usan para arar la tierra, y lo montó. Yo fui hasta donde Gaspar, mi Yin-Yin. Acaricié su cabeza, él me miró con sus ojos negros y profundos.

Me subí a él y le pedí que corriera tan veloz como pudiera. Era medianoche y mi cacería había comenzado.

II

Los bares del zócalo están muy vivos los viernes por la noche. A pesar de la leve garúa que había comenzado a caer, la gente quiere divertirse después de una dura semana de trabajo; puedo comprenderlos, pero jamás he sabido hacer eso. ¿Cómo lo hacen para no concentrarse, para no preocuparse?

Yahil y yo nos separamos a regañadientes, pues yo tenía prohibida la entrada al barrio de los constructos, ya que podría ser aplastado por un autómata rebelde, un hombre de vapor o un golem resentido. Esa parte de la aventura sería para Yahil en solitario. Técnicamente no es un barrio, era el basurero de la ciudad. Su dueño era el charrero más importante de Bajo Raíz, pero al morir dejó todo a sus creaciones. Me alegra que tengan un lugar, pero me preguntaba si no era mejor que salieran de ahí, que buscaran oportunidades, tal como Yahil. Como dije antes, las respuestas a veces no son tan simples.

Me dirigí hacia la puerta norte, por donde entré la primera vez con mi padre y mi hermano mayor. Había poco movimiento, tenía la esperanza de que mi enemigo atacase ahí. Pero después de dos horas entendí que estaba lidiando con alguien mucho más astuto que yo e iba a necesitar más ayuda que aquella que ofrecían mis amigos de entonces.

Recorrí las murallas siguiendo la línea que hacen las ferias y los hogares de los inmigrantes. Había chozas tan pequeñas que era increíble entender que ahí cupiese una familia completa. Sin embargo, yo sabía que estaban ahí. Hasta diez niños había bajo esas pequeñas carpas tratando de no pensar en el frío del otoño. Me prometí que si una vez tenía el poder, trataría de cambiar el mundo al que me tocó venir.

—No va muy bien tu búsqueda —dijo una voz femenina tras de mí.

Cuando me di vuelta no había nadie. Quizás era la tensión la que estaba alterando mis nervios. O me había seguido alguna criatura desde el mundo de los espíritus.

—No me ves a mí que te estoy hablando y pretendes que puedes encontrar a un asesino entrenado... estás loco.

Pude fijar de dónde provenía la voz, un oscuro rincón, desde el que una delgada gata de ojos verde amarillento me estaba mirando.

—Eres ese al que le dicen Mago del desierto, te he estado mirando...

—Eres un gato.

—Hay que decirlo: tienes un muy buen ojo para decir lo obvio. Tienes razón, mi nombre es Calamidad, mucho gusto.

—¿Calamidad?

—Bello, ¿no? Pero soy la séptima gata de una séptima camada. Mi madre ya había gastado todos los buenos nombres en sus cuarenta y ocho cachorros anteriores cuando me vio; realmente no me esperaba y dijo "¡qué calamidad! Ya sé, estás pensando que soy un gato negro parlante y que esto debe ser obra de un espíritu maligno.

—No, más bien me pregunto cómo logras hablar sin labios.

—Ah, eres uno de esos.

—¿De cuáles?

—De esos que sí lo tienen que explicar todo. Mira, hablas con Yahil, ¿no? Que después de todo solamente es una estatua pulida y muy educada, pero te cuesta hablar conmigo, que al menos soy un mamífero como tú. —Soltó un suspiro—. ¿Realmente tienes que preguntar cómo logro hablar? Entonces el consejo tiene razón. Para ser tan poderoso tienes un limitado concepto de lo que se puede hacer con magia.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy un gato, sé cosas.

Calamidad se dio vuelta y pasó la cabeza por una muralla.

—Ya, no te enojes —continuó—. Te explicaré, soy la séptima gata de una séptima camada y mi

madre era una séptima gata también. Soy mágica, o algo así. Además de ser una bella gatita, también tengo un buen cerebro.

—Entiendo, eres un gato genio; por mí, vale. Dijiste que me ayudarías. ¿Cómo puedes hacerlo?

—Lo haré. Si estás jugando a ser policía, entonces necesitas un informante. Voy a encontrar al asesino, después de todo, está invadiendo mi ciudad. ¿Crees que eres el único que corre peligro? Los tarados del consejo no saben nada, habrá más víctimas esta semana. Es cosa de tener los ojos abiertos.

Escuché el correvapore de Yahil aproximarse.

—Me despidó, no estoy lista para hacer mi estreno en sociedad. Si tus profesores me agarran, harán las mismas preguntas que tú. Y de seguro llaman al veterinario para que me abran como a un sapo.

Calamidad dio un salto y se perdió en la noche. En un par de horas saldría el sol y mi enemigo me estaba haciendo esperar, esto se estaba transformando en un juego de paciencias.

III

Dormir era difícil, pero debía hacerlo. Incluso con los ojos cerrados se aparecían las mismas preocupaciones: la amenaza de un asesino y los exámenes cerca.

Pero no era lo único que me irritaba. Toru y yo teníamos aún menos tiempo para vernos, pero

mis patrullas nocturnas me daban una nueva oportunidad. Nos encontrábamos sobre los tejados más altos, donde nadie pudiera molestarnos. Todas las noches, exactamente a las diez en punto.

El invierno comenzaba a llenar con neblinas ya oscuras calles, pero incluso bajo esas condiciones Bajo Raíz era una ciudad deslumbrante. Sus ciudadanos entrenaban abrigos, capas y armaduras antioxidantes. En realidad, no era la ciudad más lluviosa del mundo, pero para mí, en ese entonces, sus chubascos era diluvios.

Por alguna extraña razón la piel de mi amada parecía brillar en esas noches, y ella confesó la vergüenza que esto le provocaba. Le dije que me parecía especial, como tener la luna a tu lado y la besé.

Desde nuestras alturas podíamos ver el tránsito sobre la avenida Viejo Amor. La gente hacía sonar sus campanas y cornetas para apurar al que va adelante¹².

—No he dormido mucho últimamente —dijo Toru sin mirarme—; tengo sueños extraños, donde tengo hermanos y hermanas.

—En la universidad hay magos que pueden interpretar tus sueños.

Me sonríe con algo de tristeza.

¹² Es importante decir que esta actitud está a punto de ser penalizada con doce años cárcel o su equivalente en azotes con los pantalones abajo en medio de la plaza pública. Se dice que esta medida será replicada en el resto del universo.

—No, yo creo que es solamente el hecho de que no quiero que te pase nada —continuó—. Aunque yo era muy chica, me acuerdo de las cosas feas que pasaban en las islas. Tengo miedo de que la ciudad se ponga así de fea.

—¡No dejaré que eso pase! —exclamé como el héroe que deseaba ser.

Un grupo de elipfantos cruzó volando, guiados por las lámparas de su líder. Volaban rumbo al sur, quizás buscando lugares más verdes, o nuevas aventuras. Los elipfantos son así, cambian, se mueven. Son nómadas como yo, algo que mi Toru solamente puede imaginar. Ella, encadenada a sus tradiciones, sus obligaciones como miembro de la nobleza, no estoy seguro ni siquiera si tiene permiso para soñar libremente.

Volamos montados en tablas que recogemos de los techos a medio construir, ella toma mi mano y bajamos hasta la avenida de la universidad. Ahí nos quedamos un rato viendo el desfile de otoño.

Las nubes decidieron que era hora de enseñarnos lo que era la lluvia, pero no nos importó, al menos hasta que sonó la alarma de la universidad.

IV

Peng Li no solía meterse en problemas con nadie. Pasaba la mitad del día enseñando en la universidad y la otra mirando el cielo desde su observatorio. No era un astrónomo destacado, y quizás su única particularidad era que pertenecía

a esa escasa minoría que había venido del imperio de las Islas de Jade. Él mismo jamás había puesto un pie en las islas en cuestión, pues había nacido en tierra firme, en el gran continente del este. Un día el ejército del emperador simplemente entró en su casa y le avisó que tenía un nuevo dueño.

La vida para Peng no había sido fácil, pero tuvo la suerte de ser más inteligente que el resto de sus compañeros, incluso que aquellos orgullosos hijos de las islas. El emperador tenía un plan para él: lo mandó a estudiar a la ciudad más grande del mundo, donde aprendería cosas útiles.

Lo curioso de su investigación es que esta giraba exclusivamente en torno a la luna. Mezclaba sus ecuaciones con la tradición mágica, no solo de su pueblo o la que creía el emperador, sino con la de los magos de la universidad.

Algunas veces iba hasta el zócalo y bailaba en uno de los salones especialmente diseñados para extranjeros. Se dice que hasta tenía una novia a la que no le importaban esos kilos de más que se ganaban por trabajar sentado todo el tiempo.

Peng Li era muy feliz en Bajo Raíz, incluso cuando hace doce años el emperador canceló su investigación por razones que en la universidad nadie supo, entonces se quedó como profesor, y eso había sido todos estos años.

Los alumnos avanzados de Rass amaban las clases del regordete extraño, eran un relajo. Y él

sabía que era la oportunidad de reír que tenían esos jóvenes, encerrados estudiando la ciencia de la Magia con m grande.

Peng hizo rodar el mecanismo de su puerta, entró calmadamente en su habitación y se sentó en su cama. Era el único mueble en toda la pieza. Abrió una novela, *La Canción de la Calavera Sonriente*, escrita por uno de sus profesores. Cuando alzó la vista, pudo ver a su asesino.

Vestía de rojo, aún portaba la máscara metálica de nuestra pelea, pero quería estar seguro de cumplir su misión, de manera que alzó una balleta y le disparó. Peng no pudo decir ni pío. Luego el asesino recogió algunos papeles que el científico tenía escondidos bajo su cama en una carpeta con un extraño nombre sobre ella, "Azkav", o algo así. Dentro de ella estaba todo lo concerniente al comportamiento de la luna hace doce años y todo sobre lo relacionado con las fases o encarnaciones de Heng-O.

Odio reconstruir escenas del crimen, pero este era mi caso, y cuando me dijeron que habían rastreado la esencia de mi presa, tuve que atender aquel pedido. Captamos medidas de energía y carga espaciotemporal, tal como Rass nos enseñaba. Mis compañeros tomaban nota muy diligentemente, yo solo me dediqué a ver los

detalles. Sabía muy poco sobre la diosa de la luna, al menos sobre esa diosa de la luna¹³.

Pronto la policía de Bajo Raíz se hizo cargo de la escena, y el delicado rastro desaparecía velozmente. Yo estaba al borde de la desesperación cuando de la nada mi cerebro me dio la respuesta.

—¡Debemos sacarle la flecha! —dije en voz alta, pero nadie me miró.

Claro, como el tipo envenenaba sus armas, si es que hubo algo que tocó con cuidado y sin guantes fue justamente esa parte. Yo estaba en lo correcto y ahora podía trazar un curso directo a él. Necesitaba un poco de magia, un gato y un golem, cosas que se encuentran en todas partes, ¿no?

V

No podía ir a clases debido a que patrulla nocturna consumía mis energías. Los mejores magos estaban en el caso, casi todo el grupo A. Pero nada aparecía en nuestros radares mágicos. Era el cuarto día de una búsqueda que parecía no tener fin. Pero yo tenía una carta bajo la manga, y la iba a usar antes de que otra víctima fuese anotada en su libro de puntajes¹⁴.

¹³ Existen al menos ocho cultos lunares reconocidos solamente en la ciudad de Bajo Raíz.

¹⁴ Esta es una formalidad que todos los asesinos profesionales parecen seguir: de hecho, el Sindicato de Envenenadores exige el uso de agendas y libretas a sus miembros. Esto sirve para confeccionar el libro de pedidos, y más tarde hacer el correspondiente informe al consejo. El no cumplimiento de esta obligación significa la expulsión.

Calamidad tenía noticias para mí. La primera era que en la calle se hablaba de dos asesinos, uno con la descripción que yo le había dado. Él era algo así como un hombre de alquiler que dejaba rastros por los techos donde pasaba. La policía de la ciudad buscaba al primero con pocas ganas y al segundo con ninguna. Pero yo no creía que hubiese dos criminales. Algo en el aire me decía que este problema se estaba volviendo algo más... mmm, complicado. Además estaba el hecho de que tarde o temprano vendría por mí o, peor, por Toru.

Rastree la energía de la flecha hasta un bodegón en el barrio norte. No podía decirle a nadie lo que hacía, solo me aseguré de que Yahil estuviese custodiando a mi princesa y que Calamidad, la gata loca, estuviese lista para correr hacia él si es que mis descubrimientos daban frutos.

Entré en la bodega que antes alojaba a parte de la Fuerza Sérea de Bajo Raíz. Aún olía a los viejos grifos que ahí vivían antes de que la Sociedad Protectora de Críptidos los soltara.

En un rincón pude ver tres varas de incienso encendidas, y una a medio consumir. La estatua de una diosa joven en posición de loto adornaba el pequeño templo. El casco de mi enemigo estaba a un costado, lo mismo su espada.

Él estaba ahí pero simplemente no quería mostrarse.

—¿Por qué vienes a mí? —dijo una voz proyectada en el vacío—. Pensaba matarte la próxima semana.

—Vine porque no puedo permitir que hieras a alguien más.

—¿Crees que me detendré cuando te mate? Sentí la velocidad de su daga volando por el aire. A duras penas pude esquivarla. Debía controlarme, sentir la sombra a mi alrededor. Él tenía la ventaja, pero yo tenía la razón. Un nuevo ataque; esta vez era una estrella de tres puntas, no la esquivé, me concentré en el material... lo proyecté en el tiempo dos mil años. Cuando llegó a mí no era solo una lata derruida. Era mi turno.

Su respiración casi no se escuchaba, pero igual necesitaba oxígeno. De manera que en un mismo movimiento comencé a adelgazar las partículas flotantes del aire. Solo permití un aura de aire a mi alrededor, eso me bastaría por dos minutos, quizás tres. Debía moverme rápido, moverme hacia la luz. Calamidad ya no estaba en su puesto; bien, eso significaba que había ido por ayuda. Aun así, esta era mi pelea.

Por los tragaluzes de la bodega entraba la luna llena, le daba contraste a la escena, pero hacía que fuese más profunda esa oscuridad donde vivía mi enemigo.

Usé un hechizo simple para contar el poco tiempo que tenía: cincuenta y nueve segundos. Mi plan no daba frutos. Solo sombras. Hasta que finalmente escuché su voz.

—No tienes idea de qué se trata todo esto, ¿verdad, maguito?

Entonces lo vi aparecer con su traje rojo, su rostro descubierta y con un arma en la mano, parecía más un cometa que un hombre. Sentí su puñal pasar sobre mi pelo, escuché el latido de su corazón, la falta de oxígeno.

—Tienes que rendirte —dije—, yo no soy un asesino.

Otro ataque. Sentí como sus pulmones se contraían, hasta quedar pequeños como bolsas vacías. Dio un salto y lanzó una gran patada sobre mi pecho. Ponerme de pie fue difícil, pero lo logré.

Intentó un nuevo ataque, pero ya casi llegábamos a los dos minutos, y lancé el único conjuro que realmente odiaba hacer, el puño de arena. Un golpe seco en la boca de estómago. Solamente ahí se percató de su derrota, cerró sus ojos y se desmayó. Sentí lástima, verlo delicado y tendido sobre el suelo.

—Estamos a mano.

Pude ver sus rasgos, no podía ser mucho mayor que yo. Quizás dieciséis años, dieciocho como máximo. Pensé que debieron entrenarlo para matar, así como a mí me han entrenado para entender el mundo.

Yahil entró en la habitación y nos encontró en la penumbra. Cuando mi enemigo despertó ya se encontraba en la prisión de Bajo Raíz, interrogado por la policía y el mismo consejo.

Tomé las páginas del estudio de Peng Li y, al leerlas, entendí muchas cosas. Me sentí mal, luego un poco peor.

VI

Toru y yo nos reintegramos a la universidad. Para mi sorpresa, todo el escuadrón A fue promovido sin rendir prueba alguna, pero aun así ayudé a Toru a estudiar tanto como ella me lo permitió. El resto del tiempo lo pasé entrenando con los altos maestros. Rass y Sauda fueron duros, pues debían completar todos esos espacios de la educación formal que yo no tenía, pero nada fue comparable al entrenamiento especial de Tadeo. Nada se parece a eso¹⁵.

El nigromante había crecido bajo el duro régimen de los Allae, en Puerta de Cristal, la única metrópolis de Antártida. Entre las plataformas luminosas que la componen, la libertad es algo con que no se nace. Me habló de viejos dioses encadenados en lo profundo del reino, me contó de la plaga, de su cambio. También de La saga de la Calavera Sonriente, la historia del único muerto viviente que ha sido considerado héroe, príncipe y santo. Me explicó cómo el mal podía ser transformado en luz, cómo incluso el perverso podía encontrar redención. El bueno puede caer, pero hay que enseñarle a levantarse nuevamente.

El mal se alimenta del mal, y solo el perverso deja a sus enemigos hundidos en el barro. Esa era una lección por aprender.


¹⁵ Hay que decirlo, ni siquiera Tadeo se parece a sí mismo, quizás debido al gusto por añadir ojos extras a su cara, orejas puntiagudas y la manía de teñir su pelo todos los martes.

Medité al respecto y después de ocho días se me permitió visitar a mi atacante. Quizás como atención a mi pequeña hazaña, quizás porque en el fondo estaban tan confundidos como yo y alguien debía sacarle la verdad.

Dijo que su nombre real era Kenta. Yo no lo había notado, era ciego de nacimiento. Entrenado al punto que podía ver con cada terminación nerviosa de su cuerpo. No había un solo guerrero como él en toda la ciudad. Sin embargo, él mismo se consideraba un fracaso; es más, les dijo a mis maestros que él ahora, por haber fallado, era lo que en su tierra se conoce como un Ronin, un guerrero sin amo, ni señor. Yo sabía, sin necesidad de usar truco alguno, que estaba mintiendo. Su amo era alguien lo suficientemente poderoso como para llenar su corazón de miedo.

La cárcel de Bajo Raíz no tenía barreras, ni llaves, ni un solo barrote. Solo un campo de fe impuesto por los paladines que sirven de alcaides en el único penal de la ciudad. Ni mis maestros podrían atravesarlo, puesto que no era magia. El gran truco de los carceleros era usar la voluntad materializada. Más dura que el concreto.

—Sigo vivo, lo que significa que no solo estás atrapado en esta prisión... toda la ciudad es una cárcel para ti —le dije, quizás para provocarlo un poco. Verás, Rass cambió el hechizo, ya no estás atado a mí, sino que al suelo mismo de la ciudad.



Se quedó ahí, escuchando mis movimientos. Soltó un gran suspiro; por fin, por primera vez en todo este tiempo de cautiverio se daba cuenta de que estaba atrapado.

—Me venciste, tu honor ya está saldado —dijo—. Has honrado tu nombre y el de tus amos. Aún así, debiste haberme matado. Mantenerme con vida no te sirve de nada, yo no puedo hablar, creo que tendrás que deducir las cosas por ti mismo.

—Está bien, no quiero saber nada.

—¿En serio? Eres muy raro.

—Sí, me lo han dicho... pero si quieres que te pregunte algo, puedo hacerlo. ¿Te arrepientes de algo?

—No —contestó con naturalidad—, soy un asesino, yo no me deprimó.

—Ya veo, ¿sabes? Un día quizás podamos ser amigos, al menos a mí me gustaría mucho. Ahora debo irme a recibir mi castigo.

—¿Castigo?

—Es lo que nos pasa a los chicos desobedientes cuando no le hacen caso a un adulto que se viste como una ficha de ajedrez. Además que he sido un cobarde. Debí haber ido hace una semana, pero ya sabes... ¿para qué apurar las cosas?

Escuché una carcajada salir de su garganta, pero entonces regresó a su seriedad.

—¿Te han entregado los papeles de Peng? ¿Los que robé? Está en la lengua de las estepas,

pero podrás entenderlos con algunos de tus trucos, es papel que habla.

—Sí, lo sé.

Los papeles los tenía escondidos, ya bien leídos, pero debía salir de ese lugar. Tenía cosas que hacer, lugares que visitar, gente que ver y estaba Toru, siempre estaba Toru.

Eran las ocho de la mañana de un sábado. La ciudad no estaba en su ciento por ciento. Nubes bajas habían entrado, tiñendo todo con un tono verdoso húmedo: era el beso de los cielos. El Consejo tenía razones para estar molesto. Yo había desobedecido una orden directa, no solo de ellos, también de Rass. No obstante, había logrado proteger a la persona a quien yo amaba. No sé si era un buen argumento, pero por cuenta propia fui hasta las puertas del consejo.

Alfil estaba solo en la sala de guerra. Veía pasar imágenes en movimiento que describían la formación de la escuadrilla del imperio de las Islas de Jade. Se movían alrededor de una nave con bandera de Bajo Raíz, como una escuadra de tiburones alrededor de una presa.

—Son muy poderosos y ya han sometido a muchos de sus vecinos —dijo sin mirarme—. La Tierra es una pequeña esfera. Lo que tú llamas oeste, es este para otros, y en la cuenca del océano Pacífico comienza a hablarse de un nuevo tirano.

—Lo sé, señor, Toru me lo ha dicho —dije muy seguro de mí mismo.

—Toru... Toru... la niña del embajador... Tu permanencia en la universidad y en esta ciudad depende de lo que contestes. ¿Qué es Toru?

—La niña que yo más quiero...

—Respuesta equivocada —dijo con pesar.

—No he terminado... Toru es la niña que yo más quiero, pero también es la luna, al menos un aspecto de ella.

Ambos guardamos silencio por unos segundos, luego la lluvia nos obligó a buscar refugio.

Segunda parte

Desiertos

Doce cielos azules

I

El invierno marchó tal como se esperaba, quizás con un poco más de frío que lo habitual, pero, como les dije antes, yo no soy buena medida para el frío. Eso no iba para Yahil, quien, contrario a lo que se podría pensar, sí siente los cambios de temperatura, pero de otra manera. Verán, en el lugar donde ustedes tienen neuronas, él tiene un productor que funciona mucho mejor cuando hace frío, lo que quería decir que el gran muro de roca se volvía aún más inteligente.

El consejo no nos usó más. Las relaciones con las Islas de Jade estaban quietas, al menos por ahora. Había distracciones más interesantes, ya que, como siempre, el conflicto venía desde el sur, pero nosotros no teníamos nada que ver con eso. La guerra era cara. Bajo Raíz la evitaba siempre que era posible. Al no ser un Estado y "solamente" una ciudad, podía ser más flexible. Siempre iba a ser mejor negociar.

Lo que ahora sabía sobre Toru no cambiaba nada: ella y yo seguíamos como antes, aunque la vigilancia sobre la casa de su padre se había duplicado. No confiaba en esos guardias vestidos de seda, de ojos fijos en el horizonte. Si he de confiar en alguien, que sea en un compañero capaz de anímarme durante la batalla. Prefiero un hermano de

armas a un soldado bien entrenado, aunque siempre voy a escoger la verdad antes que la violencia. Es que finalmente de eso se trata la Magia con m grande, como decimos en la universidad.

El invierno pasó rápido, con sus lluvias, sus suspiros y sus inquietudes. Eran los últimos días de mi año escolar. Por primera vez consideré la posibilidad de quedarme en la ciudad, de dejar a mi padre y hermano, de no regresar con mi gente. Quizás yo ya no era el mismo, quizás Bajo Raíz me había cambiado.

Caminaba por avenida Viejo Amor cuando vi a una anciana caminando vereda abajo. Dio un grito a su nieto que la había dejado atrás. No entendí qué idioma hablaba; me parecía que era uno de los viejos dialectos del desierto. El niño fue donde la anciana y en voz baja le dijo "no hables así abuela, me da vergüenza". No sé por qué me dolió tanto escucharlo, pero sí había algo conocido en ese desprecio.

Traté de no pensar mucho más; ensayaba las frases que le diría a mi padre: "papá, he decidido quedarme este año" o "papá, creo que este año no iré a cazar tesoros con ustedes". Un millón de ideas cruzaron por mi cabecita en ese entonces. Cuando llegué a mi habitación encontré un Yin-Yin extraño en la puerta.

—Mi padre estaba parado muy serio.

—¿Qué haces acá? —pregunté asustado.

—Nos vamos a casa...

—Bueno, papá... —comencé a decir.

Verán, yo estaba listo para mi gran rebelión.

—Nos vamos, hijo. Tu abuelo se ha ido. Debemos salir hoy mismo si queremos llegar a honrar su memoria.

Vi la tristeza en los ojos de mi padre. No pude decir nada más. Debía despedirme de la ciudad, de Toru, para regresar a mis arenas.

II

Sabía que irme era un error, pero también sabía que mi padre me necesitaba. Debía regresar a las tierras de los doce cielos azules. Marchamos rumbo al sureste, no era una región que recorriéramos habitualmente. Ahí el desierto se vuelve empedrado, estéril.

Una vez sobre estas montañas se levantó el reino de Viracocha, el dios de la varas. Se dice que su gente era orgullosa, tanto que brillaban como el sol. Sus ruinas se encuentran a todos lados de nuestro camino. Cualquiera diría que vamos cruzando por el hogar de los dioses. Quizás esa es la razón de por qué mi abuelo escogió morir aquí.

Mi pueblo recorre estas tierras, pero sabemos que no son nuestras; el gran desierto no conoce dueños¹⁶, no importa qué tan al sur estemos o qué tan al este lleguemos.

¹⁶ Lo que es un problema en Bajo Raíz, donde lo más importante es un título de dominio o, en su defecto, una buena espada; un buen par de pies para correr tampoco es mala opción.

—Esta es una tierra muy vieja —dijo mi padre mientras cargaba agua—. Akamama la llaman los locales. Les hemos pedido su refugio y ayuda.

Asentí y le ayudé. Conocía algunas de estas historias, pero estaba seguro de que Yahil las conocía mejor que yo. Extrañaba a mis amigos, extrañaba a Toru. También me molestaba tener que esconder el uso de la Magia con un grande. Verán, si bien mi padre empujó mi educación, el uso de la magia seguía siendo algo raro, más aún para un hombre. Entre los nuestros esos eran asuntos de brujas y adivinas.

Viajamos dos días y dos noches sin dormir, sin parar. Durante todo el trayecto tuve la impresión de que nos escondíamos y seguramente así era. ¿Habría traído yo la desgracia a mi pueblo? Nada se me dijo. Subimos montañas y mesetas tan altas que mis oídos comenzaron a doler. Estaba mareado, rendido, pero entonces vimos las carpas extendidas en las ruinas de la vieja ciudad. Era de noche y la única luz que me permitía entender qué sucedía provenía de las fogatas que teñían de rojo el ambiente.

Las abuelas cantaban canciones tristes y parecía que hacían bailar sus gargantas. Era un momento de tristeza: el abuelo, el líder de toda la tribu, se había ido con los ancestros. Conociendo al viejo, de seguro ya estaba saqueando lo reinos del cielo. Los padres de familia caminaron a un círculo de fogatas. Ahí mi padre contó las hazañas del

viejo león del desierto. Contó sobre su nacimiento en las arenas del este, su primera hazaña como guerrero, su primer gran viaje. Es que casi no había lugar en el desierto que él no conociera. La letanía de los ancianos era larga, pero no tenía por qué ser aburrida. Se contaron chistes, se llamó a los espíritus, luego comenzaron las canciones pícaras. Guardé la distancia, no sabía realmente si yo era parte de todo esto, o solamente un testigo.

Uno de los locales, su chamán, estaba invitado. Según mi hermano, había sido compañero del abuelo en sus aventuras por los reinos de mediaexistencia. El anciano se paró entre los padres de familia, los miró y esto fue lo que dijo:

—El viejo era tramposo, hábil con los dados, y malhablado, pero era mi mejor amigo. Me pidió que los trajera, porque hoy se escogerá al nuevo campeón de vuestro pueblo.

Aquel personaje de extraño acento gritó un par de palabras que no entendí; sin embargo, pude sentir una abertura en la realidad. Algo estaba entrando al lugar donde nos encontrábamos.

Algunos hombres se asustaron cuando lo vieron: era un enorme puma envuelto en llamas azuladas. Sus ojos brillaban en la noche. Era energía que había tomado la forma del abuelo, su verdadero ser. Caminó entre los hombres buscando quien le sirviera para ser elegido como su próximo portador.

Miró a mi padre y gruñó, luego me miró.

—Debería elegirte a ti, pero tú ya no pertences acá —dijo directo a mi mente, sin hablar—. Tu corazón está muy lejos, más allá de mi poder. Entrar en ti sería como perderme en el infinito, pero pronto encontrarás un ser suficientemente fuerte para llenar ese vacío que sientes.

Asentí. El puma me dio la espalda, parecía no encontrar a alguien que llenara los requisitos que él buscaba. Hasta que fijó la mirada en mi hermano. Nada le dijo, pues no sabía escuchar. Solo se paró ahí, frente a él y luego desapareció.

El viejo comenzó a gritar como loco.
—Los beduinos tienen un nuevo campeón... —dijo finalmente.

Mi hermano estaba confundido, pero confieso que mientras lo levantaban en andas me sentí muy aliviado de no ser yo el escogido. El festín siguió hasta el amanecer, los hombres reían y gritaban. Tal era su felicidad por haber encontrado a su joven campeón. Mi padre caminó hacia mi y puso una mano sobre mi hombro.

—¿Estás contento por tu hermano o por ti? Lo miré y tomé distancia de él.

—Por los dos.

—Un día él tomará también el control de la familia, Omar. ¿Dónde estarás tú entonces?

—En Bajo Raíz.

—Está bien, pero aún te queda tiempo con tu familia... el puma te habló, ¿verdad?

—Así es.

Mi padre hizo una seña de aprobación. Miró a los hombres y cuando se dio cuenta de que la celebración había acabado dio la orden de partir. Todos le obedecieron sin chistar, solo mi hermano fue llevado en andas y puesto en su Yin-Yin mientras dormía. Jamás volveríamos a ese lugar.

III

Hacia el este, antes del cañón rojo, mi padre decidió poner las tiendas. El cielo era azul violeta y el aire húmedo por los canales que cruzaban el cañón. Mi hermano iba a guiar el paso, pero antes debíamos descansar.

Estaba seguro de que seguíamos la ruta más lejana a la ciudad; creo que mi padre no quería perderme tan rápido.

Mi hermano se sentó junto a nosotros e hizo un dibujo.

—Vamos a seguir los ríos hasta el lago; se dice que alguna vez hubo un enorme templo a la luna. Algunos monjes de las Islas de Jade pagan buen dinero por llegar hasta ahí.

—Son dos semanas de viaje —dijo mi padre— y no podemos regresar por esta misma ruta. Tenemos que salir al mar y luego al sur, hasta los pueblos pesqueros.

—Exacto, papá, ese es mi plan: vender nuestras cosas a los locales, así nos ahorramos un viaje a la ciudad.

Mi padre sonrió, era un plan inteligente y cómodo para ellos. Yo me alejaba cada vez más de mi Toru. Al menos eso creía.

Pusimos las canoas en el río y anduvimos entre canales ese tiempo. Evitamos los rápidos y a los habitantes de las murallas. El agua de estas zonas es peligrosa y no apta para beber, ya que tiene demasiados minerales. Nuestra agua fresca venía de los pozos que había río arriba; esta era la disciplina que diferenciaba a un viajero ocasional de un beduino experto.

Unos pocos zorros del desierto nos vigilaban de lejos, al igual que un puñado de aves que no estaban acostumbradas a ver humanos, menos unos tan pintorescos como nosotros. La verdad es que se necesitaba estar un poco loco para tomar esta ruta y nosotros estábamos ligeramente pasados del punto de "un poco locos".

—Mira —dijo mi padre indicando un grupo de cabras—, ¿cómo se llaman esas?

—Son cabras de fuego —contestó mi hermano—. Si tenemos cuidado, podemos atrapar una para el almuerzo.

Yo moví la cabeza negándome.

—No debemos dejar el bote, seguiremos sin comer hasta el lago.

Mi padre y mi hermano me miraron con asombro.

—¡Atención todos! —gritó Yamal—. ¡Mi hermano pensó como un beduino!

Todos aplaudieron y gritaron. Fue demasiado alboroto por una simple deducción lógica. Yo podía ser muy diferente, pero jamás negué que el desierto fuese parte de mi cuerpo. No hablé nada más hasta llegar al lago, fue lo mejor para todos.

El templo, el monje y la gata

I

El lago cubría mi campo visual de tal manera que no podía estar seguro de que realmente no fuese el mar. Una docena de pequeños pueblitos florecían en sus orillas, tiñendo de colores un paisaje que debería ser de un constante amarillo plomizo.

Las casitas eran cuadradas y ligeras. Sus habitantes estaban acostumbrados a ser conquistados por un rey u otro, de manera que simplemente agarraban sus casas y se las llevaban a otro lado del mismo lago. Ningún rey se quedaba mucho ahí, excepto Adolfo IV de Bajo Raíz, que se hizo una casita en el lago, pero realmente jamás llegó a usar¹⁷. Hoy por hoy es el *Spa* más famoso del desierto, que, claro, sigue sin uso.

Verán, la gente por ese lado no se hacía mayores complicaciones. La verdad es que tenían algo de nómadas, y es por ello que nos sentíamos como entre pares; bueno, casi, porque ninguno de nosotros sabía cómo pescar. A nosotros nos agradaaba estar entre gente sin problemas, pero había un ligero inconveniente: la gente despreocupada no compra. Quizás ustedes no lo saben, pero el

¹⁷ Pues sufrió un ligero ataque de decapitación, y en vez de ser recordado como el vigésimo quinto rey de las profundidades de Bajo Raíz, fue simplemente conocido como el último.

sesenta por ciento del comercio depende de la angustia que significa el día a día. ¿Para qué quieres hierbas para el sueño si nunca has tenido problemas para dormir? ¿Para qué quieres un aparato para congelar los alimentos si todos los días tienes pescado fresco? Bajo estas condiciones debíamos ser ingeniosos, no vender cosas, sino espectáculos. Baile, canto y magia. ¿Adivinen a quién le tocaba precisamente esa última parte?

Mi simpático hermano me pintó el rostro de blanco y me puso un traje dorado de arlequín. Mientras mis primos tragaban fuego, andaban en zancos, yo hacía brillar estrellitas, o hacía bailar muñecos de papel. No se me permitían trucos complejos, solo magia con m chica.

Algunas monedas salían, no tantas como en la ciudad, pero mi hermano ya estaba muy complicado con su acto como para que yo lo molestara con mis refunfuños. Verán, a él le tocaba la famosa "Cuerda de la muerte". Debía caminar sobre la cuerda floja a tres metros de altura sobre estacas afiladas. Bueno, la verdad es que no estaban tan afiladas, pero conociéndolo no se permitiría fallar frente a los demás.

Recorriamos los pueblos a razón de dos cada luna, hasta que llegamos al más grande de ellos. Era igual a todos los demás pueblos del sector, las mismas casitas, las mismas costumbres, la misma falta de dinero. A pesar de esto, tenía una

gracia especial: era el monasterio de Sin, el viejo señor de la Luna.

Como había previsto mi hermano, muchos monjes peregrinaban por el desierto del este para alcanzarlo. La mayoría eran monjes de las Islas de Jade que buscaban los aspectos perdidos de la diosa Heng-O; otros venían del este más lejano, y adoraban a Khonsu; del sur venían los no muertos buscando la iluminación de Bendis. Aunque las tres religiones procuraban amor y paz, cada cierto tiempo estallaban los conflictos, especialmente para turnarse quien usaba el gran observatorio lunar. Hay que decir que estos mal entendidos hacían muy rico al alcalde del pueblito, que cobraba mil pesos la media hora de observación.

Los creadores del templo se habían ido hace mucho, quizás habían migrado a un punto menos bullicioso del desierto, aunque las leyendas decían que se habían ido volando a habitar el cielo, pero realmente nadie creía en eso.

Gracias a los viajeros no tuve que hacer mi papel de payaso mágico, pero eso me dejaba mucho tiempo libre para pensar y extrañar. Pero estaba frente a un templo de la luna, ¿no es así?

II

Las puertas del templo eran inmensas, a tal punto que si alguien realmente las hizo a su tamaño, esa criatura debía medir al menos ocho metros

de alto. Los viajeros entraban y salían con la cara llena con una sonrisita sospechosa.

Los monjes habían hecho arreglos con ayuda de la gente del pueblo. Entre esos arreglos estaba el haber instalado un gran número de escaleras para poder llegar a las partes más altas de la construcción.

Aproveché que estaba sin mi hermano para ver los inmensos murales que describían los nueve viajes de la luna por el firmamento, cada luna con un aspecto distinto. Había una luna para cada aspecto humano. Una luna para guerrear, una luna para curar y había una hermosa para amar. Había también una para viajar, una para pensar, una para soñar, ciertamente había una luna para la magia. Encontré una luna de la nostalgia y una luna negra, oculta. Esa era la luna para odiar. Cada una de ellas tenía un avatar, excepto por la última, que nunca debe existir, pues el odio es privilegio de los hombres, ellos lo hacen solitos, sin ayuda.

Caminé por los pasillos, quería encontrar algo que me recordara a Toru, algo que se pareciera a ella, pero nada. Si ella era la luna, ¿cómo es que no había un maldito retrato de ella en todo ese gigantesco edificio?

El silencio se tornaba sepulcral a medida que llegaba a los pisos superiores. También lo era el frío. Era curioso, como si el edificio estuviese al revés y entre más subiera, más adentro de un pozo helado me encontrase.

Entonces escuché una risotada. El sonido viajaba en todas direcciones, disparado en la enorme concha acústica del templo. Al comienzo me confundí, pero luego pude encontrar la fuente de esa tremenda alegría, y caminé hacia ella; si alguien era así de feliz, debía conocerlo con urgencia.

Encontré una pequeña puerta plateada que tenía una inscripción en alguno de esos idiomas que solo los sabios conocen. Podría haber dicho claramente "cuidado con el tigre" o "maldito sea el que cruza esa puerta", pero ninguna de esas posibilidades me asustaba realmente.

—Si quieres que te preste mi revista, tendrás que esperar un rato.

La voz y la risa provenían de un pequeño monje que me daba la espalda. Era un hombrecito calvo, vestido de rojo intenso. No parecía estar dispuesto a callarse, pero aún no quería mostrarme su rostro.

—Estas Zheroínas son lo mejor. Un grupo de heroínas que trabajan para un desconocido monje simplemente conocido como Zeta, ¿no te suena?¹⁸

—Para nada, es que no me gusta la fantasía.

—Me parece mal. Deberías ir a Bajo Raíz, niño. Ahí son la sensación —dijo mientras daba vuelta la última página—. Ya terminé, estaba muy buena. ¿Quieres leerla?

¹⁸ Las Zheroínas fue la primera novela gráfica en alcanzar el número uno entre los libros más pedidos de la biblioteca y vendido por el Sindicato de quiosqueros.

—No, señor... no vine a leer cómics. ¿No son cosas de niños?

El anciano se dio vuelta y me mostró un rostro sonriente, adornado por un largo bigote blanco y algo disparejo.

—Claro, estás en un misterioso templo en medio del desierto, hablando con un misterioso monje. No tienes tiempo para relajarte —dijo burlonamente.

—Usted no parece muy misterioso.

—Lo soy.

—Bueno, le creo.

El viejo se levantó con esfuerzo, murmuró algo que no entendí y luego me sonrió otra vez:

—Tienes que relajarte niño, no tienes ni catorce años y ya estás todo arrugado.

—Cumplo trece el próximo mes señor... y usted está más arrugado.

—Lo sé, pero yo tengo ciento treinta y dos años, ¿o eran ciento cuarenta y uno? Perdona, pero me gusta quitarme unos años, tengo derecho a ser vanidoso. Mi nombre es Azkav.

—Ese nombre te lo inventaste, ¿no?

—¡Claro! Quiere decir tetera; es bonito, ¿verdad?

Yo estaba listo para dejar al viejo loco solo cuando escuché la voz de la razón salir de su garganta.

—¿A qué viniste, Omar? ¿A rendirte frente a un par de chistes? ¿Qué haces aquí, Mago del

desierto? No pongas esa cara de "¿cómo sabe mi nombre?". Soy un monje misterioso, te lo dije.

Entonces algo vivo comenzó a moverse entre sus ropas. Apareció una delgada cola negra y luego unas orejas.

—¡Mentiroso! —dijo una voz familiar—. Yo lo traje. Si fuera por ti, estarías todo el día acostado, viejo flojo, leyendo comedias que a nadie más le gustan.

—Gata sin respeto... ¿cómo te atreves a interrumpirme? Y peor, ¿cómo insultas mis lecturas? Al menos sé leer, no como tú, felino delirante.

Calamidad surgió de entre las ropas del monje. Mi primer impulso fue arrodillarme y abrazarla, pero su mirada felina me detuvo.

—No te emocionas, me hiciste venir al desierto... eso te costará caro.

—Bueno, es como una caja de arena, solo que más grande —dijo Azkav con un sonrisita péfida en el rostro.

No había que ser mago para saber que entre ambos había una complicidad y que yo estaba justo en medio.

—¿A cuál de los cultos perteneces? —pregunté tratando de dar sentido a la escena.

—Ah, yo no pertenezco a ningún culto propiamente tal, vengo a leer a este lugar, me dejan tranquilo siempre y cuando ponga cara de meditación. Lo mío son las historias, chico, eso es lo que hago yo, trabajo con las historias y con las personas que viven dentro de ellas. Calamidad y

yo tenemos un trato; verás, ya estoy viejo, ella me avisa cada vez que comienza una buena leyenda. Hemos escrito juntos algunas historias muy buenas. ¿Has escuchado hablar de la Calavera Sonriente? Esa historia es nuestra.

—La conozco señor, y me llamo Omar, no "chico".

—¿Perdón?

—Me llamo Omar, nada de sobrenombres, por favor.

Azkav sonrió.

—Realmente te estás transformando en un bicho muy serio, ¿no? Bueno, si lo que dices es verdad, no tendrás miedo de venir conmigo y conocer realmente mi trabajo.

III

Caminamos los tres fuera del templo, hacia las orillas del lago. Azkav solamente me miraba para ver la expresión de mi rostro cuando soltaba un chiste, o decía algo interesante, lo que ocurría sin mucha frecuencia. Los pocos pescadores que se cruzaban frente a nuestro camino simplemente bajaban la cabeza en señal de reverencia. Contrario a lo que yo había pensado, el viejo loco sí era un monje muy reconocido.

Una vez que estuvimos lejos de pueblo, Azkav me miró. Supe recién entonces que el anciano estaba listo para hablar seriamente.



—Peng Li fue mi alumno, claro que temo que lo conociste en circunstancias poco agradables.

—Estaba muerto cuando lo vi.

—Bueno, ya sabes, poco agradables para él. —Hizo una pausa para recuperar un poco su aliento—. Sé que grabaste sus últimos instantes con un conjuero, ¿no es así?

—Así es, hice una lectura de sus últimos momentos. Aún lo siento; no me gusta navegar en los recuerdos de otro, especialmente si está muerto, porque terminas mezclando tus sentimientos y los confundes con los de otro.

Azkav se agachó para abrochar una de sus sandalias, se quedó cerca del suelo y me miró.

—Ya veo, debe ser duro. ¿Sabes?, yo he entrenado a muchos jóvenes como tú. Calamidad es testigo de eso: magos, guerreros, paladines, abogados, algunos héroes, y siempre en mis clases comencé diciendo que se olvidaran del bien y del mal, que la vida del aventurero no se regía por esas normas...

—¿Qué cambió? —pregunté.

—No lo sé —dijo mientras mudaba la expresión de su rostro—, pero lo siento en el aire, algo ha variado en la textura de este mundo. Los que mataron a Peng Li realmente no querían nada, solo callarlo. Omar, nos enfrentamos al verdadero mal, aquel que hace temblar a todas las cosas.

Pude sentir su dolor. Quizás el viejo sí estaba de mi lado. Pero antes de que yo pudiera decir algo, continuó.

—No quiero decirte mucho, ya hay demasiados viejos sabios en tu vida. El cascarrabias de Rass, esos manipuladores del Consejo, sin contar a tu padre y ahora tu hermano también. Ninguno de ellos entiende lo que pasa, ¿verdad?

—No sé, cada vez que quiero hacer algo bien, alguien me dice que lo estoy haciendo mal. Es como si no perteneciera a ningún lugar.

—Omar —dijo con seriedad—, veo dos posibilidades para ti... en una de ellas te quedas con tu familia, eres feliz, y en unos años más regresarás a Bajo Raíz, pero como un viajero, ya no será tu ciudad. En la otra, vas por Toru, regresas a la ciudad...

Caminamos unos pasos más. Calamidad trataba de escuchar la conversación, pero estábamos muy cerca del lago, y ella no quería acercarse mucho a la orilla; la posibilidad de resultar mojada le aterraba aún más que quedarse sin saber algo.

—Debo regresar con Toru —dije mirando a la gata.

Azkav asintió con un murmullo, hizo un giro en trescientos sesenta grados. Entonces el monje dirigió uno de sus huesudos dedos en dirección oeste, hacia el cañón por donde habíamos llegado.

—Correvapores —dijo con cierto pesar.

Vimos la columna de humo que se dirigía rumbo al pueblo, marchando pesadamente, como una serpiente que se dibujaba sobre los cielos.

—¿Quiénes son? —pregunté.

Azkav guardó silencio por unos segundos, luego cerró los ojos.

—No lo sé, pero sé que quieren.

Entendí en ese momento que mi presentimiento era cierto, yo era un peligro para mi gente. Había traído notoriedad a mi familia y el negocio del nómada es ser invisible. Había roto leyes que se escribieron mucho antes del tiempo de mi abuelo. El secreto de Toru debe quedar guardado, eso quiere mi enemigo.

—Si quieres saber cómo ayudar realmente a Toru, tienes que cruzar medio desierto. Hay un pozo abandonado hacia el nororienté, más allá de las montañas; ahí encontrarás al único que te ayudará a seguir adelante... —Tragó saliva y miró a su gata—. Es el dios de los insectos quien vive ahí, es viejo como la Tierra y al igual que esta, nos odia.

—No —interrumpió Calamidad— debe haber otra manera.

—Se necesita un dios para encontrar el camino de otro. Ve a ayudar a tu familia, Mago del desierto. Tienes unos minutos antes de que se desate el infierno. Espero sinceramente volver a verte. Corrí hacia el pueblo. Pude escuchar los gritos de los hombres. Ordenaban levantar el campamento y proteger a las mujeres.

—¡Voy con él! —gritó la gata a mis espaldas.

—¡Desconfiada! ¡No vas a poder cuidarlo para siempre!

—¡Yo sé lo que hago... Zeta!

Solo entonces me di cuenta de que la gata estaba a mi lado, que incluso corría más veloz que yo.

—¿Cómo le llamaste?

—Eso no importa, ¡corre!

Sentí la primera explosión levantar arena y polvo cerca de donde mi padre había puesto su campamento. Era un disparo de advertencia, pero pronto comenzarían a afinar su puntería. Corrí tan rápido como mis piernas pudieron hacerlo. Un proyectil silbó por uno de mis oídos, solo los no muertos del sur tenían armas tan poderosas, pero no pude sentir su presencia dulzona y ligeramente corrupta. No, estaba ante algo nuevo, algo que jamás había visto y no había estudios que te permitan enfrentar a un enemigo así.

IV

Las máquinas más ligeras fueron las primeras en mostrarse. Estaban pintadas de blanco y negro, no llevaban bandera o escudo alguno. Hasta los piratas se molestaban en vestir de alguna manera a sus embarcaciones. Estos tipos eran algo peor. Se pararon haciendo un semicírculo, nada se movió, nadie dijo nada, el espacio se llenó con un silencio eterno.

Los hombres del pueblo sacaron a sus mueres y niños, tan solo los nómadas se pararon al frente de los invasores. Dos, tres segundos, nada. Ni un sonido. Los disparos de hace un rato habían funcionado, el miedo había llegado.

Las naves más pesadas aguardaron atrás; nos estaban cerrando el camino del cañón. Una voz metalizada y hueca surgió de estos últimos.

—A los pobladores les pedimos tranquilidad, no queremos asustar a sus niños —dijo la voz tratando de ser educada—. Denmos a los nómadas y estaremos bien.

Los pobladores se miraron entre ellos. Mi padre lo notó y caminó frente a las máquinas.

—Soy el líder de este grupo de personas. ¿En qué le hemos ofendido? —dijo con calma.

Luego hizo una seña con sus manos, la que mi hermano entendió de inmediato y comenzó a retroceder, hasta salir de la línea de fuego de nuestros enemigos.

—Caballero —dijo la voz—, temo que usted está tratando de ganar tiempo, lo que confirma mi primera suposición: no se puede confiar en la gente del desierto.

Una de las máquinas comenzó a disparar pequeñas saetas afiladas; algunas pasaban muy cerca de mi padre. Seguían jugando. No, estos tipos no iban tras nosotros, solo querían a una persona. Traté de salir adelante, enfrentarlos, pero la mano de mi hermano me detuvo.

—Enano —dijo—, maldito yo si no puedo defender a mi hermano chico.

Tomó el sable que mi padre guardaba entre sus alforjas, y corrió haciendo un semicírculo, hacia los correvapores más grandes. Lo perdí de vista entre las máquinas. En una de ellas estaba mi enemigo, pero ¿en cuál? Tenía que esperar que él, o ella, se atreviese a mostrar su cara. Eso no pasaría pronto.

Me concentré en las máquinas. No sé si era el miedo o algún poder raro, pero era incapaz de enfocarme en los tripulantes. Eso no me impidió sentir a los elementos que seguían vivos a pesar de la intervención del hombre. Los vehículos funcionaban con carbón que transforma el agua en vapor y crea una fuerza de empuje que les permite deslizarse sobre superficies sólidas. Intervenirlos fue fácil, aunque sabía que estaba contraviniendo los caminos de mi gente. Fícele estallar algunas calderas y que las máquinas se bloquearan el camino unas a otras.

Dejé la espectacularidad a mi hermano y sus guerreros, que cortaron el paso a los vehículos mayores. Pero fuimos ingenuos, porque nuestro enemigo solo jugaba.

Los correvapores se abrieron como si fuesen cajas de sorpresa, cada una de ella revelando por fin las armas traídas para nuestra destrucción. "Soldados", gritó un hombre del pueblo. "No muertos", gritó otro. Los dos estaban equivocados, pero me parece que querían culpar a otros de este pequeño encuentro en tierra de nadie.

Nuestros atacantes caminaban e incluso olían como humanos. Gran parte de su cuerpo estaba cubierta de aplicaciones de hierro. Algunos tenían mandíbulas de metal ennegrecido para evitar que sus caras se desarmaran. Otros estaban tan cubiertos que apenas se les distinguía algo de piel o tenían cascos de ejércitos misceláneos sobre su cabeza. Unos pocos portaban armas tradicionales, como hachas o

espadas, pero a la mayoría les habían amarrado objetos punzantes. La mayoría caminaba lento, pero cuando fijaban su visión en uno de los hombres, caían implacablemente sobre ellos.

Mi hermano estuvo obligado a pelear en terreno abierto contra criaturas que no se rendían cuando resultaban heridas. Me demoré en comprenderlo, y tardé aún más en gritarlo. No eran humanos, ni siquiera muertos vivientes. Lo había visto en clases, era una necromancia muy poderosa, reanimar a un cuerpo muerto y usarlo como tu esclavo, ¿pero hacerlo con decenas de ellos? Había que atrapar algo de la esencia de la criatura antes de fusionarla con la tecnología. En la universidad lo vi con ratones moribundos y gaviotas perdidas, pero no conocía a ningún mago con ese tipo de voluntad. Después de todo, de eso se trataba esto, de voluntad y hacer parecer fácil lo imposible¹⁹.

No podría apagarlos si desconocía donde se encontraba la fuerza que los dirigía; el ruido de los hombres y el rechinar de esas cosas no me dejaba oír.

—¡No! ¡No peleen! —grité a mi hermano—. ¡Son muñecos, están peleando con muñecos!

Mi padre me miró, dudó un momento, luego siguió peleando. En esos días él pensaba que yo era un niño, que no sabía nada de peleas.

¹⁹ Algunos agregan a esa afirmación: "...y obtener descuentos en las principales librerías y teatros de Bajo Kaiz". Pero claramente sobre ellos no se escriben muchos libros, al menos que ellos mismos los encarguen, lo que suele suceder bastante seguido.

Por mi lado me solté una simple orden: yo no debía gastar mi poca energía en pelear con esas cosas. Así que cerré mis ojos, debía entender el movimiento de las ondas, por dónde viajaba la Magia, con m grande.

Me distraía la presencia del tanque más grande, de donde salía la voz, pero estaba vacío, no había fuerza ahí, ninguna intención. No, este era el ejército de una sola persona, de un titiritero.

Seguí su hilo principal hasta un correvapores. Era el primero que había llegado y había permanecido quieto bloqueando nuestra salida, ahí estaba.

Esta era una tierra vieja, moverla iba a requerir de una gran energía. Hablé con la piedra, vieja, pero quebradiza; hablé con el suelo profundo de granito, con la arena. Me dieron su favor y levantaron a mi enemigo unos cinco metros. La columna de piedra casi partió al vehículo, pero mi rival era sabio y esta era su evaluación, ¿valdría yo la pena?

Primero vi una silueta, delgada, un sombrero, un poncho y botas. Todas de cuero. Traté de leer los movimientos de mi enemigo, pero había algo en aquel curioso atuendo, algo que bloqueaba mi lectura. Pero no era lo que más me aterró, estaba vivo, su ropa estaba hecha con piel de criaturas que de cierta manera seguían vivas y le brindaban su voluntad.

—¿Ya te diste cuenta? —dijo una voz casi femenina— Es hora de que tengas miedo, Omar.

Porque alguien con mucho poder no te quiere, y me pagó para matarte.

—Vaya, no eres el primero que me agrega a sus planes, ¿sabías?

El extraño se mantenía a flote a una distancia prudente. Esta vez no era su magia, era el traje, aunque una sola parte de él.

—Se llama Makuñ —dijo pasando la mano por su manta—. Lo hice con la piel de los magos a quienes maté antes.

—¿Qué eres?

El extraño solo entonces se sintió a gusto para poner sus pies en tierra firme. Me sonrió, sin contestar mi pregunta.

—Ciertamente, no eres ninguna clase de mago que conozca —dije tratando de razonar.

—No, no soy un mago. No, niño, soy un brujo. Me conocen como Flechero.

Cientos de pequeñas saetas volaron hacia mí. Sentí como algunas tocaban mi piel pero ninguna la atravesó. El tipo las controlaba y las paralizó frente a mí.

—La Brujería recibió el contrato para eliminarte. Nunca fallamos y no pienso ser el primero, pero quiero saber una cosa... Omar: ¿por qué vales tanto? Hasta ahora solo has sido un mago del montón; temo que quizás podría haber cobrado un poquito de más.

Calamidad salió de entre mis ropas directo al rostro del brujo. Eso lo distrajo del control de sus muñecos. Mi gente ya no seguía peleando.

Yo estaba demasiado nublado para poder hacer cualquier conjuro, así que hice lo que mi hermano habría hecho en mi lugar. Apreté el puño y lo estrellé en la cara de mi enemigo, el que cayó fuera de combate sobre la arena.

La batalla había terminado, pero no así las sorpresas. Cuando su sombrero dejó su posición, reveló un cabello largo y negro. Había golpeado a una niña, bueno era una bastante más fuerte que yo; que, sin duda, me hubiese partido a cuadritos, pero era una niña al fin y al cabo. Para mi clan este solo era un triunfo a medias. ¿Quién los entendía? Lo único claro era que yo ya no pertenecía ahí, y me lo estaban gritando bien fuerte.

V

Su nombre real era Raimilla, su rango era el de flechero. Respondía como a un buen soldado y no hubo más que pudiéramos averiguar de ella. Tenía mi edad, podía adivinar que su entrenamiento había sido duro. Sus manos casi no tenían uñas, su piel era blanca o, mejor dicho, casi gris. Sus ojos negros y profundos, su rostro delicado, más lindo de lo que me gustaría pensar.

Bajo su traje mágico se escondían humildes mallas negras; lo había visto en la gente que escapaba de la plaga, allá en el sur, cerca de Puerta de Cristal. Conforme pasaba el tiempo y su adrenalina bajaba, más se acercaba a ser una chica normal. Noté que su piel exudaba un brillo verdoso; había

visto eso antes en el asesino de las Islas de Jade mientras rezaba a la luna.

—Te queda poco tiempo, Mago del desierto.
—¿Qué dices?

Sus ojos tenían un brillo extraño, como si una parte de ella guardase aún un sueño, como si parte de ella estuviese dormida. Podía viajar entre las grietas de su barrera mental y escuchar sus pensamientos antes de que ella hablase. Había demasiada inocencia para un asesino.

—No puedes enfrentarme, porque desconoces quién eres... y no hay tiempo para que lo aprendas.

Me paré junto a ella. Debíamos hablar en el idioma de la noche, ella debía saber quién era yo, a qué la habían mandado. Quienquiera que fuese su contratante, daba por sentado que ella fracasaría. Incluso sus compañeros de la Brujería sabían que no podría cumplir con la misión. Entonces esto no era la emboscada real, sino un divertimento, para mantener mi energía distraída.

—Seguramente debe ser una vergüenza para ti —le dije— o para tu gente ser vencido por alguien como yo, y lo entiendo. Te tomaría como prisionera solo porque me gustaría saber quién eres, de dónde eres, o de dónde viene tanto odio. Pero sabemos lo que pasará. En el campamento no hay prisiones para gente como tú y terminarías por lastimar a más personas.

Frente a sus ojos quemé sus artefactos mágicos para que no pudiese canalizar su voluntad. Solo

dejé con vida el Makuñ, debía llevarlo a Bajo Raíz. Corté sus ataduras y mantuve mi distancia. Solo ahí me di cuenta de que éramos del mismo tamaño.

—Ahora puedes irte, estoy seguro de que nos veremos otra vez. Harás una buena entrada y tendrás tu segunda oportunidad, pero piénsalo bien, puede que ese día yo ya no sea el mismo.


La escuché tragar saliva. ¿Acaso me temía? No me sentí mejor por eso, pero me di cuenta de que su energía estaba abajo. Es que la brujería dependía de objetos y lugares para potenciar la voluntad. Yo dependía de una concentración que me costaba mucho alcanzar, tardaba mucho en poner en práctica toda la teoría que se me enseñó en la universidad.

—Eres una criatura extraña, Omar, Mago del desierto —dijo y me pareció verla sonreír. —Espero volverte a ver, de verdad.

La vi alejarse, sus vehículos estaban arruinados, pero sobreviviría; quizás iría por mí una noche y triunfaría, pero en este universo cosas muy raras podían pasar, y quizás un día podríamos caminar juntos. Yo podría aprender de ella, y ella podría encontrar la paz en Bajo Raíz. Las cosas eran así, y yo debía emprender un viaje, nuevamente.

VI

Comencé a hacer mi mochila antes de que los guerreros abrieran sus ojos. No puse mucho en ella, iba a viajar ligero: agua, carne seca y frutas.



Calamidad caminaba junto a mí, silenciosa, demasado callada si pensamos en sus antecedentes.

Cargué a mi Yin-Yin y di una última mirada a mi familia, a mi gente. Los volvería a ver, pero ya no sería el mismo, no necesitaba ser un mago para decir eso. Cuando puse un pie en la brida, escuché la voz de mi padre.

—Es costumbre entre tu gente decir adiós al menos al líder del clan y ese aún soy yo.

Agaché mi cabeza, sentía vergüenza, pero quedarme me parecía peor. Para mí, la verdad estaba lejos de todos, había que salir a buscarla al desierto.

—Tengo que irme —dije.

—Yo lo sé, aunque esperaba que te quedaras un poco más, quizás hasta el próximo otoño. ¿Tienes idea de adonde irás?

—Si te lo digo, intentarás detenerme.

Mi padre bajó la cabeza y me dio la espalda. No interpreté enojo en eso, casi lo contrario. Me parecía que estaba reconociendo que había un lugar en el mundo para mí, o al menos eso me conté a mí mismo.

Calamidad subió de un salto a mi regazo, se enroscó. Y me contempló con un solo ojo.

—Estás preocupado —dijo—. ¿Por Toru? ¿Por tu familia?

—Por todos, supongo.

La gata guardó silencio y meneó su cabeza.

—No me mientas, yo puedo ver a un rey a los ojos... nadie tiene secretos para mí. ¡No es Toru! Estás pensando en esa chica, la bruja.

—Raimilla.

La gata se enroscó y comenzó a roncar.

—Oye, estábamos hablando.

—Vamos, soy un gato, necesito mis horas de sueño embellecedor, ya sabes, pelaje, postura, cosas que un primate despeinado como tú es incapaz de entender. Despiértame si te pasa algo grave.

El pobre animalito ni siquiera se podía la cabeza de sueño.

—Creo que intervenir en la pelea te dejó así —dije haciendo alarde de mi deducción—; no puedes, ¿verdad? Ni ese viejo loco de Azkav ni tú pueden. Violaste alguna clase de ley o código.

—Si sigues preguntando te dejaré peor que a la niña —dijo soltando un bostezo ahogado—. Ahora déjame dormir.

Cruzamos las colinas que circundan el lago hasta llegar al viejo camino del norte. Podía seguirlo hasta la ciudad o podía ir a las montañas y hacer lo que el viejo loco había dicho. No es que creyese en todo lo que los extraños me decían, pero sabía que debía ir, así que hacia allá dirigí mi montura y no dejaría que alguien me detuviese. Ni siquiera yo mismo.

El dios Insecto

I

Una vez que sales del territorio del cañón y vas hacia las montañas del noreste te das cuenta de los miles de intentos que hemos hecho los seres humanos por trascender. ¿Cuántas ciudades hemos levantado? Quizás haya cientos de ellas regadas por las arenas.

El desierto es largo y une a los continentes gemelos, pero se necesitaría una gran caravana para cruzarlo con éxito. Eso sin hablar de que algunos de los habitantes de los reinos perdidos no agradecen la visita de sus viejos vecinos.

—¿Cuándo paramos a comer? —preguntó Calamidad.

—¿Parar? Los nómadas comemos sobre nuestra montura —contesté orgulloso.

—No me parece muy higiénico y ciertamente es muy malo para la digestión. Son unos bárbaros, ¿eh?

Me reí de mi pobre amiga, pero no había nada de divertido en cómo se veía el horizonte. Era una tormenta, así que dirigí nuestra marcha montaña arriba en busca de un refugio. Mis compañeros de viaje comenzaron a añadir dificultad.

—Gaspar dice que eres un cabeza dura.

—¿Quién?

La gata indicó al Yin-Yin que intentaba sobrevivir hasta un refugio seguro.

—Eres un "especiestista". No consideras los sentimientos de tus compañeros no humanos. Eso no es... bueno —dijo y regresó a su siesta.

Ladera arriba, el suelo se hacía duro y filoso. Pero con una tormenta viniendo directo desde los arenales del norte, no podía darme el lujo de parar: si no encontrábamos un refugio entre las rocas, seríamos historia o, peor, olvidado.

Emprendí camino usando los delgados senderos del este, que no han sido usados en años. De ahí regresé al rumbo norte. Mis oídos sintieron el cambio de altura, pero era el único. La gata más parecía desmayada que dormida. Seguimos subiendo, pero la tormenta ya nos había alcanzado. Más arriba sería imposible sobrevivir con ese viento, así que nos metimos en una pequeña gruta en la ladera de la montaña.

Traté de quitarme la arena de encima, pero fue imposible; tenía polvo hasta dentro de mis ideas.

—¿Cuánto falta? —pregunté a la gata que aún no se decidía a despertar.

Me preocupaba, pues sin ella no encontraría al dios Insecto, y sin él no podría ayudar a Toru, entender lo que pasaba. Había mucho en juego y yo me sentía solo. Bajo mis pies había un desierto, sobre mi cabeza una montaña. Mi estómago se llenó de dudas, de mariposas con alas transparentes que iban sembrando miedo.

Cerré mis ojos y dormí. Me dije a mí mismo: si tan solo soñase, podría recibir alguna señal. Nada pasó.

II

Desperté sintiendo una molestia en mi rostro. Me demoré en descubrir qué era, pero cuando la razón le ganó a mi sueño pude darme cuenta de que la gata me estaba despertando. Estaba mirándome con sus grandes y redondos ojos amarillos. En su boca un pequeño ratón gris colgaba sin vida.

—Buenos días —le dije— y sinceramente espero que no pienses compartir tu desayuno.

—Estás loco, no comería por nada esa horrible carne seca y salada que llevas, mejor una fresca laucha del desierto; tienen un gusto tan salvaje. Ya sabes, el círculo de la vida.

Hicimos un silencio mientras ella engullía su peludo aperitivo. Debía ponerme a trabajar: despejé la entrada que estaba cubierta de polvo y arena. No había señales de la tormenta, el cielo azul nos hacía burla.

Pude ver que el camino seguía hacia el este, era estrecho y no parecía llegar a ningún lugar. Avanzamos por horas, pero nada cambiaba. Un cóndor blanco nos acechaba, le íbamos a dar aliento muy luego si seguíamos así.

—¿Estamos perdidos? —le pregunté al felino.

—No, no realmente—dijo—, no es la palabra que usaría.

—¿Cuál usarías entonces?

—No lo sé, es que no estamos perdidos, pero no estamos realmente en un buen camino

tampoco. Creo que Azkav estaba en lo cierto, no debí venir... estoy interrumpiendo tu viaje.

Miré el camino, yo no había usado mis poderes, viajaba con las velas de mi alma apagada. Dejé mis armas sobre mi montura, dejé mi comida y mi brújula. Seguí por el sendero, me di cuenta de lo que había caminado, mucho tiempo en el mundo físico, pero no había avanzado hacia mi meta.

El aire cambió, se puso espeso y frío. Era así también como olía la universidad, como olía la casa de Toru. Ya no estaba en el mundo de los humanos, esta era la tierra de los espíritus y ya no podía regresar.

Me detuve un momento, pensé en Toru, en mi padre y en mi hermano. Pensé en que si no avanzaba hacia este misterio sería devorado por las sombras de los secretos.

III

Esqueletos de animales, en su mayoría carballos, adornaban un costado del camino. Al otro lado, carcasas de escarabajos de más de cuatro metros que parecían haber sido usadas de alfilerero; flechas y banderines herían su superficie. Eran el símbolo de las Islas de Jade.

Había hombres vestidos con armaduras y pieles extrañas, todos muertos hace años. Ya no me seguía un cóndor, sino diez de ellos. Se habían tornado negros y silenciosamente esperaban a que yo me rindiera.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.
No hubo respuesta. Seguí caminando hasta llegar a una meseta; sobre ella ardía un pequeño bosque, pero las llamas eran azulosas y no quemaban. Entré en él.

—¿Qué es este lugar? —volví a preguntar.
—Es un momento, no un lugar —contestó una voz delgada y afónica—, algo que puede pasar. Lamento decir que en mi condición yo no me puedo concentrar. Quizás no te pueda ayudar.

Seguí la voz hasta que encontré un pozo ancho y profundo. Algo se escuchaba abajo. No era agua, más bien parecía ser un millar de insectos moviéndose.

—Eres el dios Insecto, ¿no es así?

—Lo soy por ahora. Habla rápido, pues la muerte que dispense no demora. Si confías en tus pies, me llamarás Ciempiés.

Era un ciempiés, estaba seguro, se arrastraba. No solo era un ciempiés, era una sombra de cada bicho sobre la Tierra. Esperaba un círculo mágico poderoso, pero este estaba lleno de agujeros, era un dios herido.

—Bueno, no sé si alguien te ha dicho, pero ¿sabes que el ciempiés no es un insecto?²⁰

Escuché una risa ahogada ahí abajo, mi interlocutor estaba vivo.

²⁰ Y puede tener entre quince y ciento setenta pares de patas, razón de más para transformarlo en el símbolo de la escuela de podología de la Universidad de Bajo Raiz.

—Es verdad —dijo—, pero a nadie le dirás. Ser discreto en estas cosas es mejor que ser veraz.

El crujir de patas se hizo más intenso, estaba haciendo enojar a mi anfitrión, eso no era muy sabio de mi parte.

—No me cuentes tus historias, sé quién te ha mandado. Azkav es un viejo enemigo, el que de tantas veces que lo he matado, en mi único amigo se ha transformado. A decir verdad, al final ha vencido, porque el fin de los tiempos prematuromente por mí ha venido. —Hizo una pausa para toser—. Dijo que has venido a aprender, no a enseñar, pero rápido debes escuchar... pronto vacío me voy a quedar... pronto me voy a ir, porque de Magia voy a morir.

—Pensé que los dioses no morían, que era precisamente el punto de ser un dios.

—No lo hacemos. No como los humanos. Nosotros nos desvanecemos en la oscuridad, de la cual somos hermanos. Pero esta vez no es natural, porque se están robando mis insectos para sembrar el mal. Es difícil rimar, cuando tu poder alguien intenta robar.

—¿Quién?

—La luna... Ella se los está llevando, los está usando, los está transformando... los va a corromper; para mí llegará el atardecer y no hay nada que nadie pueda hacer.

—Para de rimar, por favor...

—Trataré —dijo aclarando su garganta—. A este pozo han venido muchos hombres fuertes,

mujeres sabias, todos vienen buscando una visión. Algunos sobreviven a ella, otros no, algunos se han vuelto locos, pero todos han salido cambiados.

Hizo una pausa, se escuchó cómo se tragaba a alguna criatura desafortunada. En ese momento estuve a punto de vomitar, pero resistí.

—Vaya —continuó—, primera vez que digo algo tan largo sin decir una maldita rima. Está bien, mira el fondo, no prometo que te guste lo que verás, pero sí te prometo que es la verdad. Este será mi último regalo a la humanidad.

Donde antes vi insectos ahora había agua fresca y cristalina. Sobre la superficie comenzaron a aparecer imágenes a duras penas visibles.

Lo primero en tomar forma fue un poblado, no más de cuatro o cinco casitas. No sé dónde estamos, pero sí reconozco a los hombres que aparecen a caballo: es el embajador y su consejero, el calvo con un tatuaje de dragón en la cabeza. Viajan sin comitiva ni guardaespaldas. Entran en una casa, los pierdo.

La imagen se torna negra y escucho las voces, pero no entiendo el idioma. Cuando la imagen regresa, el embajador está furioso, sacude al pequeño hombre y saca su espada. El hombre pide perdón.

Ahora lo entiendo, es un parto. Escucho el grito, aún no veo al recién nacido, pero sé que es Toru. Siento su energía, es la novena luna de Heng-O. Ella ha sido escogida por la diosa para llevar la ira y el miedo a los hombres, era la luna

negra. Ningún humano debe intervenir en su desarrollo, ella debe levantarse sola y escoger su camino, para el bien o el mal. Pero se la llevan, la arrastran lejos de los ojos de sus dos madres.

El embajador y sus hombres la cubren con conjuros que no conozco ni entiendo, pero sé para qué son. Impiden que desborde su poder. El embajador sabe que debe esconder a su mejor arma. Si el emperador la atrapa antes de que esté lista, sería el fin de sus ambiciones de alcanzar el trono. Disfrazan a la niña y parten rumbo a Bajo Raíz. Aprovecha la oportunidad para mezclarla con otros bichos raros, como yo. Es por eso que Rass y ningún otro profesor pudo contener su poder, mucho menos clasificarlo. La imagen vuelve a negro.

Cuando puedo ver lo que ocurre lo entiendo todo: la guerra civil comienza en las islas. La noche se siembra. Pronto será la hora de la novena luna. El emperador ha entendido lo que pasa y mandó a su mejor asesino, quien falla. Kenta tenía razón.

El cielo se llena de langostas que devoran las cosechas: son nubes negras que tapan el sol. Los hombres montan escarabajos enormes y arrasan con pueblos enteros. El mal se derrama.

Las navés de las Islas de Jade dejan el puerto, se convierten en la gran sombra sobre los reinos vecinos. Sus vehículos anfíbios van quemando su camino, amenazando al reino de oriente. Han sembrado la muerte a lo ancho y largo del continente del este y las islas. Entonces miran hacia Bajo Raíz, vienen por mi ciudad. Quienes sabían

del plan debían morir, Peng Li y otros viejos esclavos son asesinados.

Ahora veo al emperador, y a su hermano, el embajador. No están en su palacio, es un buque de guerra. Discuten, hay una tercera persona con ellos; esperen, no es una persona, sabe que estoy viendo, se da vuelta a mirarme.

—Omar... —dijo—, estamos esperándote.

Mi sangre se congela. No puedo ni siquiera clasificar lo que he visto.

—Has visto el rostro de nuestro enemigo, de mi verdugo —dijo el dios Insecto—, ¿qué harás?

—Buscaré a Toru.

—No puedes hacerlo, tu poder no basta, y yo no tengo fuerzas.

—¿Quieres que espere mi muerte como tú? ¡Tengo que regresar!

—Lo sé, pero fracasará... a menos que yo vaya contigo. ¿Crees tener la suficiente fortaleza de llevar mi poder?

El ciempiés se irguió por completo frente a mis ojos. Su caparazón roja brillaba. Era un dios en pleno, quizás treinta metros de alto, pero no me asustaba, solo me llenaba de tristeza. Se abalanzó sobre mí, pero no me lastimó.

Puede sentir su energía entrando en mí a través de mi ojo izquierdo. Cientos, no, miles de años de historia. Los insectos son testigos invisibles. Aunque Ciempiés fue un dios menor, su poder era mucho para un humano. Pero yo había nacido con esa falta, con el vacío necesario para recibir a

un dios. ¿Acaso no fue eso lo que trató de decirme el puma en el funeral del abuelo?

Cuando abrí mis ojos estuve seguro de tres cosas: la primera, que estaba justo en medio del desierto, pues las montañas se dibujaban a kilómetros. Ya no estaba en el mundo de los espíritus y no tenía montura, agua o comida. Había que caminar un buen rato; el problema era saber en qué dirección. La segunda, es que la próxima vez que hiciera un trato con alguna entidad mística archipoderosa sería con una que pudiese volar. Pero la tercera de estas seguridades fue la que me asustó más, pronto sería de noche, y la luna ya comenzaba a asomarse rojiza, gorda y acechante, era la luna de sangre y yo no podría usar magia.



Luna roja

I

Mientras yo estaba conversando con insectos y luchando con brujas adolescentes, el resto del mundo seguía con sus dramas habituales. Yo no lo sabía entonces, pero por esos días Rass estaba nervioso, aguardaba haciendo largos turnos en las murallas de la ciudad. La magia se comportaba errática, las cámaras de transportes habían enloquecido, mezclando alimentos y otros bienes que solían llevarse a las salas de clases y comedores. Por días se habían tomado jugos de cebollafram-buesa y comido platos de pescadosandía, pero eso no era lo único que andaba mal. El consejo sacó a los magos de sus labores de patrullaje, reemplazándolos con hombres a caballo y soldados de la milicia. Los paladines habían duplicado su guardia, lo que políticamente era un fracaso para Rass y para toda la escuela.

El gran profesor también tenía una gran preocupación, ¿en qué momento comenzaría la guerra en la ciudad?

Eran dos minutos pasados las diez de la noche. Los clubes abrían como era costumbre y las puertas de la universidad se cerraban. La música inundaba las calles, y el viento seco del verano mantenía a todos alertas. Pero Rass sabía que eso no bastaba.

—Estás muy preocupado —dijo Azkav sorprendiendo al mago—; es extraño, Rasputín, pensé que lo sabías todo.

—Y yo pensé que estabas muerto.

—Nop, rumores.

—Bueno, te ves igual que siempre —dijo dibujando una sonrisa—. Es verdad, tú no crees en el tiempo, pues para ti todo es una historia, avanzas, apareces por ahí, das un consejo y te vas. Apuesto que ya le enredaste la cabeza a Omar. ¿Me equivoco?

—Tú sabes, viejo amigo, que soy un encanto. ¿Y tú cómo lo haces para no volverte loco? Después de todo debe ser extraño eso de estar en todas las tierras al mismo tiempo.

Durante dos segundos se contemplaron, dudaron y luego se dieron la mano. La verdad es que aquellos hombres no sabían bien como verse, si como amigos o enemigos, como hermanos u opuestos. Lo que sí sabían era que nadie saldría victorioso de una batalla entre ambos y los tiempos no estaban para esas cosas.

—No es seguro para un hombre de tu edad estar fuera a esta hora —dijo Azkav indicando la Luna—: luna de sangre, ¿no te sientes rarito?

—Define rarito.

—Ya sabes, problemas para ir al baño, para tirar una bola de fuego, ese tipo de cosas. No debe ser nada lindo ser un mago esta noche.

—No, no lo es.

Los veteranos caminaron sobre el puente que separa el barrio de los no muertos con el zócalo. Incluso los meticulosos zombis del centro de la ciudad andaban corriendo nerviosos. Esta era la ciudad más vieja del universo y no le gustaba perder el control. Bajo Raíz era como una gran señora, tenía ya sus años y sus costumbres.

Rass se sentía nervioso y necesitaba el consuelo de un amigo, pero al menos en este mundo la mayoría de ellos habían pasado a mejor vida. El viejo monje no confiaba en nadie, menos en los magos. A su vez, el viejo hechicero tampoco se sentía cómodo con un ser capaz de ir y venir por el flujo temporal, como si se tratara de las páginas de una novela de fantasía. Sin embargo, eran los sabios de este cuento, así que debían predicar con el ejemplo y llevarse bien.

—¿Te tomas un café?

—Si el profesor más sabio de Bajo Raíz me invita, yo debo aceptar.

Se sentaron en un pequeño boliche cerca del río. Se tomaron un capuchino y comieron galletitas de avena. Miraron a las chicas pasar.

—Un día me retiraré, tendré mi propio negocio y seré muy feliz —dijo Rass degustando el aroma y el sabor de su café.

—Sí, pronto tendrás tu cafetería, pero ¿podrás ser feliz? Nah, eres un viejo cascarrabias y lo serás por mucho tiempo más, en este mundo y en los otros... recuerda, ya lo he visto.

Azkav dio una última probada a su breba-je y se levantó dibujando una sonrisa en su cara.

—Me voy, debo visitar a gente mucho más divertida, ver lugares aún más bellos, pero nos encontraremos pronto. Al menos yo te veré a ti. Así es este trabajo.

—Adiós, Z.

Cuando el monje le dio la espalda, Rass trató de concentrar su poder, quería aniquilar a ese monje del tiempo, pero fue inútil. Demasiada energía caótica en el aire. Así eran las cosas para los magos, incluso para aquellos con m grande. La luna era la que brindaba equilibrio a sus poderes. ¿Y a mí? Pues yo ya estaba en mi propia categoría y definición, había un dios con forma de ciempiés incrustado en el costado izquierdo de mi alma, aunque en medio del desierto no había a quién mostrarlo.

II

Estar perdido tenía cosas buenas, al menos eso decía mi padre. Yo estaba muy perdido. ¿Esto quería decir que yo lo estaba haciendo muy bien? Intenté concentrar mis poderes para hacer algo tan simple como deslizarme sobre las arenas, pero resultó imposible.

—¿Qué hago en medio del desierto? —Grité a unos cactus que se burlaban de mi paso torpe.

—Sobreviviendo —dijo una voz.

Me acerqué a la planta en cuestión. Era el colmo: no solo los insectos se sentían con derechos sobre mí, ahora las plantas también. Le grité, le suurré, le hice un paso de baile que aprendí en los salones de la escuela. ¿El resultado? Nada. Agotado, me tiré en la sombra de un árbol que se atrevía a vivir en medio de ese desierto.

—¿Ya terminaste?

Era la misma voz. Estaba loco, quizás todas esas horas al sol me habían provocado alguna clase de trastorno. Sería el primer beduino insolado, qué linda cosa.

—Soy yo, el ciempiés. Ya sabes, tu nuevo compañero de cuerpo.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Bailé para un cactus! ¡Un maldito cactus!

—Me divertía. Mira los humanos nos tratan como... bueno, como insectos. Ahora tengo derecho a reírme de uno al menos.

—Te lo aguantó —hice una pausa para fingir paciencia—, eres un dios, uno bien mediocre, pero un dios... ¿qué hacemos aquí atrapados en medio de la nada?

—¿La nada? La nada es el desierto, ¿no lo sabías? Quizás sería mejor que te llamen el Mago de la ciudad, o de la pradera, digo si ahora te asusta este lugar.

—¿Te gusta burlarte de mí?

—No, de hecho es un gran gasto de energía, pero vale la pena. No, Omar, no es un error, desde

anoche impera la luna de sangre; por lo tanto, la magia ya no funciona.

Me concentré, traté de hacer un pequeño molino y nada. Energía cruzada, no iba a resultar. Intenté hacer combustión en el aire, crearme un par de alas de fuego y otros trucos de principiante, pero nada ocurrió.

—Tu enemigo sabe que los magos son inútiles durante la luna de sangre. Si vas a enfrentarlo, tienes que aprender a vivir sin magia, tienes que usar mi energía.

Me levanté y comencé a caminar, traté de adivinar dónde estaba el oeste y marché firme.

—¿A dónde vas? —dijo la voz en mi cabeza.

—A Bajo Raíz, creo.

—Ni siquiera sabes dónde estamos. Además, interrumpiste mi soliloquio, lo había estado pensando toda la noche. Pero bueno, te estaba diciendo que la Magia con M o con m, emanan de la tierra, de los elementos y de la razón humana. Todo eso cambia con la luna, pero yo conozco un atajo, directo a la fuente original, donde nacieron los dioses y los titanes, las leyendas y los creadores. Donde incluso el universo es un niño... la raíz, ahí se genera un flujo, la sangre que late en todos los cielos... le llaman...

—Lo sé, lo estoy leyendo de tu memoria. MAGIA —dije.

—Rass y Azkav tienen razón, eres bueno, muy bueno.

—No es cierto. Solo tengo mala suerte.

Había llegado la hora del sueño, cuando la mente y el cuerpo ya no obedecen tus locas órdenes. De manera que yo y mi inquilino caminamos por un rato en silencio; usé mis nuevos poderes para callar su palabrerío. Lo escuchaba golpear mi subconsciente, pero yo no lo iba a dejar entrar. Entonces encontré un viejo correvapores quemado y lo examiné, pero estaba destrozado y saqueado, no había banderas ni escudos sobre él. No podía dar otro paso, así que me recosté en su sombra y cerré los ojos.

Yo no sueño, desde niño que no tengo una sola imagen que no haya sido capturada durante el día. Todos los magos confían en sus predicciones, sus clarividencias nocturnas. Yo nunca pude. Pero durante este breve sueño entendí que las noches no volverían a ser iguales.

La primera de las imágenes que me llegó durante el sueño fue la de la creación de los dioses. Cuando aún la Tierra era joven²¹, los dioses llegaban montados en sus veleros desde los rincones más negros de la galaxia. Aún eran jóvenes errantes, que olían a la Fuente, así como un niño huele a leche. Cada uno con una carga. ¿Dónde estaba su mundo? No podía verlo, además Ciempiés lo veía todo con ojos de recién nacido. Solo la luna era ya una adulta, fuerte y bella. En su rostro los ojos de mi Toru. Su paso era lento, calmo, como

21. Es importante decir que a las Tierras, incluso a las más ancianas, siempre hay que tratarlas como a una joven; viejos serán los otros planetas.

los de una madre cuidando a sus chicos, pero tras de ella iban sus otros rostros, en algunos de ellos era un hombre, en otras una niña, pero esos ojos siempre estaban ahí. Solo un hombre lo contempla todo, Azkav, el monje de la historia, y Calamidad está con él, pero se mantienen lejos. No son parte de ese corriente temporal.

En un rato los dioses se han desvanecido. Pero de los cielos caen otras cosas, restos de otros mundos, rotos, sobras de un universo anterior. Sí, se mezclan con los dioses. Ciempiés les teme, y hace bien en hacerlo, ya que son seres terribles.

Uno de ellos es especialmente feroz. Cuando ve a Azkav, cambia su cuerpo a la forma humana. Viste un abrigo largo negro. Cubre sus ojos con antiparras, no, no tiene ojos, son vacíos. Este hombre es un agujero negro, el residuo maligno de ese otro universo. Algo le dice al oído, no puedo oír. Se desvanece, otros como él, pero con apariencias mucho menos conspicuas comienzan a llegar. Ha dejado una sola orden a sus hijos: dominar a los nuevos dioses, manipularlos, retorcerlos. Lo han hecho con muchos, lo hicieron con Ciempiés. Sí, hay tanto mal en él que apenas puedo mirar el nuevo abismo en mi alma. Ahora iban a hacerlo con la luna, porque ella es la única que sabe ver a los hombres por lo que verdaderamente son.

El nombre de ese ser es Descreador, y sus hijos, los contadores. Los nombres son poder, jamás deben ser olvidados.

Para cuando el cielo se cierra solamente queda el silencio. No duró mucho, pronto la tierra produjo sus propios hijos y estos hablaban en lenguas que eran distintas a la de los invasores. Si es que iban a convivir había que instaurar el orden; claro, eso fue algo que nunca resultó mucho. Y ese era el rol de los monjes como Azkav, ordenar la casa sin intervenir directamente, cuidar de la narrativa de este nuevo universo. Pero no bastaba con eso, pues había muchas tierras.

Los hijos del hombre y de los dioses no eran suficientes, entonces nacieron los magos como Rass, Rasputín si se quiere. Vivirían en todas las tierras al mismo tiempo, un ser omnipotente. Debían luchar contra el vacío que viajaba junto a este ser. En mi sueño compadecí a mis maestros. Cada uno de ellos llevaba una carga dentro suyo, pero ahora yo también tenía la mía: voluntariamente me había unido a un club cuyos beneficios eran algo extraños e incómodos. Pero estaba aliviado, porque por fin contemplaba a mi enemigo, al de verdad, aquel que nos persigue a todos nosotros, en cada sombra, en cada pesadilla.

Aquella oscuridad, y sus hijos, eran una enfermedad. Los vi actuar en distintas fases de este planeta. Destrozaron reinos, rompieron familias, volvieron hermano contra hermano, como una mancha de aceite que se desliza por tu puerta trasera para ensuciarlo todo.

Descreador, saboreó ese nombre, pero ya no con miedo.

Gracias a Ciempiés sabía qué me enfrentaba, solo debía saber quién había sido infectado por esa vieja sombra. ¿El emperador? ¿El embajador? ¿Estaban corrompiendo a mi Toru? No podría saberlo, no con los poderes agónicos de mi nuevo compañero.

Pero la verdad es que sabía que por más fuerte que fuese esa sombra, no era la culpable de esta desgracia, de la guerra en las Islas de Jade. Los hombres eran buenos en el arte de la destrucción: aquella milenaria criatura, de aquel viejo universo, solo le había dado un empujoncito. Claro que era en dirección al abismo.

III

Al comienzo pensé que me estaban haciendo cosquillas; entonces sentí un mordisco y luego otro. Abrí los ojos, y pude ver unos enormes horrigones rojizos que caminaban sobre mi piel. Me mordían y seguían caminando.

—Y yo creía que no tendría nunca más este tipo de problemas —dije sacudiéndome aquellos monstruos mordedores.

—Yo las hice llamar.

Vi el horizonte. Aún faltaban unos minutos para la madrugada, y el frío congelaba mis huesos. Extrañé a mi padre, a mi hermano y el calor de mi pieza en Bajo Raiz.

—Qué agradable. ¿No podías simplemente despertarme?

—Lo intenté, pero estabas muy ocupado revisando mis memorias, debería demandarte por eso, ¿sabes?

—Sí, vale, perdóname, pero ahora sé que eres... maligno.

—Lo soy, pero está bien, no todos pueden ser perfectos —dijo con la mayor soltura—. Ahora sigamós con tu aprendizaje. ¿Recuerdas lo que viste? ¿La Fuente?

—Sí—afirmé, al tiempo que cerraba los ojos para visualizarla.

—No debes ver la Fuente, debes entenderla, hacerla tuya. Vas bien, pero debes encontrar el punto más alto, llegar hasta arriba y esperar. Esa es la primera orden.

No encontré colinas, dunas o montículos que me sirvieran. Caminé unos metros y encontré un acantilado profundo, cerrado y oscuro.

El sol me pilló en una planicie amarillenta. El polvo no me dejaba ver más allá, pero sentía algo pesado moverse en el piso. Un golpe, luego otro. Lo que fuese seguía un ritmo. Traté de enfocarlo un hechizo de localización, algo tan básico no podía fallar. Nada, cero. Algo se escondía entre el polvo y la neblina de la mañana.

¿Qué sabía yo de Ciempiés? Una, que era un dios antiguo. Dos, que no distinguía entre insectos, arácnidos y cualquier otro tipo de bicho. Tres, que en esencia era malvado. Cuatro, que estaba muy asustado y que su vida se acababa. Quinto, que estaba escuchando este pensamiento.

Al comienzo pensé que estaba por fin viendo algo, unas ruinas de roca o algo así, pero después entendí que era algo vivo, que se movía. No estaba lejos de mí, cien metros a lo mucho, era un constructo. No, no era de roca como Yahil, era orgánico. Un cuadrúpedo de piel como piedra, con piernas de seis metros de alto, que se movían como columnas. No era uno, había más, pero aún no podía contarlos. Respiraban, podía oírlos. Mejor dicho, era Ciempiés quien lo hacía.

No estaba escuchando con mis oídos. Ni siquiera con el poder de la tierra, como lo hacía cuando usaba mis poderes de Mago. Estaba usando a los cientos de insectos, parásitos y ácaros que viven en los animales. Ahora tenía una conexión con el poder de los insectos. Había algo con plusmas sobre aquellos gigantes.

Traté de negármelo dos, tres veces, pero ya sabía dónde estaba. ¡Estoy en la desolación del Torul! Más allá del mar de arena, y estos no eran beduinos, o nómadas de alguna clase, no eran hombres, no eran pájaros. Había un nombre para ellos, mis abuelos huían de ellos cuando escaparon rumbo al occidente.

—Se llaman Şahin —dijo la voz—, cazan cabezas, su rey les paga dos monedas de plata por cada cráneo de humano. Ellos mataron a tantos de los tuyos. ¿Sabes que uno de ellos se comió a tu abuela?

Quería provocarme. Yo debía jugar al control. Pero tenía razón, estas cosas eran peligrosas. Hace

unos años vinieron a nuestro territorio y realmente nos destruyeron. Los grandes reinos han ignorado su amenaza, pero lentamente se han ido adueñando de los reinos muertos del este.

—Eso solo lo hacen con los nobles —contingían a uno o dos, y los soltaban sobre una montaña. ¿Cómo lucharás contra ellos? Sin magia y sin forma de usar mi poder, todo porque no has sabido concentrarte. Morirás, mejor dicho, moriremos cuando nos atrapen.

Traté de regresar sobre mis pasos, pero ahí estaba frente a mí. Era un centurión, con espada en el cinto, armadura y un casco que resguardaba sus delicados cráneos. Su rostro era el de un ave de presa, un halcón negro o un buitre, sus alas colgaban en su espalda en posición de descanso.

Dijo algo en su idioma, "Insan, benimle gel", lo repitió una y otra vez. Ciempiés se acomodó en mí, lo sentía listo para defenderse. Entonces rugió una explosión a mis espaldas. Volé por los cielos, era una de esas bestias de piedra; me estaban rodeando. La criatura embistió una segunda vez, pero pude esquivarla con cuidado. Abrió su boca con dientes planos y largos, como los de un hipopótamo, y cerró muy cerca mío. Su aliento olía a cadáver. No podía concentrarme. Otra vez estaba fallando, y no era por causa de la luna de sangre, era yo: mi miedo a la batalla, a lastimar a alguien. Pero debía reaccionar si es que quería salvar a Toru.

Traté de correr, pero no había adónde. El centurión soltó un golpe que rozó mi piel, no me quedaba mucho. El dios agónico gritó con toda su fuerza dentro de mi cerebro, no era una frase, sino un gruñido.

Otro temblor, un centenar de hormigas cubrió a mi enemigo, el cielo se llenó de insectos, que golpearon a mis atacantes con furia. Herían su piel y espantaban a sus bestias. Los Şahin caían de sus monturas y se azotaban contra el suelo, pero no calmaban su furia. Sentí cómo Ciempiés se debilitaba en mi interior, si seguía así iba a morir de todas formas.

Debía usar mi propia energía para dirigir la suya. Buscar la fuente, sí. Llegó a mi cabeza como un relámpago: la MAGIA no era otra cosa que unir dos extremos de una cuerda. La magia de los hombres consiste en transformar, esto era más bien como ejecutar, darle una orden a la realidad y que esta haga caso.

¿Pero a qué la conectaba? ¡Sí! Algo había bajo tierra, algo antiguo, un terror sin nombre el día de hoy. Era una bestia durmiendo muchas capas bajo tierra. Su nombre era Peygamber, la ladrona. Mi energía bajó como las raíces, mi voluntad era lo que controlaba a los hijos de Ciempiés, los pequeños, los grandes y los enormes.

Esto era usar la fuente, la voluntad de crear, de dar forma, de dar luz. Aquella criatura estaba muerta, pero ya no, yo la había traído de vuelta y estaba furiosa por eso.

No era exactamente una mantis, pero lucía como la gran bisabuela de ellas. Medio viva, medio muerta, letal. Había canciones sobre ella, pero ahora solamente las Şahin más viejas conocían la leyenda. De pronto, yo también estaba conectado con estas historias.

No había nada que se opusiera a ella, pronto mis enemigos estaban rogando por sus vidas. Yo no entendía su idioma, pero entendía el tono. Pude sentir la ira de Ciempiés, él los quería muertos. Debía contradecirlo, aunque quisiera hacer lo mismo, pero yo no era como él. Abrí mis ojos, relajé mis músculos y, finalmente, quité mi voluntad sobre la criatura. Corté su conexión con la fuente. Pronto volvió a ser un caparazón viejo en medio del desierto.

Su boca no estaba hecha para decir palabras humanas. Por un momento sentí desprecio por ellos que habían atacado a mi pueblo por años. Podía destruirlos, humillarlos, hacerlos mis sirvientes. Un infierno entero se desató en mi imaginación. Ciempiés me había traído de regreso al país perdido de mi pueblo, donde comenzó todo.

—Vuelve con tu familia —fue lo único que pude decirle.

Caí sobre mis rodillas y comencé a llorar. Me sentía como si hubiese reprobado el examen más importante de mi vida. Me pregunté qué haría, ahí en medio de la nada.

Lo comprendí, el punto más alto ahora era el esqueleto de Peygamber. Lo trepé, me senté sobre él y esperé. Sentí a Ciempiés hundirse y enrollarse dentro de mí. Ahora mi voluntad era más grande que la suya.

Si lo dejaba dominarme, podría quemar todo lo que soy. O, aun peor, terminar hablando en rima. Debía separar mi personalidad de la suya o me perdería. Me concentré en aquello que amaba, en Toru, en los tiempos inocentes que pasamos en el jardín de lotos blancos. Quiero pensar que ella, con la luna en su pecho, podrá hacer lo mismo que yo, dominar al gran dios que dormía en ella. Pero era distinto, Heng-O es una diosa elemental, que enseña a sus hijos el arte de caminar entre las sombras, no alcanzará con Ciempiés para detenerla.

—Ahora te pregunto, ¿qué haremos? —dijo su lejana voz.

La respuesta estaba sumamente clara cuando abrí mis ojos y vi que estaba de regreso en el viejo pozo del dios Insecto. Era tiempo de volver a Bajo Raíz, el entrenamiento había terminado.

IV

Más allá del desierto y de las puertas de Bajo Raíz, una pequeña figura se pasea nerviosa. En ese momento era casi desconocida para mí, pero sus actos se iban a revelar muy pronto. Le había visto

por primera vez en el hospital: era la voz del embajador, aquel hombrecito con el tatuaje en forma de serpiente en su calva. Había un brillo en sus ojos esa noche, como si algo vivo se moviera detrás de esas opacas ventanas.

El transporte imperial que solía llevarlo de un lado a otro se había atrasado. Tenía muchos enemigos como para andar así por la vida. Realmente nadie sabía su nombre. Los enemigos eran del embajador, su amo.

Se escuchó un grito proveniente del correva-pores que debía recogerlo. Era el chofer, alguien había acabado con su breve tiempo al servicio del imperio. El hombrecillo se puso en guardia y solamente se relajó cuando Raimilla apareció tras una esquina. Su aspecto formal y severo se había visto remplazado por un aspecto casi infantil y masculino. Estaba cubierta de polvo, no portaba armadura y su traje negro hace tiempo había migrado hacia el color tierra.

—Veo que te quedaste sin transporte —dijo ella jugando con un par de llaves.

—Te ves bastante mal —dijo él.

Ella solo le dio una mirada de ira.

—Debo suponer que has fracasado —dijo sin demostrar sorpresa—. Al menos hemos ganado algo de tiempo. Retírate antes de que considere que tu vida me estorba.

—¿De qué hablas? Los nómadas seguramente ya están vendiendo por parte mi flotilla, alguien tiene que pagar por eso.

—Eso no es asunto mío, fallaste... eso es lo único que importa. Retírate, ya te dije, antes de que me arrepienta.

—Parece que no tienes idea quién o qué soy, ¿no? ¡Sigo siendo un flechero! ¡Una bruja!

Raimilla lanzó un veloz ataque con sus dardos. Era un esfuerzo enorme sin tener que usar la magia, pero debía dejar la lección muy clara: ¿tratar de estafar a un miembro de la Brujería? Eso no ocurrirá jamás.

Cuando terminó, el calvito ya no estaba ahí. Ella dio un giro para buscarlo, pero entonces sintió un golpe en su estómago tan fuerte que la arrojó contra un muro. Apenas podía respirar, mucho menos razonar lo que estaba pasando. ¿Quién o qué era aquel hombrecito? Lo que ella sí tenía más que claro era que no la iban a vencer dos veces seguidas en tan poco tiempo.

La chica concentró su energía en la planta de sus pies, saltó contra el muro, el rebote le permitió dar un golpe en el rostro de su rival, pero otra vez, nada ocurría. Vio como pequeños tentáculos oscuros salían de él. No eran brazos de ningún animal o bestia que ella hubiese combatido, cada uno era más frío que el otro. Se metían en su espíritu, en sus pensamientos y en sus conjuros. Todo su tiempo de entrenamiento en el frío sur, todo se perdía en una nebulosa. ¡No! Se gritó a sí misma, e intentó un pequeño truco, hizo su cuerpo pesado como el plomo y se dejó caer. Los tentáculos se cortaron y corrió tan rápido como pudo.

Encontró el correvapores imperial, se subió y usó todos esos años de aprendizaje en las calles; lo echó a andar. Aceleró tan rápido como podía el pesado vehículo. Se metió por la primera calle y siguió sus instintos: error. Los callejones eran estrechos, costaba maniobrar. Derribó un par de latas de basura. Cuando por fin sintió que estaba a salvo, vio al hombrecito corriendo por las paredes tras de ella.

Viró en una esquina y entró a la avenida Viejo Amor. No era hora de mayor tráfico, pero el enano se las arreglaba para seguirla saltando de vehículo en vehículo.

Comenzó una nueva carrera. La bruja se metió al barrio de las embajadas, pero se encontró con el paso cerrado por una señal de reparaciones. El vehículo patinó en una de las curvas, la rueda se levantó peligrosamente. Escuchó una explosión. Aquel hombrecito le había lanzando algo. Una, dos, tres vueltas en el aire. Pero no importa lo que digan, las caídas siempre iban a ser peor.

Había azotado su cabeza contra el manubrio. Debía salir, si aquella cosa la atrapaba era el fin.

Caminó con sus manos un momento, hasta que dio con un par de botas de servicio, ella las besó con profunda devoción. Era la guardia. El oficial, que se identificó como el capitán Santiago, le advirtió sobre lo larga que sería su pena. Ella le dio las gracias. Raimilla nunca había sido tan feliz de ser arrestada.

Tercera parte

El Descreador

La trampa

I

Los guardias de la puerta norte lo han visto casi todo, como habíamos dicho antes. Eran tipos duros, que han contemplado el rostro de la muerte²². La ciudad había resistido oleadas de bárbaros, ataques de grandes ejércitos mercenarios, sin contar la intromisión de los hombres lagarto. Los miembros de la guardia estaban listos para todo, excepto para la visión que entonces se dibujaba en el seco horizonte. Era un Yin-Yin, como cientos que cruzan las fronteras de la ciudad, pero su jinete era lo distinto.

Uno de los guardias veteranos se adelantó, nunca supe su nombre, pero lo conocían como «Huella», porque las marcas de sus botas eran firmes y profundas. Puso binoculares sobre sus ojos, y no podía creerlo. El jinete era un gato; de hecho, era una gata negra sosteniéndose como podía sobre un galopante avechuchu.

El ave se veía cansada y polvorienta, había cruzado a pie medio desierto. «Huella» miró al felino a los ojos e hizo su pregunta.

²² Esto es una metáfora; sin embargo, muchos describen a la muerte como una chica de doce años que viaja en patines sobre un arco de plata. Esto puede ser una falacia o una ilusión, no obstante, después del quinto testimonio, Raas, el Mago con m grande, comenzó a tomarlos muy en serio.

—¡Qué demonios eres tú?!

—Soy una gata; no eres muy astuto, ¿verdad? —contestó la gata sin mucho ánimo.

«Huella» dudó un momento, sacó su espada de servicio y la apuntó hacia el felino.

—No creo que tengas pasaporte —contestó «Huella» tratando de hacer sentido— ni los papeles de tenencia del Yin-Yin.

El poderoso guardia meneó la cabeza, algo no encajaba con su entrenamiento, con su experiencia en la guerra y en la paz. Este gato parlante tenía que ser una trampa. En ese momento sintió una mano en la espalda, miró hacia atrás y vio a un viejito huesudo, calvo y con un bigotito blanco mal recortado.

—La gata viene conmigo —dijo muy calmó.

El guardia se hizo a un lado, pues solo tenía tres órdenes muy claras en su vida: la primera, nunca te emborraches en tu guardia; la segunda, mata a cualquiera que se niegue a rendir sus armas en la puerta y, finalmente, jamás te metas con el calvito.

—Sí, señorrrr —dijo con seguridad.

Azkav condujo a Gaspar hasta los establos. Solamente ahí golpeó las alforjas con fuerza. El grito se ahogó entre las mantas y pertrechos que el fiel animal llevaba. Reptando me asomé; yo surgía polvoriento, pero vivo. Había decidido que mientras no supiera quién era mi enemigo, menos personas debían saber de mi regreso.

—Interesante aspecto —dijo mirándome muy serio.

—¿Aspecto?

Me arrojó un espejo y lo vi. Una marca en forma de un ciempiés negro cruzaba mi ojo izquierdo. Una línea delgada pasaba tras mi oreja y bajaba por mi brazo, enroscándose hasta mi muñeca. Había olvidado mi propio cuerpo.

—Haces bien en esconderte —afirmó el monje—; no solo la magia se ha vuelto caótica, también los espíritus. La separación entre el mundo de los mortales y los dioses parece haber disminuido.

No podía escucharlo, yo tenía una sola idea en mi mente.

—Toru, debo verla, ¡ahora! ¿Qué sabes de ella? ¿Dónde está?

El monje guardó silencio y movió la cabeza. No esperé su respuesta. Salí corriendo y salí sobre los muros de la ciudad. La luna de sangre reinaba, y lo haría hasta que llegase la luna negra. No tenía miedo de ser descubierto por los magos de mi universidad. Encontré el barrio de las embajadas especialmente vigilado, así que me escabullí por el parque. Yo era la única criatura entre árboles y matorrales. La embajada de las Islas de Jade estaba ahí, cerrada, pero intacta.

Empujé la pesada puerta con un poco del poder de Ciempiés. No hizo ruido. Encontré el pasillo de entrada vacío, recién pintado. Pude adivinar las marcas de fuego disfrazadas bajo



las pintura barata comprada en el barrio de los inmigrantes.

Grité el nombre de la persona a quien yo amaba y nadie me respondió. Había llegado tarde, aquella vieja sombra la retenía y yo sabía lo que eso significaba: la luna negra llegaría muy luego y nadie podía predecir su fin.

Recorrí la casa buscando un rastro de Toru, pero no pude sentir ni siquiera su perfume. Me quedé un rato ahí, el que rápidamente se transformó en minutos, luego en horas; solamente cuando ordené mi cabeza me permití dejar esa habitación para reencontrarme con el mundo exterior.

II

El centro de la ciudad está vivo²³, la gente camina ignorante de lo que ocurre más allá de las murallas. La mayoría solo sabe cuatro cosas sobre el mundo exterior: que al este está el gran desierto; al oeste, el gran océano; al sur, una tierra muy pedregosa, y La Puerta de Cristal. Y bueno, que arriba de nosotros había un cielo, eso si te dabas la molestia de mirar hacia arriba, lo que en verdad muy poca gente hacía esos días.

Aunque sabía que era uno más en la multitud, de todas maneras me sentía perseguido, como si cientos de ojos me estuviesen mirando. Doblé en un callejón cerca de la Avenida de las Costureras.

²³ Literalmente.

Escuché música salir de un pequeño boliche que tenía por nombre el Dragón de Hielo. Me dio un poco de risa, por dos grandes razones: la primera es que nadie había visto dragones en los últimos cien años y, segundo, si es que alguna vez existieron, vivían en climas tropicales, en los bosques profundos e incluso en el desierto, ¡pero jamás en el hielo! Necesitaba tomar algo caliente, de preferencia en un lugar distinto a aquel.

No me di cuenta al comienzo, pero pude notar algo similar en aquellas caras: todas lucían un cansancio tremendo. Eran inmigrantes, la mayoría llegados en los últimos meses. Me acerqué a la barra y pedí un té.

La joven que atendía el salón no era mayor que yo, me quedó mirando y fijó su vista en la marca del ciempiés que ahora llevaba en mi cara.

—¿Te dolió mucho? —preguntó mientras me sirvió mi brebaje en una taza que no hacía juego con el platillo.

—No mucho.

Ella me sonrió, sentí que se iluminaba el lugar, pero aun así estaba cansado y agobiado por la ausencia de mi Toru. Y lo peor era que sabía que estaba siendo observado, la misma sensación pero más intensa, como si la cantidad de ojos sobre mí hubiese aumentado. Recorrí el lugar con la vista, pero nadie parecía conocerme. Quizás esta paranoia no era mía, era de Ciempiés. Me concentré y bajé hasta donde dormía aquel dios violento. Viajé al lado izquierdo de mi alma.

—Pensé que no querías saber de mí —dijo aún en su caverna interior.

—¿A qué le tienes miedo? ¿A esas sombras? ¿A los hijos del Descreador, los contadores?

Ciempies se movió veloz; no quería escuchar ese nombre.

—No les temo —dijo Ciempies bruscamente—, no a ellos, sino al lugar adonde mandan todo lo que está vivo... es frío, peor que la muerte.

Cortó su conexión conmigo justo cuando su energía comenzaba a trepar por mi espalda. Diría que me desmayé, pero fue mucho más que un simple desvanecimiento.

Cuando regresé en mí mismo, el bar estaba desordenado y revuelto, la gente huía o se escondía. Algo los había aterrado, sí, había sido yo. En mi mano derecha sostenía un banquillo con el que parecía estar amenazando a los comensales. ¿Qué demonios me había pasado? Debía salir de ahí, pedir ayuda, ir al único lugar donde había seres más poderosos que yo, a la universidad.

III

Los pasillos fríos de la universidad, aun después de mi aventura en el desierto, me seguían pareciendo desafiantes, inmensos. Nadie me dirigía una mirada directa; este era el único lugar

donde se podía caminar tranquilo con un ciempies tatuado en la cara.

Evité encontrarme con los profesores más viejos, pues la idea era dar la menor cantidad de explicaciones posible.

Encontré a Yahil en el salón del profesor de Teoría del caos, el doctor Von Shuntain, decano del plan común de ciencias sociales²⁴. Mi rocoso amigo estaba sentado en el fondo del salón, a pesar de que tenía realmente pocos compañeros. Es que las clases de verano, por alguna misteriosa razón, no son muy populares.

Hice algunas señales por la ventana, pero mi concentrado amigo no parecía darse cuenta. Me senté en la puerta hasta que sonó la campana que anuncia el cambio de horas. Solo entonces lo vi salir y, sin decir nada, me tomó entre sus brazos. Su cariño comenzó a ahogarme y en pocos segundos estuve a punto de perder la conciencia.

—Pudiste avisarme que venías —dijo.

—No, no podía, ni yo sabía si podría llegar.

—Necesitas un baño, hueles a pájaro sudado, tierra y a...

—Bicho... —lo interrumpí— sé bien que huelo a bicho.

Caminamos hasta mi habitación, que ahora ocupaba Yahil solo. Me remojé por unos minutos.

²⁴ Las que cuentan, entre ellas, Ciencias para el control de masas, Ciencias aplicadas para organizar ejércitos enormes, Antropología antisocial y, claro, Derecho.

No podía pensar, había demasiado ruido en mi gran cabezota.

—Hice chocolate caliente —dijo Yahil al otro lado de la puerta del baño—. Hay cosas que necesitas saber...

Salí del baño en busca de un poco de normalidad transformada en chocolate caliente, y lo bebí con calma. Pronto comenzaría a caer una delgada lluvia de verano. Bajo Raíz sabía dar lo que necesitabas en el momento justo.

—No quiero meterte en problemas, Yahil.

El gigante puso su gran tasa de chocolate caliente sobre un posavasos, soltó un suspiro y me regaló una mirada de preocupación.

—Omar, eres mi único amigo. ¿Crees que te dejaría solo? Además, ¡yo quiero problemas! ¡Aventuras! ¿Sabes cuál es el sueño de un golem promedio? ¡Ser mayordomo al servicio de algún potentado! Si tú quieres volver a dejarme fuera de tus aventuras, pues te voy a partir el espinazo, y no es broma.

—¿Dónde está? —pregunté revelando mi angustia— ¡Necesito saber dónde se llevaron a Toru!

—Omar, el emperador murió hace una semana. Su hermano, el embajador, el padre de Toru ha tomado el imperio. Bajo Raíz ya no es terreno neutral para ellos y creo que ninguna ciudad lo será. ¿Lo entiendes? Esto es la guerra: todos están muy asustados —hace una pausa para mirarme con detención—. ¿Qué vas a hacer?... ¿Me escuchas? ¿Qué vas a hacer?

La verdad es que no entendía nada. Mi cabeza giraba entre mis pensamientos y los del dios que tenía en ella; las palabras iban y rebotaban en mi cráneo. Me di cuenta de que no había dormido desde mi incidente con los hombres pájaro. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Ayer? No, había sido hace dos semanas. ¿Más? No. Miré a Yahil y traté de hacer una pregunta, pero mi boca no funcionaba. Guárdese silencio, déjeme mi taza a un lado e hice lo único que se me ocurrió, dormirme.

IV

Medianoche y estaba despierto. Mi cabeza me daba vueltas, ya no estaba en mi habitación. Es una sala. Cuando enfoco mi vista me doy cuenta del lugar donde estoy. Es una de las salas de detención del consejo. Estoy en la prisión de Bajo Raíz. Yahil puso algo en mi taza. ¿Por qué? Alfil me contemplaba desde el otro lado de la reja invisible. Los demás miembros se mantuvieron a distancia.

—Buenos días, Mago del desierto —dijo el anciano—. Lamento haber usado este bajo truco, pero créeme que es por tu seguridad.

—Sí, claro... —respondí molesto.

—Digo la verdad, no culpes a tu amigo el golem. Ordené que un alto paladín introdujera una orden en su programación. Sin Magia no podíamos obligarte a venir, y quiero que sepas que estás aquí por una sola razón: protegerte y protegernos.

Peón se interpuso entre el anciano y la que era mi prisión.

—Lo que quiere decir Alfíl es que has sido declarado enemigo del imperio, incluso se dice que tú atentaste contra Toru. Sabemos que no es así, pero permanecerás en esta prisión mientras dure el conflicto.

—Esta prisión no me puede retener —dijo Ciempiés usando mi voz—, debo encontrar a Heng-O.

Me detuve cuando pude, pero el daño estaba hecho. El Consejo había escuchado lo que quería oír, era un peligro para la ciudad, para sus habitantes y también para mí mismo.

—¡Basta! —gritó Alfíl— No podrás dejar esta celda. Si lo haces, serás considerado enemigo de la ciudad; eso no te gustaría, ¿verdad?

Los consejeros se fueron silenciosamente, dejándome a oscuras en este extraño calabozo. Puedo escuchar las voces de los insectos, pero no entiendo lo que dicen²⁵. Puedo sentir la Fuente, pueden intentar derribar el muro de voluntad que me impide salir, pero en vez de eso, busco un rincón y espero. No hay luces. Estoy lejos de la población general, incluso estoy lejos de los otros prisioneros en aislamiento.

²⁵ También es importante entender dos cosas: 1. No todos los insectos tienen cosas interesantes que decir. 2. No todos desean que sus conversaciones sean oídas, menos por un dios que casi no recuerdan.

Una y media de la madrugada. Mis ojos se acostumbraron lentamente a la penumbra. Pero siento un cambio en la materia, un frío que congela el aire: es la sombra misma que toma forma. No era un hombre, no era una roca, era como si la oscuridad se volviese sólida. Ahí estaba, contemplándome como un monolito oscuro. Se movía lentamente, cosa que yo solo podía adivinar por el cambio de temperatura que su vaivén producía.

—Eres un contador —dije sin esperar respuesta—. Uno de ustedes hizo todo esto. Dime, ¿dentro de quién te escondes? ¿Por qué no me dejas ir en busca de Toru? ¿Acaso me tienen miedo?

El bloque de concreto negro se quedó ahí. No me contestó y dudo que pudiese hablar. No era mi instinto, sino el de Ciempiés el que me decía que debía tener cuidado con lo que fuese esa cosa. La barrera creada para retenerme me había salvado, al menos por un momento. No puedo escuchar su pensamiento; sin embargo, sé que está analizando. No respira ni emite un solo murmullo, creo que el sonido tenía miedo de aquella cosa.

V

Era casi de madrugada cuando por fin se fue. Entonces estuve seguro de que debía salir de ahí cuanto antes o nadie en todo el planeta tendría una mínima oportunidad de sobrevivir a la verdadera guerra que se habría de desatar.

—No pierdas tiempo hablando con él —dijo una voz familiar—, necesita poseer a un humano para poder contestarte.

Traté de encontrarlo en la galería de humanos que ahora desfilaba por mi vida. Sin embargo, no pude ponerle un rostro a esa voz. Entonces comprendí que venía desde el final del pasillo. Solo ahí entendí que se trataba de Kenta, el asesino ciego.

—Ha venido a verme casi todas las noches, pero ahora hay alguien más interesante, ¿no es así? No tengo idea lo que pueda ser esa cosa, pero no es primera vez que siento esa presencia. Lo sentí en las Islas, antes de embarcarme, y también cuando llegué a la ciudad.

—¿Sentiste? —pregunté.

—Sí, lo sentí moviéndose dentro de una persona, tal como puedo escuchar a ese bicho que vive adentro tuyo.

—¿Lo escuchas?

—Las almas hacen sonido al rozarse.

—¿De verdad escuchas eso?

—Claro que no, idiota —dijo aguantando una carcajada—, nadie puede escuchar eso. Pero yo no creo en la magia Omar; para mí todo se reduce a entrenamiento. Y las personas cambian al ser poseídas o manipuladas.

—Bien, entonces podrás enseñarme cómo haces eso.

—No, ¿por qué haría eso?

Guardamos silencio mientras los guardias de la prisión hacían sus rondas. Kenta no era un gran conversador, pero aún así me ayudaba a entender los movimientos de mi enemigo. Aquel mal era meticoloso y ordenado en su pensamiento. Yo, hasta entonces, había sido un caos. Mis maestros me habían tratado de enseñar disciplina, pero no lo entendí hasta ese día. La sombra siempre había deseado a la luna, y ahora la tenía, al menos parte de ella. No era cualquier faceta del astro plateado, estábamos hablando de la luna de la ira, del dolor.

Ciempíes estaba molesto. Quería derribar la prisión, aniquilar a los paladines e irse nadando hasta las Islas de Jade, pero por más hermoso que sonara su plan, era imposible. Solo debía acostumbrarse a ser humano, pero el asunto de la compasión por la vida de los demás no se le iba a dar muy bien aún.

—¿Fue el emperador quien contrató tus servicios? —preguntó Ciempíes usando mi voz.

—Sabes que no puedo decirlo.

—Ya no importa —dije yo impidiendo que el bicho tomase el control—, el emperador está muerto, su hermano tiene el poder, supongo que ahora él es tu emperador.

—No, no lo es —Kenta hizo un silencio largo, tratando de meditar lo que yo decía—. Si lo que dices es verdad, mi honor está manchado. Fallé en mi misión, fallé en salvar a mi imperio, debo cometer seppuku. Tu vida es la prueba de mi fracaso.

—No te preocupes. Hay muchos tratando de que eso ya no sea así. ¿Por qué tu emperador con- trató a una bruja?

—¿Bruja?

Esa pregunta era mi confirmación de que ha- bía más interesados en hacerme fiambre. Ni los bue- nos ni los malos me querían con vida. Aun así, seguí hablando con el único prisionero con quien compar- tía el pasillo en la prisión más segura del continente.

Kenta hablaba desde su orgullo, desde su honor menoscabado. Su tristeza era real. Lo ha- bían mandado a impedir que la sombra tuviese a la diosa de la luna y yo se lo había impedido. Sin querer habíamos trabajado para el enemigo.

Mientras nosotros estábamos encerrados, la tierra estaba gritando más allá del gran océano Pacífico. El nuevo emperador estaba decidido a duplicar los esfuerzos de conquistista que su hermano había comenzado y, mejor aún, entre sus aliados tenía a aquella niña que había adoptado como su hija: Toru. El poder de la luna para un solo hombre; ¿sería capaz de resistirlo? Creo que su fracaso era lo que esperaban las sombras para surgir de su escondite, pues querían dominar sobre los cansados, los agobiados y los heridos. No querían resistencia.

Kenta guardaba un formal silencio. Hablar sobre la desgracia de su tierra no le hacía muy

bien, ya que después de todo no estábamos en el lugar más primaveral del planeta.

—¿Viste? —dije.

—¿Qué cosa?

—Que un día seríamos amigos.

—Cállate, no somos amigos —dijo Kenta muy serio.

—No ahora—contesté—, pero ya verás que lo seremos, soy muy simpático.

—Deja de sonreír —ordenó.

—¿Cómo sabes que sonríe?

—Todos los idiotas sonríen.

—Di lo que quieras —dije cerrando el caso—, pero ya te caigo un poco bien. Antes de que todo esto termine, me contarás entre tus amigos, ya verás.

Lo había hecho enojar, pero al menos esta- ba distraído, no tenía tiempo para su miseria. Era hora que yo también me pusiera más serio.

VI

Estaba haciendo algo completamente nuevo para mí: dos días seguidos de descanso. Después de todo, mi cuerpo seguía necesitándolo. Afuera la luna roja aún privaba a los magos de su poder. En el reino de los sueños las cosas tampoco iban muy bien. Las pesadillas seguían a otras pesadi- llas²⁶. En todas ellas se veía la misma constante: culpa y oscuridad. La segunda era del mundo y

²⁶ Pasé de no soñar nada, a tener el mundo onírico de un dios.

la primera, absolutamente mía. Trataba de estar el menor tiempo despierto. Mi cuerpo aún dolía por nuestra aventura en el desierto, y mi capacidad de concentración estaba disminuida.

¿Qué podía hacer? Es verdad que podría haber salido de ahí usando el poder de Ciempiés; sin embargo, en ese momento para mí era más interesante saber quién era realmente mi enemigo. Sin embargo, aquí encerrado no era mucho lo que podía hacer. Aún me estaba limitando por mis conocimientos de aprendizaje de mago, pero yo ya no era eso, incluso quizás tampoco era una persona.

Mis carceleros pasaban conversando cada cierto tiempo, pero no me dirigían la palabra. Usaban collares de anulación alrededor de su cuello, intuyo que para evitar la manipulación por parte de los aquí encerrados. Algunas veces lanzaba mi voluntad por ahí a recorrer, pero había cortafuegos cada pocos metros. Tendría que haber usado el poder de Ciempiés para derribarlos.

No había pistas que delataran al traidor de Bajo Raíz. La respuesta más lógica era Alfil, pues él tiene el control del consejo y me caía bastante mal. Pero eso no era evidencia, ¿verdad?

Mi descanso se estaba transformando en angustia. Volví a dormir. Esta vez me permití soñar con la Fuente. Ahí donde comienza todo.

Mi verdadero enemigo necesita descrear para triunfar; yo debía hacer lo inverso. En ese segundo lo entendí y medio en sueños extendí mi palma, concentré la energía del viejo dios. Lo hice

despacio, para no despertarlo. Imaginé que mi mano era el desierto mismo, y que si la magia normal puede hacer la ilusión de la vida, la Magia con M grande puede hacer un constructo o crear un golem, la MAGIA, la Fuente podría hacer mucho más. Una abeja surgió de mi mano, la cual actuó como un portal entre lo que es y lo que aún no es. La dejé volar a través de un agujero en el campo de voluntad que me atrapaba.

Por unos minutos el insecto voló entre los innumerables pasillos circulares que impiden a los criminales huir con facilidad. Mi pequeña amiga encontró una abertura en la sala de los guardias.

Salió por entre los barrotes y se encontró con un día especialmente brillante. Contemplar el mundo a través de sus ojos me confundía: colores como el ultravioleta maravillaban a mi visión humana y limitada. Levanté el vuelo y contemplé la ciudad. Primera vez que la veía de la altura. Era tal cual me la había descrito mi padre: hacia el centro había un foso, la ciudad original, luego un segundo arco que marcaba el barrio del comercio, luego el barrio de las instituciones más antiguas, como el consejo. A partir de ahí, la ciudad se desquiciaba y crecía más allá de los círculos. Pude ver la universidad, luego el barrio de las embajadas. La ciudad nueva era vibrante²⁷

²⁷ Esta vibración es real, aunque su razón no está muy clara. Se han captado oscilaciones de hasta 0.4 centímetros bajo la luna llena, o antes del solsticio. Algunos simplemente llaman a esta región "la ciudad cosquillosa".

y se extendía hasta las murallas mismas. Aún quedaba espacio, y si no moverían las murallas como lo hacen cada cierto tiempo. Entendí que si el mal que hizo eso con el hogar de Toru buscaba hacer lo mismo en esta ciudad, podríamos estar a las puertas de un gran incendio que nadie en este mundo podría dominar.

Volé sobre tejados con la ropa tendida, me alejé de gatos y pájaros. En el consejo todo olía a preocupación. Los humanos expedían un brillo intenso, que se acrecentaba conforme su discusión avanzaba. Las palabras eran vibraciones demasiado fuertes para entenderlas, pero me hice una idea. Alfíl y Torre tenían puestos sus atuendos de guerra, con armadura y todo. Ambos analizaban un mapa en el que estaban todas las fortificaciones marinas de la ciudad. Para ellos la guerra era un hecho, pero en sus rostros solamente había miedo. Pensé que mi enemigo estaba entre ellos, pero no era así. Los dejé, ya habría tiempo para aclarar mi situación.

Los miembros de la guardia se movían de un lado a otro, estaban asustados, algunos ya habían participado en guerras y servicios militares. Otros incluso habían llegado a Bajo Raíz huyendo de los conflictos en Puerta de Cristal. La paz es escasa en el mundo, y el monstruo de la violencia parecía venirse sobre todos.

Volé sobre el barrio de las embajadas. Nada se movía ahí, señal de que era tiempo para hacer

planes. Los enemigos de la ciudad estaban silenciosos, no sabían si esta era una oportunidad para ellos o una nueva amenaza. Cruzé el parque, no había novios besándose y soñando con el futuro. Esa era una mala señal a todas luces.

Miré hacia la universidad y visité a mi amigo. Me había traicionado contra su voluntad, era un golem y los paladines sabían cómo manipular la voluntad de los pobres seres de piedra. No era su culpa, aun así lo vi encerrado en un libro. Se veía triste, preocupado, tampoco él era mi enemigo.

Quería llamar a Calamidad, analizar al extraño Azkav, pero con mis poderes de mago aún turulatos por la luna de sangre, y en el cuerpo de esta pequeña abeja, no podía invocar el poder de Ciempiés. Pero no me hacía sentido que el monje fuera mi enemigo, debía de ser alguien más.

Volé hacia la universidad y por un momento espí a los profesores más extraños, pero su rareza estaba bastante "normal". Seguí a Oz, el profesor que cuida a los novatos, pero tampoco me mostró ninguna novedad. Hasta que apareció Tadeo, de los No Muertos. Si alguien podía traicionar a la ciudad, sería él, al menos eso creía yo. El furioso profesor tomó al bonachón encargado por el cuello. Cuando este no supo qué contestarle, fue arrojado a un lado.

Corrí tras el nigromante por los pasillos de la universidad hasta que llegó hasta las oficinas de Sauda, a quien también gritó. Ella negaba con

la cabeza; juntos revisaron un mapa de los movimientos de la luna, como el que había hecho Peng, el mismo que yo le había dado a Rass.

Ellos susurran, pero puedo entender fragmentos de lo que dicen. Tadeo quiere hablar de las sombras, de que sus agentes las han detectado, que no son los espectros normales de la ciudad. Ella no lo cree, dice que deben confiar en sus profetas. Él le dice que no se trata de confianza, que hay males que pueden doblegar hasta la voluntad más fuerte. Ella no escucha.

El nombre del enemigo surge por primera vez desde que supe de su existencia, el Descreador. Pero el solo nombrarlo altera la física del ambiente, no era el mal, sino la desaparición de toda luz.

Se abre una puerta, no podía ver al intruso, se movía muy rápido. Solo escucho una explosión. Ya no veo a Tadeo. Sauda lanza un misil mágico con su vara, pero no es suficiente y está en el suelo. Dos de los magos más poderosos habían caído, pero aún no podía ver quién era. Quisiera volar para hacerme una mejor perspectiva, pero cuando intenté despegar sentí una mano envolviéndome, destruyendo sin piedad la pequeña vida que había confiado en mí.

VII

Volví a mi cuerpo como un rayo castigado y expulsado del firmamento. Mi cuerpo me dolía como si fuese yo mismo el aplastado. Volver en mí

fue complicado, debí convencerme de que seguía vivo. Pasaron unos buenos minutos antes de que yo pudiese ponerme en pie.

Entonces comenzaron gritos en la prisión, y el choque de espadas. El traidor venía por mí, pues debe de haber creído que lo había visto, pero solo se delatará cuando aparezca frente a mi celda.

Escucho los pasos venir por el pasillo. No, no son los consejeros, es alguien aún menos paciente. Ciempiés está alerta, reconoce un cambio en el ambiente. Pero no, no se trataba de la criatura oscura que me vigilaba, era otra quizás aún más peligrosa, pero a la cual yo alguna vez había tenido el gusto de llamar profesor: Rass. No sabía cómo le llamaría ahora.

—Omar —dijo con voz de fingida tristeza—, se me dijo que me buscabas.

Abrió la mano y arrojó despectivamente a un lado a la pequeña abeja.

—Así es...

Sus ojos habían perdido su parte blanca, y eran el pozo mismo donde toda luz va a morir, una puerta abierta al reino de su amo. Se movía lento, incluso más lento de lo normal.

—Usted —dije tratando de distraerlo— acaba de eliminar a dos de los magos más poderosos de la ciudad, eran sus amigos.

—Si ellos eran los más fuertes, pues esta es una batalla ganada —dijo jactancioso—. Creo que valoras mucho a tus profesores. No son la gran cosa, ha habido criaturas así desde el comienzo y ningun-

na de ellas ha sido capaz de resistirnos. No culpes a Rass, después de todo es el guardián de la ciudad, necesitaba cada vez nuevos poderes. De cada mundo sacó una lección y la usó para defender a la gente que vive tras estas paredes. ¿Qué crees que le pasó cuando visitó "nuestra" versión de Tierra?

De manera que ellos, al parecer, tenían un reino propio, una suerte de Tierra negativa, el hogar de la antividia.

Se movió rápido, casi como un pestaño. Regresó con Kenta, quien colgaba casi sin vida de una de sus manos.

—Pensar que la gente pone su fe en tipos como estos —dijo—. Para nosotros no hay diferencia entre ustedes y el insecto que acabo de aplastar. No son nada.

—Sin embargo, somos molestos, ¿no?

—Así es, pequeño —dijo acariciando su barba—. Durante siglos hemos tolerado su infección, manchando el universo. Podríamos simplemente borrarlos, pero debe ser hecho en el orden que corresponde. Impedir que su raza sea reemplazada por otra, ustedes deben ser reducidos a nada.

—¿Rass, estás ahí? —pregunté como si realmente no hubiese escuchado todo lo que me decía.

—Créeme, tu maestro está aquí —contestó tocándose la sien—, patalea, quiere escapar, pero sin magia no es nada. La luna roja, ya sabes, con Toru de nuestro lado.

Quise destruirlo ahí mismo, pero guardé silencio, sabía que Ciempiés estaba asustado, y yo debía entender mis siguientes pasos.

—Hay uno de nosotros en cada ciudad de este y otros mundos —dijo—. Algunos son agentes dormidos, esperando la orden exacta para actuar. Bajo Raíz nos había costado, pero todo cae; supongo que intentarás detenerme, ¿pero en quién crees que la gente va a confiar?

Rass me dio la espalda y comenzó a alejarse arrastrando a Kenta como si fuese un saco de papas. Si derribaba la barrera que me encerraba iba a quedar a su merced, pero ya demasiadas personas buenas habían sido sacrificadas por esta criatura. Yo no iba a permitir a otro caído. Ya no era el tiempo para ser un niño asustado.

Puse mi mano sobre la barrera construida para detenerme, la voluntad de los paladines era fuerte, limpia y efectiva, quebrantarla fue difícil pero cedió ante el poder de Ciempiés. No estaba hecha para detener a un dios.

Caminé fuera de la prisión sin dificultad. Rass había acabado con los guardias de la puerta. Yo sabía que si fracasaba seguramente me culparían de eso, pero no podía detenerme, tenía el peso del mundo. ¿Alguien ha pensado alguna vez en parar un cometa con la mano? No, ¿entonces por qué esas cosas creían que podrían acabar conmigo tan fácilmente?

El sol caía en línea recta sobre la ciudad. Tras la gran empalizada de la universidad estaba la torre del viejo mago de las arañas. Tras esta sur-
gía un callejón angosto, rodeado por las gruesas paredes de ambos edificios. Parado justo en medio de mi camino estaba él, mi profesor, o su cuerpo. Ahora ocupado con un ente que ni siquiera podía considerarse un ser vivo.

—¿Por qué lo haces? —dijo la voz de Rass—. ¿Por qué sigues adelante? No tienes amigos, no tienes ni siquiera a Toru a tu lado. ¿Lo haces por la ciudad? ¿O porque sueñas con ser llamado héroe?

La voluntad de Ciempiés trataba de elevarse, de llevar adelante la pelea por sí mismo. Yo no se lo iba a permitir, no si quería que quedara algo de la ciudad en pie.

—Una sola pregunta —dije tratando de ganar algo de tiempo.

—Habla.

—Si hay luna de sangre, yo no puedo usar magia —dije jugando.

—Ni Magia con M grande, es verdad.

—Ya veo, ¿sabes que tú tampoco?

—Muy cierto —dijo—, pero verás, nosotros no hacemos eso...

Entonces vi cómo mis piernas se habían unido al pavimento del suelo, poco a poco mi cuerpo perdía movilidad. No era magia, sino que aquella cosa estaba alterando la realidad. Verán, no me estaba transformando, estaba cambiando la

realidad, haciéndole creer que yo siempre había sido un ser de piedra. El frío que sentía no solo afectaba mi cuerpo: era como si mi alma también se estuviese petrificando. Se ahogaba y se apagaba mi imaginación, lo mismo ocurría con mis recuerdos. Lejos aparecía Toru, mis pocos amigos, mi padre y mi hermano. Entiendo que son ellos, y por qué son tan peligrosos. El verdadero mal en este mundo es la muerte del fuego pálido que vive en cada uno de nosotros.

Cierro mis ojos para concentrar mi voluntad, pero no funciona, tengo miedo. Vuelve a mí aquella vieja imagen, la mujer que quemaba los caminos. Es una de ellos, lo sé. ¿Quién es? Es familiar, pero no puedo nombrarla.

Ciempies se desenrolla de su tumba dentro de mi alma, siento su poder corriendo por mis venas, como el fuego de un volcán. Pero no me de-
jo ir, quiero controlarlo.

—¿Qué estás haciendo, pequeño? —dijo aquella cosa.

Sus ojos helados me miraron con algo que quizás nunca tuvieron: duda. Ya no era solo yo ni era solo Ciempiés. Ambos éramos una aberración, algo que se hundía en el piso y se mezclaba con la sombra. Mi enemigo vaciló unos segundos, o sea, demasiado rato. Yo ya era un ejército de insectos subiendo por las paredes, transformándome en una pesadilla ante los ojos de una criatura acostumbrada al frío del olvido.

Tenía que separar a aquel contador de Rass. Sé bien que todo tiene un corazón, todo lo que es creado puede ser destruido, pero debía averiguarlo rápido.

Sé bien que sus hermanos y el mismo Deseador están presenciando esto. Era mi regalo para todos ellos: alguien a quien temer.

Otro movimiento rápido de mi enemigo. Siento su mano en puño volando hacia mí, pero no me golpea. En un comienzo creo que estamos en otra dimensión, pero me equivoco, no es una dimensión. Estamos dentro de mi alma, su mano oscura entra en ella, está buscando a Ciempiés, o algo que robarse. Escudriña cada rincón oscuro, sus tentáculos venenosos se mueven aniquilando un poco de mí.

—Sé que está aquí, siento su anomalía. ¿Qué escondes?

Si me dejo llevar por ella, desapareceré. Así debieron hacerlo con Rass; cuando la magia se fue llegaron las sombras. Siento el alma de mi viejo profesor vibrando lejos. La sigo como quien sigue a un sonido penetrante. Hago el camino inverso, mi perseguidor ha dejado vulnerable su propia alma. Su mano es una extensión para su voluntad. Es como entrar a un túnel. Está oscuro, pero es fácil guiarse, pues al final la luz es más brillante.

Abro los ojos, estoy de regreso en el callejón. Ahora es mi palma la que está estrellada contra el pecho del que alguna vez fue mi maestro. Puedo

ver al contador frente a mí, aprieto mi mano y el espejo negro está roto. He hecho lo que no había pasado en millones de años, he destruido un agujero negro. Y siento el grito de agonía de la bestia de la destrucción, un grito que viaja a través de todo el universo.

Rass cae con estrépito al suelo, me mira con sus ojos limpios, sorprendidos por la escena que acaba de darse. Abre la boca para soltar un suspiro. Solo entonces puede hablar.

—Omar... perdóname —dijo el viejo y querido Rass.

—Profesor, no tiene que pedir perdón, no era usted...

—Claro que era yo, pude verlo todo, sentirlo todo. El poder inmenso, podía proteger a la ciudad...

—Es que ese es el problema —dije—, no puede cuidarlo todo, el universo algunas veces quiere que lo dejen solo; ahora descanse.

Cierra sus ojos, trato de mantenerlo con vida, pero mis poderes son insuficientes. Lo voy perdiendo, el hilo de su vida se aleja de mí. Una mano se posa en mi espalda. No tengo que adivinar que se trata Azkav el observador.

—Si no fueses tan terco, estas cosas no te pasarían —dijo el monje mirando al pobre Rass.

Calamidad se paseaba sobre Kenta tratando de hacerlo volver en sí. Ellos sabían que esto pasaría, porque entiendo que su trabajo es hacer que

las cosas pasen. Pero yo también tengo un trabajo que hacer y estaba muy atrasado. Ya no tengo tiempo para viejos sabiondos.

—Bueno, ahora sí te agrado un poco, ¿no? —dije a mi viejo compañero de prisión.

—Un poco —dijo despertando—, pero no le digas a nadie.

Levantamos a nuestros heridos, solo ahí nos dimos cuenta de que habíamos cambiado algo que se pensaba inalterable, que habíamos dado con lo que más tarde entendería se llama una rehistorización²⁸ del "todo".



²⁸ Por favor, créanme que yo no invento los términos, son cosas de la academia.

El mar no tiene cara

I

Azkav no podía intervenir, pero sí podía presentarse frente al consejo. Habíamos perpetrado tantos ilícitos que debían colgarnos de aquí a las siguientes tres encarnaciones, y claro, un paladín fanático podría querer hacer eso. Alfil se vio más asustado que cualquier otra cosa; el consejo había perdido a los tres magos más poderosos de la ciudad. Decidieron que mientras durara la luna de sangre nada se me haría, pero tenía prohibición de dejar la ciudad, al menos no usaron magia para fijar mi residencia esta vez.

Lejos de la política, la universidad debió costear los funerales de Sauda. Estos fueron sentidos y llenos de honores por parte de todas las fuerzas de la ciudad. Curiosamente su guardia de amazonas presentó un desfile que por alguna razón llamó más la atención de los caballeros que de las damas. No había señales de Tadeo, los no muertos comenzaron a protestar, y finalmente se hizo una ceremonia sin cuerpo en su honor. ¿Lo daba yo por muerto? Para nada, pero había que hacer algunas cosas por la opinión pública.

Rass estaba confinado en su torre. Solamente recibía a Azkav, y se mantenía a distancia de los consejeros. No había una condena para él, después de todo no era el culpable, pero sí había llevado a

cabo los experimentos espaciales que le llevaron a ser conquistado. Antes de que hubiese un juicio en su contra, renunció a la titularidad como profesor. Alegando cansancio, dijo que prefería dedicarse a su verdadera pasión: abrir una cafetería.

Su experiencia había sido en extremo dolorosa, pero como pocos había aprendido sobre su enemigo por dentro.

—No están vivos —dijo— son espejos negros que reflejan un punto frío del universo. Cada uno de ellos porta consigo una orden muy sencilla, corromper y hacer espacio para la llegada del Desteador. Incluso pude escuchar su voz.

—Pensé que sería más, no sé, como un concepto —dije tratando de entender lo que me decía.

—Los conceptos también hablan, pero lo peor no es su oscuridad, ni siquiera su ira contra esta realidad... no, lo peor es que para el Desteador esto es un juego, solo eso, Omar, un juego, ni siquiera merecemos una mirada suya.

Dejé al mago después de haberle dado forma a sus consejos, debía conocer otros ángulos de esta historia si es que quería ganar, o bueno, al menos empatar honorablemente.

En el otro extremo de la ciudad, Kenta fue liberado del conjuro y, si quería, podía regresar a la guerra y servir al nuevo emperador, algo que por supuesto no hizo. En vez de eso, prefirió desaparecer. Prometí al consejo buscarlo alguna vez, supongo que esa era una de las promesas que no tenía la menor intención de cumplir.

Se supone que a esa altura me debía sentir mejor. Después de todo, aquellas cosas que antes no tenían ni pies ni cabeza comenzaban a enderezarse, al menos para los demás. Sin embargo, yo estaba inquieto y ansioso, pero tendría que aprovechar el tiempo para reencontrarme con la ciudad y para rehabilitar todo aquello que se había roto o lastimado, como mi amistad con Yahil.

Busqué al golem por toda la ciudad, pero no aparecía. Había suspendido sus clases. Yo quería decirle que lo perdonaba, que nadie sabía dónde estaba lo correcto, pero yo sabía que su cabeza funcionaba en absolutos.

Me armé de valor y entré en el barrio de los constructos. Estaba ahora en la plataforma más baja de la ciudad. Los edificios aquí no tienen puertas o ventanas, son simples cáscaras vacías donde se esconden criaturas mecánicas, tímidas. Debía ser cuidadoso, pues algunas estaban llenas de resentimiento contra los seres biológicos que primero los crearon y luego los abandonaron a su merced.

El consejo les ha dado el permiso de usar esta porción de la ciudad a su gusto, y tienen su propia administración, bajo la promesa de no dañar a ningún ciudadano. Esa era la única razón por la que yo seguía vivo después de andar dos cuadras.

Aquí abajo la autoridad más importante era el Alcalde, una criatura antigua pero aún funcional

que recorría el barrio. Su cuerpo estaba unido a un pequeño correvapores que le permitía desplazarse a modo de silla de ruedas. Su rostro tenía refacciones de distintas épocas, su ojo derecho era una negra claraboya, su ojo izquierdo un engranaje de algún vehículo menor. Ninguno de los dos servía realmente para ver, pero él era chapado a la antigua y trataba de mantener su apariencia humanoide lo mejor posible. Se cubría con un sombrero negro de ala corta, que parecía haber sacado de un basurero. Portaba un maletín donde estaban los documentos de cada uno de sus "ciudadanos"; siempre era necesario probar que no eran artefactos que aún pertenecieran a alguien. Al mirarme lo abrió y se paró frente a mí, desafiante.

—Señorito —dijo con solemnidad— si usted busca a parte de su servidumbre, tendrá que mostrar sus papeles.

—Yo busco a un amigo, no a un esclavo. Su nombre es Yahil.

El alcalde echó una mirada algo confundido a su libro.

—Un golem —dijo pasando hojas lentamente— no, no, no, no.

Pasaron unos ciento veintiocho "no" cuando por fin me miró, ladeó cabeza. Fingió un pestañeo y llegó a una conclusión.

—No —dijo nuevamente—, lamento no poder ayudarte si es que Yahil es verdaderamente tu amigo y no tu esclavo. Por ahora, sugiero que te

vayas, ya viene la noche y estos no son buenos barros para un humano blandito y debilucho.

Comencé mi retirada, Ciempiés quería hacerles daño, mandar cucarachas para que anidaran en sus carcasas, quería enviar cometales para que corroyeran sus pieles sintéticas. Pero lo detuve y salí de ahí. Había fracasado, pero no tenía tiempo para pensar demasiado en mis fracasos, no si quería completar mi misión pronto.

Me encerré en mi cuarto, ordené un par de alforjas y esperé. Era medianoche, la hora de las brujas, pero dormir era un imposible. Si esperaba la bendición del consejo, podría pasar otro mes, eso sería intolerable.

Escribí a mi padre una nota contando cuales serían mis próximos pasos y por qué los daría. Me puse mi ropa de viaje, abrí la ventana y salté a la noche. Pude ver que la luna estaba cambiando, la luna de sangre había terminado, pero los magos aún no recuperaban sus facultades. Ahora también los hombres de fe comenzaban a temer, bienvenida sea la luna negra.

II

El muelle, al igual que el barrio de los consuctos, tenía su propia autoridad. En este caso era el jefe de aduanas quien dirigía la operación. Sus hombres eran severos y cuidadosos. Había que serlo. Sus agentes eran guardias entrenados tanto como cazadores de demonios, buscadores de ar-

tefactos mágicos y detectores de plagas. Pero yo no quería entrar en la ciudad, quería salir de ella. Bueno, no era fácil por esos días tampoco.

Ningún barco con bandera de Bajo Raíz viajaría rumbo al oeste por la cuenca del Pacífico. No a menos que tuviese un escolta armada. Yo debía pasar desapercibido, o tan desapercibido como pudiese hacerlo un tipo como yo.

Bajé las escaleras que llevan al puerto. El olor al mar inundaba todo y de cierta forma me recordaba al desierto. Me senté y esperé alguna señal, algún cambio, lo que fuese, pero debía llegar antes del amanecer. ¿Quién escribe cartas de despedida y se queda en el mismo lugar? Yo, claro.

Caminé hasta un bar de marineros. Estaba abierto toda la noche y la música salía por las ventanas. Era primera vez que escuchaba algo así: era una melodía penetrante, no estaba seguro de las palabras, pero parecían insolentes.

El cantante estaba vestido de cuero negro, y tenía el pelo peinado hacia atrás. Sus botas eran altas y gruesas. Reconocí que estaban hechas en el sur, pero todo el resto de él parecía ser de una tierra demasiado lejana para aparecer en mis mapas.

Tocando con él, una banda local repasaba algunas canciones que todos los concurrentes parecían reconocer. Me sorprendió encontrar jóvenes de todos los estratos de la ciudad, incluso un par de compañeros de la sección A. Pedí un café y esperé en una esquina.

No estaba seguro si la gente estaba bailando, saltando o sufriendo un ataque espasmódico. Se movían a un ritmo que parecía que hacía bailar incluso a los muebles. Había mucha música en Bajo Raíz, pero sin duda nada como eso.

Cuando el espectáculo terminó, los chicos ordenaron su cabello, se pusieron sus trajes y se marcharon. Unos pocos se quedaron rondando la banda, bebiendo los tragos que los marinos traían de sus viajes. El cantante se acercó a la barra y pidió un sándwich. Se lo echó rápidamente para adentro, se ordenó el pelo y me miró.

—Eres un beduino —dijo levantando la vista, como desafiándome.

—Así es, soy un beduino —contesté tomando su misma actitud.

—Bien —dijo soltando una sonrisa de aceptación—, conocí a muchos al este del desierto, y a un buen lote en la ciudad árbol de Towa.

—Pensé que no quedaba gente de mi pueblo por esos lados —mi voz sonó más emocionada de lo que hubiese querido.

—Los hay, y vieras qué música hacen. Por cierto, ellos tampoco creen que haya nómadas tan al oeste. Cosas tan raras que uno cree, ¿no es así?

El tipo se sonrió y le dio una mirada a dos de sus compañeros.

—Capitán —dijo uno— si ya terminó, su...

—Dilo.

—Su "divertimento", debemos salir pronto.

—Sí —dijo muy serio—, ha terminado, pero no me gusta como le llamas, esto es música... música de rocas... música con piedras adentro... no un *hobby*, ¿me expliqué bien? —Por un momento el capitán asustó a sus hombres.

Los marinos se sentaron al lado, su capitán ordenó por ellos. Volvió a mirarme.

—Mi nombre es Strummer —dijo—, capitán Vlado Strummer.

—Vaya, supongo que ese nombre se lo inventó usted, ¿no es así?

—Por supuesto. —La sonrisa regresó a su rostro—. Uno se debe a su fama... nadie le pediría encargo al contrabandista Federico Llanos u ordenaría una operación delicada a Pepe Malpaso. ¿No crees? El nombre lo es todo.

—Entiendo, lo tendré en cuenta.

—Hazlo, verás que el mundo es muy duro con los que no están preparados para conquistarlo. Bueno, nos vamos.

Los hombres se levantaron y quedé ahí. Fue solo cuando Strummer se dio vuelta que me di cuenta de que había estado jugando conmigo.

—Eres un estudiante, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

—Supongo que por algún motivo, que no me interesa, quieres llegar a algún lado, ¿no es así? Volví a asentir.

—¿Ese lado no quedará al oeste? ¿Dónde se ha decretado que ningún barco debe dirigirse?

Tercera afirmación.

—¿No se supone que esta es la parte en que ruegas para que yo te lleve? —dijo sinceramente confundido.

—Eh, ¿me lleva?

—Claro que no.

Salió del bar y me quedé aún más solo que hacía un momento atrás. Esperé unos segundos, y salí tras el capitán. Se encontraba anclado hacia el oeste. Vi su bandera negra, sin signos o icono alguno, un dragón en la proa y una gran caldera de vapor justo al medio. Era un acorazado, pero no era exactamente una máquina de guerra, al menos no en ese momento.

—Vikings de vapor —me dije a mí mismo. Poco sabíamos de los pequeños pueblos del norte, solo que cada dos o tres años había invasiones, conflictos con los invasores del este y muchas buenas razones para machacar al prójimo. Los vikings de vapor eran distintos, recorrían el mundo sin preguntarse muchas cosas²⁹. Eran mercaderes, pero también eran artistas y guerreros. Muchos de sus poemas han sido traducidos para los sabios de la ciudad, que aun así los consideraban un conocimiento menor.

Uno de los hombres de Strummer resultó particularmente grande y fuerte. Era un ogro cíclope, de piel azulosa. Vestía un taparrabo, una capa

²⁹ De hecho, la gran mayoría de ellos jamás se habían formulado una pregunta en toda su vida.

y un casco que le quedaba algo pequeño. Fue él quien bajó con su paso pesado, frunciendo el seño y caminó hacia mí. Debe haber pesado fácilmente media tonelada. Había marcas tribales en casi toda su humanidad, eran marcas de guerra.

—Mi nombre es Eric Hausen III —dijo amablemente—, agente de viajes.

—Ese nombre... lo inventaste.

—Por supuesto. Nadie confiaría en un agente que se llame Orlo Comepiedras, o Yonto el Arrancamédulas...

—Eso de ser marinero es bastante complejo —dije soltando un suspiro.

—Ni que lo digas... mi madre no me habla porque uso taparrabo, ella siempre dice: «un verdadero ogro no se avergüenza de sus partes»... Padres, en fin, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito viajar... necesito que me lleven con ustedes.

—¿Cómo sabes que nos dirigimos hacia donde tú quieres ir?

—Bueno, ese capitán tuyo no se ve muy normal que digamos. Creo que le gustaría ir al punto más peligroso del planeta, y por ahora ese lugar son las Islas de Jade.

—Mmm... seguro que no fue que viste ese letrado —dijo indicando un letrado en la quilla del barco, "Bajo Raíz-Islas de Jade-Puerto Muerciélago". Me encogí de hombros.

—Bueno, eso también... ¿Me llevan?

—No.

—¡Puedo pagarles! Bueno, no mucho... pero puedo trabajar. Además mi magia funciona. Y...
—No te "llevaremos", al menos no en ese sentido de la palabra.

—¿De qué hablas? —Yo estaba al borde de la desesperación.

—Tu pasaje ya está pagado, tonto.

Me paralicé y pensé en los miles de rostros que pudieron haber pagado, pero finalmente fueron dos los que me miraron desde el barco. Yahil y Calamidad. Las cosas, en algunas oportunidades, podían mejorar.

Rass había pagado nuestros pasajes, como manera de pedimos perdón, cosa que ni le solicité, ni esperaba. Sentía lástima por el viejo campeón de Bajo Raíz. Tantos años luchando y entrenando héroes para que una sola caída manche todo su nombre. Me prometí ayudarle algún día si es que lograba regresar de esta pequeña aventura al otro lado del mundo.

La madrugada nos pilló alejándonos de la línea costera. Uno de los marineros, desvelado como nosotros, tocaba la trompeta con especial devoción. Era un tipo flaco, de aspecto lupino y feroz, que, sin embargo, podía producir hermosas notas. Hizo una pausa y se acercó hacia donde estábamos. Hablamos un rato, lo que fue suficiente para despertar la curiosidad de Yahil.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el golem al musical marinero.

—Horn Balder —dijo sonriendo con su boca sin dientes.

—Déjame adivinar —intervine— te lo inventaste tú mismo.

Horn, intrigado, se llevó la mano a la cabeza y nos sonrió.

—¡Claro que no! ¡Este es el nombre que me dieron mi madre y mi tío segundo! ¿Por qué crees que lo inventé?

—Olvídalo, eso de ser marinero es muy complicado ¿no?

—Ni que lo digas....

Dicho esto se puso a tocar; la mañana se hacía fuerte e iba creciendo hasta transformarse en un nuevo día.

III

Strummer condujo el barco más allá de las Tierras Grises y las Islas de la Plaga³⁰. Fue solo cuando habíamos dejado atrás cualquier resabio de Bajo Raíz y su gran esfera de poder que me supe libre.

Sobre nosotros las estrellas, la oscura y sin vida luna, luego el sol. Así transcurrían todos los días sobre la cubierta, de manera que me dediqué todas las mañanas a meditar y comulgar con el

³⁰ Islas que han recibido otros nombres más atractivos como "Paraíso", "Tierra Fértil" y "Esperanza". Aun así, la gente se ha quedado con el nombre más feo, lo que no puede ser muy bueno para el turismo.

poder de Ciempiés. No quería solo usar su control sobre los bichos en general, debía entender la conexión con la Fuente, eso si quería manejar y resistir la MAGIA, mi única arma verdadera bajo la luna negra.

Interrogar a un dios era una tarea compleja, pero interrogar a un dios taimado, oscuro, herido y traicionero, bueno, eso era casi imposible. Aun así, cada cierto tiempo me lanzaba alguna pista que yo podía usar a mi favor. El problema era que detrás de cada puerta se escondía un horror. Debía separar lo que Ciempiés había hecho de mi propio sentimiento de culpa. Por años el hombre había sido su enemigo, pero hoy estábamos combatiendo contra algo siniestro, capaz de dominar a un mago, de consumir a un dios. De pronto, mis pensamientos me llevaron al miedo y mi meditación llegó a su fin. Siempre pasaba lo mismo, el miedo podía más que mi voluntad.

Debía mejorar mis trucos. Lo de la abeja había sido complicado, y me había hecho sentir mal. Aún así lo intenté otra vez. En esta oportunidad imaginé que mi palma era un pradera. No surgió una abeja, sino cuatro de ellas. Todas llevaban mi visión, era como cuando desplega mi energía, pero con la diferencia que las abejas me daban una visión más completa. Al comienzo las mandaba a seguir a los miembros de la tripulación. Puede ver al capitán ensayando su acto en la soledad de su camarote, escuché las historias que los marinos se contaban, sobre serpientes gigantes, sirenas que

volaban sobre el mar interior, sobre la gran Isla Flotante. Algunas de ellas eran verdad, otras mentiras contadas una y otra vez, voces que corrían de puerto en puerto.

Mandé a mis abejas más allá de las fronteras del barco. Las primeras visitaron el continente del norte. Algunas de ellas encontraron pequeños poblados levantados en praderas enormes y bastas. Otras encontraron ejércitos marchando, hermanos combatiendo por primera vez. La última de ellas vio cómo las fuerzas del emperador desembarcaban y plantaban la primera bandera del imperio en aquel suelo.

El ejercicio había sido duro. Al tercer día lo repetí, pero esta vez invoqué a dos saltamontes, uno de los cuales viajó a las islas que aparecían en nuestro camino y al otro lo mandé hasta las Islas de Jade. El primero visitó islas hermosas, gente que vestía flores sobre escasa ropa. Vi guerreros fuertes y valientes que se preparaban contra el invasor que les acechaba en aguas más profundas; no tenían oportunidad.

Mi segundo enviado llegó por la playa, pero supo que no podría aterrizar. De todas maneras, pude ver los inmensos astilleros donde una colosal flota se levantaba. Cien, ciento veinte acorazados. No podía aterrizar ahí, así que mandé a mi espía más allá, hacía el gran continente del este. Peng Li había nacido allí, y yo quería saber más de él, pero el campo que creaba el poder de Toru era muy grande y poderoso.

La luna era mi enemiga. No puede hacer otra cosa más que llorar. Esta misión requería optimismo, así que dejé mis lágrimas para mis pocos momentos en solitario, aunque dudo que alguien no las notase.

Yahil, por su lado, andaba con una libreta tomando notas de cada movimiento de nuestros nuevos amigos. Strummer disfrutaba de la atención y estaba dispuesto a contarle cada aventura, desde la vez que estuvo a punto de ser comido por caníbales en alguna isla tropical o cuando tuvo que cantar para la Reina Marsupial, en su propia corte arbórea³¹. Strummer también le relató cuando fue un saqueador, capaz de gloriosas y osadas incursiones contra los señores del norte, lo que le valió el destierro y su posterior carrera como corsario. Había muchas historias así en un barco.

Calamidad dormía; quizás, este viaje atenta ba contra el código de los monjes, pero por alguna razón ella creía que su presencia sobre este bote era necesaria. No comía con nosotros, sino que se dedicaba a amedrentar a los pequeños roedores que habitaban la nave. De vez en vez, aparecía con un pequeño ratón bajo la boca, para luego seguir con sus largas siestas.

³¹ Junto con la ópera de Bajo Raíz son los mejores lugares evaluados para tales presentaciones, al menos eso es lo afirmado por los cono cedores del canto lírico Eso, claro, si logras subir los tres kilómetros que tienen los árboles de dicha nación, sobre los cuales se instala su civilización y la mayoría de sus tesoros.

En la mañana del sexto día, Eric, el ogro agente de viajes, soltó la alarma: la flota de las Islas de Jade mantenía un bloqueo entre los islotes que rodeaban su mar territorial. No eran los poderosos vapores que acosaban a los vecinos de las islas, pero no por ello eran menos peligrosos.

—Es la Flota Roja —dijo Strummer—. Son la línea de defensa del mar interior de las islas. Temo que hasta aquí nos llegó el paseo «regular». Escu cho sugerencias, señores.

—Cualquier cosa, menos nadar —intervino Calamidad, pero nadie quiso escucharla. Después de todo, los gatos no hablan.

Se hizo un silencio, pero no duró demasiado. Como niños en una sala de clase, todos buscaban hablar y levantaban la mano.

—El sur está imposible, señor —intervino el ogro—, solamente hay un camino, eso si quiere seguir adelante, capitán.

Strummer afirmó y gritó a sus hombres.

—¡Al noroeste, manga de inútiles! ¡Vamos a evitar las grandes islas, los puertos, cualquier cosa que nos delate!

—¡Ya escucharon al capitán! —replicó el ti monel—. ¡Vayan por sus trajes de pluma y piel! El seguro no cubre enfermedades pulmonares.

¿Pluma y piel? Eso no sonaba bien para mí, soy un nómada; había recorrido muchos desiertos que perdían su calor por la noche y alturas bastante frías, pero aún no descubriría aquello que todos llamaban hielo.

IV

Nosotros operábamos en la sombra, pero nada le hacía como Kenta. Ya había tenido tiempo para familiarizarse con la ciudad, sus costumbres, incluso había encontrado un par de nuevos amigos en el barrio de los migrantes. Los disidentes del imperio no eran pocos, pero los motivos del joven asesino tenían más relación con el honor que con la política.

Después de un largo rato de meditación se dirigió al único lugar donde quería llegar o, mejor dicho, regresar. Inventó un disfraz rápidamente; de pronto era una chica de 17 años, cubierta casi por completo, como suelen hacerlo las niñas del este.

Los guardias le dieron una mirada rápida, pues tenían prohibido entablar conversaciones con ciudadanas en sus horas de servicio. Kenta no permitiría que una mirada arruinara su plan. Entró por los pasillos a las celdas superiores, mucho más cálidas e iluminadas que aquella que había ocupado él mismo unos días antes.

Los criminales en Bajo Raíz se agrupan en sindicatos, al igual que casi todas las asociaciones; solo van a prisión aquellos que han cometido crímenes tan bajos que su propia agrupación los entrega como, por ejemplo, asaltar en zonas turísticas, robar dos veces a la misma persona o matar un día martes antes de las tres del día.

En el pabellón de mujeres, Kenta se puso algo nervioso, pero recordó que él también iba

vestido de dama. Raimilla estaba encerrada en solitario por una simple razón: las demás reclusas le temían y no era un simple temor pasajero por su mal aspecto, esto era pánico.

—Eres Raimilla, la bruja, ¿no es así? —preguntó el asesino.

—Sí, eso dicen —contestó ella cerrando un ojo—. Eres Kenta, el asesino. He escuchado de ti, eras bueno... pero fallaste, ups, perdón, no sé cuándo dejar de hablar.

Kenta hizo un movimiento muy leve que fue preciso para revelar el mango de su espada.

—Tienes dos alternativas: una, me dices quién te contrató para matar al Mago del desierto o te mueres.

—Realmente no me creerías.

—Mi credulidad ha crecido mucho por estos días. Habla, pero si mientes lo sabré.

Kenta amaba decir eso, sobre todo cuando la gente se daba cuenta de que era ciego. ¿Hasta dónde podía él saber? Ese juego, esa dualidad lo divertía. No se podía decir que no disfrutaba de su trabajo.

—La Brujería recibió el contrato del edecán del emperador en persona, pero no era él, era otra cosa. Mi maestro lo llamó Contador... o algo igualmente ridículo.

—Fueron contratados por Kuchikukan, el Destructor, el Descreador. ¿No es así?

—Aquella cosa nos transmitió su nombre directo a nuestras cabezas—dijo cerrando sus ojos y

llevando las manos a sus sienes—. Nos prometió un lugar en su nuevo universo... Como de todas formas me van expulsar, o transformar en sapo, te cuento, ¿para qué diablos te sirve esa información?

—Me dice a quién debo matar.

Kenta le dio la espalda y comenzó a caminar, alejándose.

—¿No me sacarás de aquí? —preguntó la chica con algo de desánimo.

—¿Sacarte? No, si te saco me maldecirías.

—¿Por qué?

—Porque si pones un pie fuera de aquí, eres mujer muerta —dijo Kenta con tranquilidad—. Hay cosas peores que ser transformado en sapo.

—Bueno, es una gran razón, ¿sabes? No es tan incomodo aquí dentro, hasta puedo leer las historias de las Zheroínas³².

Los guardias hicieron su cambio de turno. Uno de los recién llegados se veía especialmente astuto, ya era hora de terminar con la visita.

Kenta no se despidió, ni siquiera trató de entender el humor de la chica. Caminó hacia la calle, tomó la avenida del Muelle y llegó hasta el borde del puerto. Solo ahí se quitó el disfraz. Concentró toda su energía en el estómago y dejó que por su espalda corriera un gran flujo de energía. Dos alas ardientes surgieron y unos segundos después ya nadie más volvió a verlo.

³² Números atrasados, que no se diga que Bajo Raíz no castiga a sus criminales.

Las trampas del honor

I

Hace poco menos de sesenta años uno de los emperadores más curiosos que hayan pisado la tierra, el viejo rey Guideón II, penúltimo monarca de Bajo Raíz, mandó una expedición de paladines y magos en búsqueda de la Fuente. Si el lugar de la verdadera MAGIA existía, ellos debían de tenerla. Por supuesto, el buen monarca había escuchado las viejas leyendas, pero no era capaz de abstraerse ni de imaginarse un lugar fuera del plano físico.

Ordenó que los miembros de la expedición no volviesen jamás a la ciudad a menos que tuviesen éxito. Claro, Guideón II estaba loco como una cabra, pero al comienzo de su gobierno no muchos lo sabían³³. Así fue como esta extraña orden se dividió por todo el planeta persiguiendo el sueño de alcanzar la Fuente misma donde nacería toda la magia.

Ninguno de ellos volvió a ver la ciudad. Los rumores eran muchos; se dice que algunos persiguieron a los mismos dioses para saber de dónde habían nacido estos. De aquellos cruzados, uno de los más notables era Clovis el Audaz, un

guerrero sin igual, que con una sola mano podía con un ejército de novecientos soldados. Estas exageraciones lo hacían feliz, pero le hacían muy mal a su vida social. Especialmente aquella noche, en su cumpleaños número ochenta y dos. Su único compañero era un can que también ya había cumplido su ciclo de vida. Era la cuarta generación de perros que se criaba con él en aquella desolada isla que recibía el bello nombre de Pesadilla.

El pedazo de roca y tierra en cuestión se ubicaba en el extremo nororiental del imperio de las Islas de Jade. Pasaba la mitad del año cubierta por nubes y la otra mitad bajo la nieve. Era perfecta para un hombre que se consideraba a sí mismo como un exiliado.

Encendió las luces del faro e hizo sonar el cuerno antiniebla. Era un paladín, pero la verdad es que su voluntad no era la más alta por esos días, de manera que tenía su pequeña fortaleza controlada por pequeños constructos que le ayudaban a realizar las labores más simples.

Después de su última ronda se sentó al calor de la chimenea, abrió un tomo de cuentos de caballería titulado *Crónicas de Bajo Raíz* y se dispuso a leer.

Rara vez era molestado con los asuntos del reino. Para la administración anterior, él era un viejo loco que no molestaba a nadie, por lo que no le habían notificado que las cosas iban a cambiar.

Escuchó pasos lejanos. Alguien arrastraba un bote. Cuando separó el libro de sus ojos se dio

³³ Pero quizás eso explicaba que el pueblo le llamaba Guideón el Lunático, Guideón el Sin Frenos, o simplemente: basta de eso, Guideón.

cuenta de que tenía compañía. Miró la puerta y esperó. Primero fue un golpeo tranquilo, luego uno más fuerte y finalmente uno desesperado. No era algo inusual que recibiera la visita de algún marino perdido, o de algún vago que se buscaba a sí mismo en esos páramos, pero esta era una visita muy distinta. Abrió la puerta y vio que era un pequeño hombre sin cabello alguno sobre su cabeza, pero esta calva estaba adornada con una serpiente que parecía moverse por aquel pequeño cráneo. No podía medir más de metro y medio, pero su presencia era enorme. Clovis puso una de sus manos sobre el mandoble que descansaba sobre la chimenea.

—Vamos, viejo —dijo el hombre—, no es forma de recibir a un viejo amigo.

—Usted no es mi amigo.

—Detalles.

Era verdad; aquel hombrecito estaba lejos de ser un extraño para él, ya que había sido quien le diera la custodia de la isla, ¿hace cuánto ya? Imposible recordarlo.

—¿Cómo va tu búsqueda? —preguntó el recién llegado.

Clovis no contestó.

—Así de bien, ¿eh? —dijo el calvo emisario—. Te tengo una propuesta, una misión. Algo que te interesará.

—Yo solo tengo una cruzada, encontrar la Fuente para regresar con mi emperador...

El cortesano suspiró, estuvo tentado de decirle que ya no hay emperadores en Bajo Raíz, pero eso haría que las cosas fuesen menos divertidas.

—¡Eso es lo que me trae a tu puerta! —dijo el emisario con falsa alegría—. Un viejo amigo tuyo pronto llegará por estas costas, un mal que no fuiste capaz de eliminar... uno que se llevó a tu hermano Azkav. ¿Cómo se llamaba?

—Cíempiés —dijo Clovis, molesto.

El rostro del caballero se ensombreció. No tenía más tiempo para hablar con el enviado del emperador. Bajó hasta su subterráneo, ahí encontró su vieja compañera de viaje, una guadaña que aún consideraba una extensión de su brazo. Encontró su armadura donde los constructos la habían dejado, junto a las herramientas de jardín. La verdad es que no esperaba tener que usarla nunca más, pero el deber lo llamaba nuevamente.

Caminó hasta la playa e hizo sonar el silbato que llamaba a su montura. Entonces, las aguas se movieron un poco y apareció una criatura tan antigua como su amo. Uktena era su nombre, y por años había surcado los mares acompañando al paladín. Los inviernos se veían en los ojos de la bestia, la serpiente cornuda asumió obedientemente su posición. Estaba lista para entrar en acción.

—¿Estas preparada, vieja amiga?

El veterano montó y dio una última mirada a su casa. Se sentía incómodo, triste, lleno de dudas. Miró al calvito que lo observaba fijamente.

—¿Me harías un último favor? —dijo Clovis con voz solemne.

—Por supuesto, gallardo caballero.

—¿Apagarías tú las luces antes de irte?

El calvito se llevó una mano a la cabeza y vio alejarse al gentil hombre. Miró hacia atrás, dejó la escena con una sonrisa y sin apagar luz alguna.

II

Durante los once días embarcados habíamos sido cuidadosos, evitando las costas conocidas, hasta que el mar se tornó blanco y el agua se volvió sólida. No entendía cómo podía pasar eso. Utilicé la energía de Ciempiés para usar mi conocimiento de Mago. Quise entender por qué las partículas se juntaban, cuál era la fuerza tras esa unión.

La física de las cosas tenía un orden. Había que entender a la Fuente; solo era el primer momento, la gran explosión. Volver a ella era lo mismo que aquel truco con el bloque de cemento, cuando él era solo un niño asustado. Por esos días aprendía rápido, pero cada nuevo conocimiento traía más dudas y más sombras. Había una sola opción, ser valiente, ser honesto, ser yo el día de mañana. No por mí, por Toru y porque esta locura, este sinsentido debía desaparecer, debía irse.

Las cosas no iban bien en el barco: dos marinos habían presentado fiebre alta y mareo; otros tres ya estaban poniéndose blancos, como el paisaje. Al comienzo pensaron que era una gripe o

algo como eso, pero Calamidad fue quien dio el grito de alerta.

—Oye, maguito meditante —dijo ella susurrando—, mis informantes me dicen que el agua está envenenada

—Tú no tienes informantes, eres un gato, estamos en un barco, ¿a qué estás jugando?

—A los espías. Me aburro, pero sí tengo a mis informantes: este es un barco que tiene ratones, ratones que ruegan por sus vidas cuando me los voy a comer.

—O cuando están enfermos —dije tratando de llevarla al meollo del asunto.

—Exacto.

Seguí a la gata, bajamos a la bodega. Ciempiés despertó enseguida cuando estuvimos cerca de los barriles del agua, sentí su espectro sumergirse en ella. Sacó una rata muerta del fondo.

—Linda imagen —dije.

—Apetitoso —dijo Ciempiés

—Está un poco pasadita para mí —sentenció Calamidad.

Miles de pequeñas criaturitas navegaban el líquido aparentemente transparente.

—Chicos malos —dijo Ciempiés fingiendo preocupación— es tarde, estas cositas no se irán de ahí. Supongo que se morirán todos...

—Sí, claro, pero si el maguito se muere, tú también. —Calamidad no ocultaba su desprecio por nuestro pequeño dios.

—Oh, eso es una mala cosa, ¿no? Supongo que si no se quieren morir tienen que conseguir agua y saben... estamos en medio del mar.

Strummer escuchó con atención nuestro informe. Por supuesto, omití la parte de la gata que habla con ratones, el Ciempiés en mi cabeza y todos aquellos detalles que hubiesen llevado al capitán a creer con justa razón que estaba algo loco.

Navegamos más al norte, donde los hielos son profundos y azules como el cobalto. Yahil tenía un plan: llegar hasta donde el hielo sea dulce, casi en el polo mismo.

El frío volvía aún más astuto al ya muy despierto golem. Lo que era yo, estaba congelado, lento y casi deprimido. Calamidad apenas dejaba sus habitaciones y el camino al norte parecía eterno.

Detuvimos las calderas cuando divisamos las falsas montañas polares. Según los marineros, el hielo era peligroso y traicionero. Strummer dio la orden y sus hombres nos prepararon un bote para acercarnos al hielo azul. Yahil se ofreció de voluntario, ya que no sentía frío y podía llevar una buena cantidad de hielo sin hacer realmente un esfuerzo, pero tuvimos que declinar su oferta, era demasiado pesado para el inseguro hielo, de manera que bajé yo.

Ciempiés estaba nervioso. Yo pensaba que era el polo en sí lo que le molestaba, muy pocas criaturas que pudiesen escuchar su voz, pero el amo de los insectos tenía todavía algunos secretos.

III

La nieve cubría al hielo, pero aún así era resbaloso y estábamos al menos a dos horas de la gran montaña azul. Los marinos iban probando el hielo para medir su salinidad. Yo me abstuve, ya que cualquier agua que tocase mis labios la iba a sentir dulce, así era mi nivel de insensibilidad por el frío.

Apenas podía moverme con las ropas para nieve, la visión era complicada, había sol, pero se reflejaba en el blanco. Estaba encandilado todo el tiempo, era peor que el desierto.

La montaña azul se veía pura y casi transparente de cerca. Cortamos cuantos bloques pudimos, cargamos baldes, botellas y bidones. Comenzábamos nuestro camino de regreso cuando encontré un pequeño asentamiento de exploradores. Sentí en mi cabeza la voz de Ciempiés: «Oh oh». No era un Oh oh bueno, de burla o sorpresa, era un Oh Oh malo, como de «me olvidé de algo muy importante».

Los restos eran solo un poco de madera y un pequeño letrero que rezaba: «Bienvenidos al Polo Norte, estamos trabajando para usted». Reconocí la marca de Bajo Raíz sobre aquel inerte pedazo de madera.

Los hombres de Strummer regresaron al barco, pero me quedé investigando aquella misteriosa curiosidad.

—Creo que hay algo que debemos discutir pronto... —dijo Ciempiés.

—¿Qué tan pronto? —pregunté sabiendo que venían malas noticias.

—¿Qué te parece ayer?

—¿Ayer?

—Es que ya es un poco tarde.

—¿Qué tan tarde?

—Preguntémosle a ellos —dijo obligándome a darme cuenta de que no estaba solo.

Estaba rodeado por criaturas extrañas otra vez, y en esta oportunidad no tenía una enorme mantis cadavérica para que me salvara.

Un docena de ojos amarillentos nos contemplaban. No eran exactamente lobos, eran otra cosa que yo no sabía nombrar. Su pelaje era blanco, más que eso, eran transparentes, eran criaturas de nieve y viento. Eran espíritus.

—No me digas, nos pasamos al mundo de los espíritus —dije en voz baja.

—Tal vez, pero solo un poquito —contestó Ciempiés.

—Y son espíritus enojados y hambrientos...

—Sobre todo enojados —contestó el dios Insecto bajando su voz.

—Y me imagino que contigo —dije.

—Así es.

—Y me imagino que con razón.

—Vaya qué certero estás hoy —susurró Ciempiés escondiéndose entre mis pensamientos.

Uno de los lobos lanzó una dentellada contra mí. Sus dientes no cruzaron mi carne, en vez de eso

la congelaron. Luego otro repitió la acción contra una de mis piernas. Estas mordidas afectaron también a mi voluntad y a la de Ciempiés. Solo había un tipo de poder que podía estar haciendo esto: un paladín, uno muy poderoso.

Sentí el temblor bajo mis pies. Caí de bruces, los lobos dieron un paso adelante. Pero el verdadero peligro solamente se mostró cuando estaba ahí rendido.

Una serpiente pálida, con cuernos enormes como los de un carnero, montado por un bicentenario caballero que más pertenecía a un museo que al campo de batalla.

—¡Deténganse, lobos sagrados! —gritó con furia el caballero.

—¡Gracias por eso! —Agradecí.

—No manchen sus colmillos con la sangre de esta abominación...

—Bueno, no tantas gracias por eso.

El caballero sacó una guadaña que brillaba bajo el sol eterno, me miraba con un desprecio enorme. Sin embargo, nada en él me parecía familiar. Bueno a mí, porque el silencio de Ciempiés era confesión de su culpa.

—Soy Clovis, de Bajo Raíz —dijo con gran orgullo—. No quedará nada de ti cuando haya acabado este asunto.

La serpiente bajó su cabeza y le permitió descender al caballero. Él no podía disimular un dolor de espalda que lo hacía caminar torcido, pero se repuso y me indicó con su dedo acusador.

—¡Tú, maldita criatura! ¡Tú mataste a mi hermano pequeño! Tu arruinaste su sueño de crear un templo en el gran norte.

—¿Yo? —pregunté honestamente.

—No, me refiero a esa cosa que tienes adentro, el dios Insecto, aquella vil criatura del subsuelo, el despreciable carroñero, el...

—Sí, sí, hablas de Ciempiés —dije.

—Ese mismo.

La criatura en mi interior se revolcó, tratando de escapar a mi interrogatorio, pero una vez más logró atraparlo.

—¿Mataste a su hermano? —le pregunté.

—A muchos hermanos, ¡no me acuerdo de todos! —dijo el viejo dios.

Me puse de pie como pude, sacudí la nieve de mi ropa.

—Bueno, él dice que mató a muchos hermanos, tienes que ser más específico.

Al paladín no le gustó mi tono y lanzó un golpe con su arma; el que pude esquivar por unos pocos pelos.

—¡Lo recuerdas muy bien bestia! Se llamaba Z, era joven, audaz... estaba estudiando para ser un monje de la historia.

Lanzó otro golpe, esta vez rasgó mi abrigo.

—De hecho, creo que lo he matado como siete veces —dijo Ciempiés usando mi voz— ¿o fueron ocho?

Otro golpe se lanzó sobre mí.

—¿Te burlas de mí? —preguntó el sorprendentemente veloz anciano.

—Yo no —dije.

—¡Nadie está hablando contigo! —gritaron los dos.

Lancé un conjuro para congelar sus pies, pero no lo detuvo gran tiempo, demasiada voluntad, era casi inmune a la magia.

—¡Esto es por ti, Zeta! —gritó el anciano, era su última y poderosa carga.

Tardé, el frío no me dejaba pensar, Zeta, Monje de la Historia... hmm, ¡Azkav! Calamidad le había llamado así. Zeta controla a las Zheroínas. ¡Su hermano estaba vivo! ¡Su hermano era el maldito monje loco! ¡Su hermano conocía a las Zheroínas! ¡Su hermano no me las había presentado! Si un día yo regresaba a Bajo Raíz, me prometí darle una paliza.

—¡Sí! —recordó Ciempiés—. Lo maté ocho veces, y él me mató como nueve. Pero ahora estamos los dos vivos. Claro, yo no mucho.

Sentí la electricidad del ambiente. La luna afectaba muy poco a la Magia aquí, por lo que no necesitaba al dios de los insectos. Lancé un golpe de energía bruta, pero fue más fuerte de lo que yo quería, pues se adhirió a todo lo que tuviese vida. Los lobos huyeron desprovistos, la serpiente buscó refugio bajo el agua, pero cuando no la vi salir supe que había sido mucho para ella. Clovis cayó de espaldas, trató de ponerse de pie, pero el hielo y su pesada armadura no se lo permitían.

Incorporé al anciano con cuidado, quité su yelmo. Aún respiraba. Me miró y sonrió.

—Me venciste en justa lid, abominación.

—Quisiera que dejara de llamarme así —dije a nombre de Ciempiés y mío.

El viejo perdía el conocimiento. Mi voz no lo alcanzaba, lo moví. Lo que le hice no lo había herido tanto, pero él estaba cansado. Yo debía alzarlo, tratar de curarlo. Recordé lo que hice con Rass y entré en su alma.

Era un lugar muy distinto al del poderoso mago: un pequeño campo luminoso, pero se hacía tarde, el paisaje se marchitaba, lo mismo el anciano que ahora estaba parado junto a un ciprés, y que sostenía su arma, contemplando el paisaje.

—¿Cómo llegamos acá? —preguntó, pero al cabo de unos segundos se respondió solo—: me morí, ¿verdad?

—No todavía, pero pronto no podremos seguir hablando.

—Vaya, desde aquí se puede ver la Fuente.

—Así es, la estoy usando para llegar hasta este lugar.

—Vaya, eres un niño y la encontraste, mientras yo estuve buscándola toda la vida —dijo el apesadumbrado paladín—. Parece que no éramos muy eficientes en los viejos días.

—Es que no es un lugar, no exactamente. Pero yo vine por otra cosa. Azkav... así se llama tu hermano, ¿no?

—Así es —afirmó con el poco sentido marcial que le quedaba.

—Está vivo, muy vivo... demasiado, si pensamos que conoce a las Zheroínas. Pero eso es otro tema, no me creerás, así que te mostraré.

Ciempies le regaló mis recuerdos de Azkav y también los suyos, para que se fuera con la seguridad de que incluso la enemistad más grande se puede convertir en algo más puro. Y él me regaló los suyos, su cruzada, su lucha y su búsqueda; me obsequió el rostro de quien había preparado este ataque, quien le había envenenado la memoria con la muerte de su hermano: el rostro de mi enemigo.

Uktena regresó por su amo, ella entendió y juntos se sumergieron en las aguas heladas, confiando en mí para que les llevase justicia, o al menos paz para ellos.

Las Islas de Jade

I

Tuve días para pensar en lo ocurrido pensar en aquel hombre que había sacrificado toda su vida por una promesa de honor. Pensé también en Rass. Nunca hubiese sido invadido por las fuerzas del Descreador si no fuese por su inmenso sentido del deber. Pensó en mi padre, llevando el peso de la familia, en mi hermano, ahora no solo heredero de mi padre, sino líder de una nación sin territorio. ¿Yo estaba dispuesto a jugarle la vida como ellos? Las incertidumbres me siguieron mientras sobre nosotros reinó el frío. Sin embargo, cualquier duda sobre mi propia misión desaparecía mientras el paisaje comenzaba a cambiar.

Entramos en el archipiélago de Izanami por la madrugada de nuestro vigésimo segundo día de viaje. Cruzamos el estrecho dorado, por donde el imperio no esperaba que pudiese pasar una fuerza invasora.

El sol se posaba delicadamente sobre las islas, haciéndolas brillar como el jade que se encontraba en aquellas ruinas del desierto. Cada una guardaba su propia cultura, pero todas constituían el corazón de un imperio que llevaba trescientos años dominando la región, y ahora se expandían en ambos sentidos del globo terráqueo.

La isla de Ogi es también llamada la isla de los extranjeros, solo ahí podríamos obtener permiso de muelle.

—Debemos tener cuidado —dijo Yahil mientras cargaba su morral—. Si he aprendido bien, en esta isla se encuentran todas las grandes naciones. La Puerta de Cristal tiene tantos agentes aquí como los tienen Bajo Raíz y los reinos del este. Los locales no confían en los bárbaros, y menos en tiempo de guerra.

—Solo me interesa saber dónde está Toru.

—Silencio —interrumpió Calamidad terminando nuestra conversación.

Descendimos por el tablón, bajamos la mirada y evitamos a los oficiales que no se apartaban de nosotros. La isla gozaba de una relativa independencia, lo que era una maniobra del emperador. Aquí tenía a todos los espías en un mismo lugar, vigilados no solo por sus fuerzas, sino entre ellos mismos. La desconfianza en los bárbaros estaba bien, pero sabía que los demás extranjeros desconfiaban de los otros visitantes.

Los comerciantes compraban bastante barato en esta región, mayoritariamente seda, perlas y jade. También había en menor medida un comercio con el viejo reino de oriente, ahora acosado por el emperador. Bajo Raíz se abastecía de especias, frutos exóticos y rarezas que siempre encontraban comprador. Para eso estaban aquí los Vikingos de vapor. Strummer se las arregló para hacer su acto y al mismo tiempo, hacer algo de comercio.

No dijimos adiós, eso hubiese sido sospechoso. Simplemente nos alejamos de la tripulación que había compartido nuestra odisea, buscamos un refugio para la lluvia que comenzaba a dejarse caer. El barrio de los muelles estaba lleno de criaturas de todas formas, de escudos y armaduras de muchos colores, pero esto no era Bajo Raíz. Aquí había un ojo que lo miraba todo, el Daimyo. No había que ser muy sabio para darse cuenta de que no nos atacarían frente a las demás delegaciones, pero si dábamos cualquier movimiento en falso, bueno, ese sería nuestro fin.

Entramos en un pequeño salón de té, al estilo de las islas. Yahil y yo no sentamos. Calamidad se dedicó a estirar las patas y recorrer el pueblo.

Yahil intercambió palabras con la regenta, que nos sirvió el té. Yo no entendía el idioma, ni siquiera los gestos que los locales hacían con sus cuerpos. Era un extranjero en Bajo Raíz, acá era algo así como un extraterrestre.

Una chica vestida de rojo se sentó a nuestro lado. No la esperábamos. Yahil la miró con algo de espanto, eso no estaba en sus libros y no parecía ser una costumbre de la región.

—¿Los caballeros quieren compañía? —dijo con una dudosa voz.

Le contesté con seguridad, pero tratando de no ser muy brusco.

—Déjenos solos, por favor.

—¿Para que les corten sus despreciables cabezas? —dijo una voz familiar.

Era Kenta

—Tardaron mucho —dijo—. Bueno, esta es la parte donde ustedes me siguen bien callados, ¿estamos claros?

—¿Cómo llegaste antes que nosotros? —dijo Yahil molesto.

—Silencio cabeza de granito —intervino Kenta—, es hora de moverse.

Nuestro compañero se había tomado muchas molestias para no ser visto, no íbamos a ser nosotros quienes delatásemos su disfraz.

Las cosas iban a ser más complicadas de lo que yo podía haber previsto. Si Kenta nos había encontrado, cualquier otro podría haberlo hecho.

Caminamos hasta una trastienda. Ahí tenía preparado nuestro disfraz. Me quité mi ropa de beduino y se me puso algo así como un pijama. Kenta no quiso explicar demasiado, solo me pasó una cadena con la cual debía tirar a Yahil. Pintó un signo rojo en la frente del golem que realmente se sentía humillado.

Kenta también cambió su disfraz; puso sobre sí un kimono azul marino y una venda del mismo color sobre sus ojos. Calamidad nos miraba desde una ventana, algo envidiosa de no poder disfrazarse.

—¿Por qué nos ayudas? —pregunté.

—Por un lado, porque te lo debo y lo sabes bien. Aun así sé que llegarías por tus propios medios, pero hay alguien del cual yo mismo debo hacerme cargo, antes de que tú lo hagas.

No le contesté. Ciempiés estaba nervioso y sentía a Toru aunque estuviésemos a cientos de kilómetros de ella. No estaba muy seguro de qué pasaría cuando los dos dioses estuviesen juntos, pero lo estarían más temprano que tarde.

Kenta iba a disfrutar este tiempo de superioridad sobre mí y siguió con sus instrucciones.

—Abordaremos un transbordador en quince minutos. Mi nombre ahora es amo Yamashida, tú eres mi esclavo y esta es mi bestia. La he comprado en el mercado y volvemos a casa. ¿Omar?

—Dime.

—No seas tú mismo.

Dijo esto y partimos. Ya me arreglaría con él más adelante; por el momento debía mantener mi boca cerrada.

II

Sobre el transbordador las noticias viajaban rápido para quien estuviese dispuesto a oír las y pocos eran mejor escuchando que Kenta. Era día de celebración: Zhu Di, un general rebelde de las colonias, se había rendido al nuevo emperador y se había exiliado en el continente del este. Las personas en el transbordador vestían de guirnaldas, fingían alegría, pero lo que tenían era alivio. Habían visto la guerra de cerca, vieron sus ciudades transformarse en campos de batallas; ahora que los generales del emperador habían llevado la guerra más allá de sus fronteras se

sentían a salvo, era una sanación pasajera y mezquina.

Nuestro amigo, el asesino, conservó su disfraz y viajó en un cómodo asiento. Yo sostenía la sombrilla que le protegía de la lluvia que aún caía. Yahil, en cambio, viajaba con los animales. Si alguien se le acercaba mucho simplemente le gruñía, eso bastaba para acabar con cualquier curiosidad.

Cuando llegamos a la isla pude ver el daño que había hecho la guerra. Toru me había hablado de la ciudad sin murallas, capital del imperio. Las casas de papel y madera, las torres de los sabios, los monasterios donde reinaba la paz. También me habló de la guerra, pero jamás lo imaginé así. Todo parecía vestido de una sombra gris chamuscado. La guerra de los hermanos había sido la primera que ocurría frente a los ciudadanos.

—Los estados imperiales se encuentran más al sur —dijo Kenta—. El emperador no vive en la capital; todos los caminos están cerrados, hay demasiados rebeldes escondidos entre los civiles.

Los soldados recorrían la ciudad no para proteger a sus habitantes, sino porque estaban buscando enemigos de la corona. La verdad era que el viejo emperador aún tenía hombres leales que se refugiaban en el campo; seguramente si los encontráramos a ellos, daríamos con Toru.

Algo se movía inquieto dentro de mí. Ciempiés luchaba por contenerse, pero finalmente no logró hacerlo.



—¡Están cerca! —grita Ciempiés en mi cabeza—. ¡Los que me quitaron!

—¿Quiénes?

—Los insectos que me quitaron —dijo derramando desesperación—. Escucho sus voces, están furiosos, los han contenido por meses en lugares oscuros, pasillos helados. Tienen miedo a lo que vive ahí abajo, lo que las sombras contienen.

—¿Qué es eso?

—Tú lo sabes, Mago. Le temen a Heng-O, a la luna negra. La tienen encerrada, puedo sentirla, pero no puedo localizar la fuente de su fuerza. Es como si estuviese en todas partes.

Entonces lo entendí, buscaríamos a Toru por toda la nación, incluso si es que había que buscarla bajo ella.

Encontramos una posada que se veía tan confiable como las monedas de plata que había que pagar para quedarnos en ella.

Yo no podía dejar de pensar en la chica del jardín de lotos. Ya faltaba poco para encontrarla, faltaba poco para abrazar a quien había venido a buscar, pero me sentía nervioso, asustado. Mi sorpresa era que por primera vez en mi vida temía y amaba a la misma persona.

III

Kenta aún recordaba detalle por detalle los días de su entrenamiento. Tenía solo cinco años cuando los hombres del emperador se lo llevaron

al templo de las mariposas. Ahí severos maestros le dijeron claramente que su destino era matar a otros hombres, eso o ser un mendigo más en las calles de la capital.

Recuerda callejones oscuros, angostos, por donde los asesinos corrían. Ellos tenían visión y aun así chocaban con las paredes; él no podía permitirse torpezas. Ya a los nueve años manejaba las distancias de memoria. Sus zapatos eran delgados, porque le gustaba sentir el suelo. Ya a los doce podía saber en qué parte del imperio estaba con solo sentir el suelo; a los catorce venció a su primer enemigo en duelo singular. Era un chico de las colonias, de nombre Huizhong, bueno con las Kamas. El ritual era así, debían pelear por quién se graduaría de asesino ese año. No era un duelo a muerte³⁴; sin embargo, ocurrían accidentes. Huizhong era más veloz y veía bastante bien; Kenta, en cambio, no había desarrollado aún toda su velocidad, era ciego y le tenía miedo a las armas. La batalla fue corta. El chico de las colonias lanzó un golpe paralizante, de aquellos que buscan dejar a la víctima viva por unos segundos para que se entere de lo que pasa. Kenta sabía de intenciones; eso no era jugar limpio, entonces él tampoco lo haría.

Se movió rápido, pero solo unos pocos centímetros. Se dio cuenta de que su oponente era realmente malo doblando su espalda, le dolía por

³⁴ Por más duro que sea el entrenamiento, era de idiotas desperdiciar asesinos de esa manera.

culpa de una mala postura a la hora de hacer ejercicios. Así es que lo cansó de esa manera, lo que hizo explotar la energía mal acumulada en la baja columna. Lo golpeó con un codazo y lo lanzó contra un muro. No midió su fuerza, había lastimado mucho a Huizhong, tanto que este jamás volvió a levantarse después de eso. Kenta había sido aprobado con honores: era astuto y frío.

La verdad es que él lamentaba haberse graduado de esa forma. Nunca más vio a su rival ni supo cómo encontrarlo. Los maestros se aseguraban de que eso fuese así. El emperador comenzó la guerra con su hermano y lo escogió a él como su asesino personal. Lo mandó a detener la sombra antes de que esta contaminara a la nueva encarnación de Heng-O, pero fracasó.

Todas las noches sueña con esos dos grandes fracasos, todas las noches sueña con la venganza y con el triunfo del honor. Ciempiés algunas veces me transmite esos sueños y esas memorias, no son las únicas que vienen y van. Con el tiempo llegué a agradecer no tener sueños propios, así dejo espacio a los ajenos.

Calamidad fue la primera en despertar aquella madrugada. Primero sintió el golpeo contra la puerta, culpó al viento. Luego se dio cuenta de que a esa hora debería estar el sol afuera, su reloj

felino jamás fallaba tanto. Abrió la ventana y lo supo, pero no pudo decirlo, de manera que lo gritó.

Yahil dio un salto tan grande que su cabeza terminó en el piso superior, donde vio como una joven bailarina se daba su baño matutino. Eso sumó un nuevo grito a la ya histérica mañana. Luego llegó el grito de la posadera, el grito de la vecina.

—¿Qué es esto? —preguntó el asesino—.
¿Sinfonía de gritos?

Yo asomé mi cabeza.

—Si quieres yo puedo gritar por ti —dije.

—¿Tan malo es? —preguntó Kenta tomando su espada.

—Peor.

Eran miles de insectos, tal como lo había anunciado Ciempiés. Volaban y cubrían todo el cielo de la mañana, alargando la noche. Las innumerables langostas chocaban contra las casas de material ligero, perforando muros y ventanas. No escapaban, no avanzaban, solo destruían. Kenta ayudó a las personas más asustadas, mientras Yahil y yo salimos a tratar de detenerlos. Sin embargo, las casas comenzaban a desarmarse por la presión de las criaturas que se arrojaban incansablemente contra ellas.

—Sabe que estoy acá —dijo Ciempiés—. Tenemos que salir de aquí, ¡ahora!

—Pero tenemos que ayudar a la gente...

—¡Omar, ella nos destruirá!

Usé el poder de Ciempiés para atraer a los insectos hacia mí, pero no tenía la suficiente energía para manejar a tantos al mismo tiempo. Así que saqué mi espada y traté de abrirme paso en la nube de pequeñas criaturas que me rodeaban.

Corrí tan rápido como pude, debía salir del pueblo, distraer el ataque o al menos separar al enemigo. Se estaban respondiéndome algunas de mis preguntas. ¿Quería saber que pasaría cuando los dioses se encontraran? Bueno, mi respuesta estaba ahí, pero era de madrugada. ¿Por qué no me había atacado por la noche?

—¿No te has dado cuenta? —preguntó Ciempiés—. Tú me has cambiado, todo el tiempo has evitado que machaque a nuestros enemigos. Heng-O está en su casa más oscura y es utilizada por la sombra. Debería estar arrasándolo todo, pero eso no está pasando. Toru la retiene, al menos hace lo que puede. Toru está viva, Omar. Todavía hay esperanza.

Estaba separado del grupo y no podía ver más allá de mis manos; caí sobre mis rodillas. El ataque era fuerte, pude haber caído, haberme quedado esperando el rescate de mis amigos, pero esa era mi pelea. Yo los había arrastrado a una aventura y habían respondido con valentía cada uno de ellos, incluso aquellos que apenas había conocido. Agradezco su regalo. Si aún iban a jugar un papel en esta historia, lo iban a encontrar, pero debía de seguir solo. Y eso fue lo que hice.

IV

Los insectos detuvieron su ataque; que solo duró quince minutos, pero había sido tiempo suficiente para sembrar el horror. Yahil salió de la osada con dificultad y, sobre él Calamidad. Ella no soportó la idea de caminar por sobre los miles de cadáveres que habían quedado tirados por toda la calle. De todos, Kenta era el que había resultado más afectado. Sus pies eran su herramienta más importante, ya que con ellos percibía vibraciones, encontraba direcciones y se ubicaba en el imperio. En esos momentos sentía que estaba caminando sobre galletas, unas especialmente crujientes y asquerosillas.

—¿Omar? —preguntó Yahil, impaciente.

—Hizo lo que yo hubiese hecho en su lugar —contestó seriamente Kenta.

—¿Actuar como un gran pelmazo arrogante? —interrumpió Calamidad.

—Eso, pero también alejó el peligro de la ciudad y de nosotros.

—Fue por Toru —sentenció Yahil—. ¿Qué haremos nosotros?

—Omar nunca ha sido muy rápido, así que comencemos a andar, puede que lleguemos pronto —dijo Calamidad y, como si fuese un mandato, todos echaron a andar.

Los Hijos de Ōko eran el grupo de generales consejeros del emperador anterior. Estaba conformado de cuatro generales ligados a las fuerzas vitales de las islas, uno de los cuales había sido entrenado en Bajo Raíz, directamente por el mismo Rass. Era un conjurador poderoso, pero cuando llegaron las lunas que privaron a los seres mágicos de sus poderes, él suplió su poder con joyas y talismanes, como lo hacían los brujos. No era lo mismo, pero bastaba para conseguir tres talentos: uno, el poder de volar; dos, el poder ser invisible a los poderes del emperador, y tres, saber el contenido calórico de los alimentos³⁵. Era conocido como Ipi y no era exactamente lo que llamamos un humano. De hecho, el término para él resultaría algo insultante. Se han conocido cientos de apariencias, algunas humildes, como una ranita de río, otras grandiosas como un hombre cuervo.

Desde que el nuevo emperador tomó el poder, Ipi coordinaba todo desde el fondo de un lago de agua salada donde vivía con la forma que le queda más cómoda. La de un ser cornudo con cuerpo de león, piel de pez y cuernos de ciervo. Se le ha llamado Kirin por algunos, sabio por otros, pero él se considera simplemente Ipi, el general.

Kenta llegó al lago acompañado de la curiosa gata negra que no había dejado de hablar

³⁵ Esto es muy útil no solo para conservar la figura, sino también para distinguir a aquellos que tienden a hacer combustión y pueden transformarse en un montón de carbón.

durante casi todo el camino y de Yahil, que ya había borrado la letra que lo identificaba como un Oni. Después del ataque de la mañana, ya nadie se asombraría con aquel hombre de piedra. El asesino se arrodilló frente al lago y sin levantar la cabeza pronunció el nombre del convocado capitán.

—Ipi.

Nada pasó, miró a sus compañeros.

—¿No piensan ayudar?

Yahil se sorprendió de la petición, pero había estudiado la cultura lo suficiente como para entender que ese tipo de cosas eran importantes en ese lugar, en ese preciso tiempo. Pronunciaron juntos el breve nombre y solamente entonces de las aguas salió la criatura. Era imponente, aún más que en sus representaciones artísticas. Quitó un poco de agua de su pelaje, al menos de aquella parte que no era propiamente un pez.

—Kenta—dijo el general, los rumores sobre tu muerte fueron apresurados.

—Así es, aún vivo.

—Tú, entre pocos, eres bienvenido.

En medio del lago se abrió una ventana seca. Para llegar a ella debía caminar por un sendero de piedras que amenazaba con cerrarse y sepultarlos bajo el agua a todos de una buena vez. Sin embargo, eso no ocurrió y entraron en la cueva artificial, donde encontraron una gran instalación. Parecía haber sido un búnker de algún tipo, no había soldados ni

resistencia. De hecho, no parecía haber nada, hasta que la misma sombra comenzó a hablar.

—Este es un lugar sagrado —dijo la criatura—, aquí el emperador no puede oírnos.

—Eso es bueno —dijo Calamidad—, desde que puse un pie en estas islas siento que siempre me están mirando.

El Kirin comenzó a transformarse en un humano. Su barba era negra y larga, igual su cabello. Solo su piel era dorada, y sus ojos brillaban con la intensidad de dos velas en la noche.

—¿Qué hacen el día de hoy parados en mi morada?

—No es muy acogedora, ¿verdad? —dijo Calamidad como para sí misma.

Ipi se aproximó hasta Kenta, puso una mano sobre sus hombros.

—Vengo a pedirle su favor maestro —dijo el ciego asesino—, que reasuma su lucha por el imperio, que nos apoye en esta campaña final.

—No soy tu maestro —dijo Ipi, el Kirin que no podía esconder su tristeza—, solo soy un viejo general sin un ejército que lo siga.

—La gente de la capital lo seguiría a donde usted fuese.

—No son soldados. ¿Los sacrificarías a nombre de tu causa?

Yahil se adelantó.

—Quizás eso no sea necesario. Omar ha partido rumbo al sur, debemos apoyarlo... Y si me

permite, darle una manito con una estrategia para evitar que más gente salga lastimada.

El general hizo una pausa. Luego, sin que pudiese evitarlo, dibujó una sonrisa.

—Una criatura de piedra me pide que vuelva a la vida —dijo caminando hacia la salida de su cuartel—. Dejen que les hable de por qué estoy encerrado en esta prisión. Los generales juramos lealtad al imperio. Cuatro éramos, pero el edecán del emperador, un hombre pequeño de extraños ojos, nos ordenó marchar a cada uno de nosotros contra un objetivo: Ryu, el dragón, debía marchar contra las islas vecinas; Zhu Di, el rinoceronte, contra las ciudades de tierra firme; Kappa, rey de las aguas dulces, controlaría a los rebeldes interinos, y yo debía ir contra Bajo Raíz.

Hizo una pausa para salir de su cuartel, respiró profundo y volvió a mirar al extraño grupo que había tocado su puerta.

—No nos hablaba el emperador directamente —continuó—, nos hablaba esa criatura. Yo tardé en notarlo, pero lo que llevaba por dentro no era humano, era una sombra... era una cosa que parecía corromperlo todo.

—Un contador —sentenció Calamidad.

Ipi movió la cabeza afirmando, luego miró al asesino.

—Ryu fue el primero en notarlo. El dragón celeste se marchó no queriendo saber más de los hombres y sus razones para matarse los unos a

otros. Zhu Di se rebeló y, como ya sabrán por el rostro de los ciudadanos, ha sido derrotado. En tanto Kappa sigue leal, no sé si al emperador o a esa sombra que acecha sobre nosotros, lo que Ryu llamó el Descreador. Traicioné a mis votos con el emperador y ahora estoy aquí, escondido, esperando por una señal.

El sol de la mañana se posó sobre aquella criatura que jugaba a ser una persona.

—Si ustedes quieren mi ayuda, la tienen, pero les debo pedir una sola cosa.

—¿Qué sería? —contestó Kenta.

—Dejen que hable yo, ¿bien? Un gato parlante, una muralla sabionda y un asesino ciego, ¿qué pensaban hacer si yo les decía que no?

El grupo hizo un gran silencio.

—Eso pensaba y ahora díganme ¿dónde está el Mago del desierto? Es él quien los ha traído hasta este punto, ¿no es así?

—Ya está en camino —contestó Kenta.

—Fue sabio al no esperarlos —dijo el general con algo de sarcasmo—, jesta es la carga de los despreciados!

—Eso no sonó especialmente bien —dijo indignado Yahil.

—Al menos seguimos sonando —sentenció Calamidad.

V

La cámara del emperador estaba vacía y así había sido desde hace un par de meses. El olor a incienso traído del continente ocultaba el amargo olor que se había respirado ahí mismo. Algunos llaman a ese aroma la "proximidad de la muerte", pero la verdad es otra. Nadie venía a este cuarto porque recordaban que el imperio ya no tenía a su gobernador legítimo. La proximidad de la sombra hacía que hasta el mismo aire fuese tímido en ese lugar.

La vida, sin embargo, continuaba en el palacio, mucho más abajo. Aquel hombre pequeño, con el tatuaje de serpiente sobre su gran calva, se pasea inquieto entre los salones inferiores, donde antes Toru solía pasar corriendo, jugando y soñando con aquel lugar mágico llamado Bajo Raíz. Él no soñaba nada, ni nada realmente ambicionaba, no solo porque estaba poseído por un ser incapaz de hacerlo, sino porque aquello que siempre había querido lo tenía ahora a su alcance.

Se contempló al espejo y vio sus facciones, su porte. Sonrió.

—Se burlaban de ti —dijo en voz alta—. Eras más inteligente que la mayoría, pero decían que no tenías capacidad para gobernar. No vengo de sangre real, no he realizado proezas militares... y aquí estoy, con un imperio en mis manos.

Tras él surgió aquella cosa que vivía dentro suyo, el contador. Tenía una apariencia negruzca y fría, flotando a su espalda. Él sabía que solo era

una ilusión, que esta era una situación que sólo se estaba dando en su mente.

—Nos alegra que estés así de contento —dijo aquella cosa.

—Sí, sí, no estaba diciendo que este fuese mi triunfo, es nuestro triunfo.

—A los contadores no nos interesan esas cosas, pero qué bueno que haces esa aclaración. A mí amo le gustará mucho escuchar eso. Es bueno encontrar colaboradores voluntarios como tú, que saben que la creación, tal como está, es un error, llena de fallas de cálculo. Cosas que sobran, cosas que nunca debieron haber nacido.

—Es un placer —dijo el pequeño hombre algo nervioso.

—Hemos perdido a un hermano, fue un descuido, un dolor que no volverá a pasar. Poseer a ese mago fue un error; subestimamos el poder de esos "desviantes".

—¿Desviantes?

—Las anomalías, las criaturas que no deben ser —sentenció el contador.

La verdad es que él no entendía mucho eso de los universos perfectos, de las cosas que sobran. Él era un emprendedor, había visto una oportunidad y la había tomado. Sabía que estas criaturas podrían ser un problema algún día, pero eventualmente tendría una estrategia para lidiar con ellas. Por ahora seguiría el plan; la luna en su estado más oscuro hacía que las criaturas mágicas perdieran su

poder, eso facilitaba cualquier ataque. En primer lugar, los reinos de Oriente y, luego, Bajo Raíz. Quizás después podría ir contra la Puerta de Cristal o la casa de los no muertos, pero algo le decía que sus nuevos amos tenían negocios mucho más importantes con los gobernantes del Polo Sur.

—Sentimos un peligro venir desde la capital —dijo el contador.

—¿Rebeldes? —preguntó el pequeño edecán realmente sorprendido—, ya los hemos aplastado a todos, hasta al último de ellos.

—Mientras haya desviantes, siempre habrá rebelión. Debemos eliminarlos a todos. Pero no es lo único que siento venir, es la aberración, Ciempiés. Ha encontrado el río verde, lo está siguiendo, tarde o temprano llegará a nosotros.

—¿Cuántas veces tengo que matarlo?

—Las que sean necesarias. Si saca a la luna de su estado, adiós a tus planes, y lo que es peor, adiós a nuestros planes.

Él entendió de inmediato. Tanto tiempo al servicio de señores feudales, monarcas despóticos y otros tantos tiranos le permitía reconocer cuando estaban ofreciéndole la posibilidad de desquitarse de un fracaso con su propia aniquilación.

Caminó hasta la sala de los generales donde donde hizo un llamado. Por supuesto el único que entró fue Kappa. Su apariencia nunca le había parecido del todo agradable. Provenía de una línea de pequeños humanoides con aspecto de

rana, pero del tamaño de un niño de cinco años. Su cara parecía de tortuga y portaba una caparazón en la espalda. Sus extremidades imitaban a los de un batracio, pero lo más interesante de los miembros de la familia kappa es que tienen una especie de calva en la cima de sus cabezas que está llena de agua y rodeada de pelo. La verdad es que a pesar de su aspecto, el general era muy poderoso y toda su energía viene del agua que tiene en su cabeza. Los contadores lo despreciaban, pues era un desviante tal como su enemigo, pero ahora resultaba especialmente útil. Debía ser usado para la causa.

—Tengo una misión delicada para ti —dijo el contador usando la voz del calvo.

—Habla —dijo el desafiante Kappa.

—Necesito que acabes con una molestia que está sufriendo nuestro amado emperador.

—Pensé que nuestro emperador estaba más allá de las molestias.

—¿Qué insinúa, general? —dijo el edecán.

—Nada —dijo el general tratando de bajar su nivel de sarcasmo—, ¿qué debo hacer?

—Eliminar a un agente extranjero. Está sufriendo por el río verde y muy pronto llegará hasta nosotros. No le permitas hacerlo.

Kappa asintió y se retiró.

—Anota algo —dijo el contador a su esclavo— si es que él sobrevive a esta misión, debes eliminarlo de inmediato.

El consejero imperial anotó obedientemente.

VI

Llevaba día y medio siguiendo el río verde que cruzaba la isla con sentido suroeste. Pero mi verdadera guía era la energía de Heng-O, la que se hacía cada vez más fuerte conforme me acercaba a la Ciudad Imperial. La verdad es que Ciempiés, al igual que yo, era nuevo en estas tierras, pero la visión de su luz estaba tan clara que casi la podía tocar. La veía incluso con los ojos cerrados, brillando en las sombras que parecían comerse todo.

Este era para mí un viaje alimentado por el amor a Toru, pero había visto lo que la falta de la luna estaba haciéndole al mundo. Ya no podía pensar solo en nosotros, sobre mí viajaban muchas personas, viajaban muchas esperanzas.

A pesar de la energía que me daba Ciempiés, mi cuerpo estaba agotado. No había comido y tampoco había atendido las heridas que me habían hecho los insectos durante aquel ataque en la capital.

Me detuve a un costado del río y observé por un rato sus aguas corriendo, como jade líquido brillando bajo el sol. Ciempiés mantuvo su silencio durante todo el camino; lo comprendo, yo mismo no era capaz de decir una palabra. Observé el flujo hipnótico del agua hasta que me quedé dormido.

Mis sueños o, mejor dicho, los de Ciempiés, me llevaron nuevamente a la figura de la criatura oscura, de Descreador. ¿Cuánta podía ser su hambre? Lo veía conquistando distintas visiones de la Tierra,

donde las criaturas como yo ya no existen más que en la leyendas. Donde para contar una buena historia hay que decir mentiras. No, esa cosa no solo quería destruirnos si no que quería aniquilar eso que brilla en todas las cosas. Rass me lo había explicado bien, pero solo en los sueños del viejo dios podía sentir el dolor del universo cuando le quitaban sus creaciones. Ahora era la luna misma la que se despedía del cielo. Era la misma tierra la que gritaba, y ese grito se escuchaba en cada rincón de la creación, todos los dioses lo sentían. El Descreador era feliz.

Desperté con mi cuello atado a un árbol, mi disfraz desgarrado, y mi espada lejos de su cinto. No podía moverme, habían amarrado mis manos a mi espalda, no con una cuerda, sino algo como nácar. No podía conjurar, ni usar ningún truco, tenía que reconocer que mi captor era astuto.

Transcurrieron una, dos, tres horas. La tarde comenzó a refrescar, yo estaba débil, incapaz de concebir un plan, y alguien estaba disfrutando mi agonía desde la distancia. Algún tipo de toxina había afectado a mi cuerpo que era recorrido por un hormigueo que tampoco me dejaba concentrarme o tratar de comunicarme con Ciempiés. Llegó la noche, me congelaba. Siento una risita que proviene de los matorrales.

—Vamos, me tienes, ¿no quieres ver cómo está tu presa?

—¿Crees que soy tonto? —dijo—. Cuando esté a tu lado usarás alguno de esos bellos poderes tuyos; no te dejaré enfocarme.

Sentí una carrera, luego otra tras de mí. El tipo era bueno, mejor que eso, era un cazador acostumbrado a lidiar con presas como yo. No iba a tener una oportunidad a menos que sacara el veneno de mi sangre.

—Muchos te temen. —dice mi atacante proyectando su voz—. Eres grande, fuerte.

¿Grande? ¿Fuerte? ¿Qué clase de ser podía verme de esa manera?

La noche llegó. Hice lo posible para no dormirme, pues estaba seguro de que ese podía ser mi último sueño.

—¡No tengo nada contra ti! —grité a la nada—. Si me dejas ir, no haré nada en tu contra.

—Eso dicen todos los altos.

—Vamos, yo no soy un "alto".

—Eres más grande que yo, con eso basta para transformarte en un alto.

Ese acercamiento no iba a funcionar, eso estaba claro.

—Al menos dime quién eres —dije buscando otro ángulo.

—Dijiste quién y no qué. Vaya, eso es un avance. Eres un tipo especial, ¿sabes? Pero si quieres saber qué o quién soy, tendrás que descubrirlo solo.

Durante nuestras tardes juntos, Toru me había contado muchas historias sobre las criaturas de esta tierra. No podía ser un Tengu, yo ya no estaría vivo. Ni es un Oni, ya lo hubiese visto. Estaba cerca del agua, había una sola cosa que amaba el agua y tenía este temperamento sádico infantil. No eran realmente malignos, pero tenían poco respeto por la vida de los humanos.

—Eres un kappa...

Se hizo un silencio, luego los matorrales se movieron quedando al descubierto una criatura pequeña. Yo no había visto nada como él, pero estaba seguro de que en Bajo Raíz hubiese pasado desapercibido. Bueno, ¿quién notaba a una pequeña ranita parlante cuando había ranas de dos metros que se postulaban al Consejo de la Ciudad?

—No soy un kappa, soy EL KAPPA, el general Kappa, el líder de mi clan.

—Entiendo, un gusto, soy Omar, el mago del desierto...

—¿El mago de dónde?

—Ah, es una tontería a la que me he acostumbrado, me llaman Mago del desierto.

—¿Qué es un desierto?

—Bueno, creo que no has salido mucho de las islas, ¿no?

—Nunca —dijo con orgullo.

—Ya veo —dije con tono de profesor—. Mira, un desierto... vaya es complicado. Verás, imagina extremos de tierra sin agua, sin lluvia

alguna, secos, solo tierra, rocas y polvo. Imagina mucha arena.

—Vaya, de verdad que es complicado de imaginar. ¿Cómo viven los kappa ahí?

—No hay kappas en el desierto.

—Eso es aún más difícil de imaginar —dijo mirando al cielo.

Kappa se acercó a mí y cortó mis ligaduras.

—¿Por qué haces eso?

—Lo que me cuentas es tan increíble que es verdad o estás completamente loco —dijo endulzando su rostro—. Creo que sé quién eres, eres el amor de mi niña Toru. Y bueno si estás loco, yo no mato locos, da mala suerte.

—¿Conoces a Toru?

—Lo hacía, o solía hacerlo. Lo que está ahí abajo no es Toru. Por eso, ten cuidado de proteger bien tu corazón.

—Entiendo —mentí, yo no podía comprender ese punto.

—Mira —dijo—, yo me quedé con el nuevo emperador solo para cuidar a la niña, ya que se lo había prometido a su verdadera madre hace muchos años. Ella acudió a los kappa en busca de ayuda y yo di mi promesa.

Kappa dio una mirada a mis heridas.

—Te llevaré con los monjes, ellos atenderán tus lesiones; por la mañana te mostraré cómo llegar al castillo. Hasta ahí puedo ayudarte.

Las fuerzas del general Ipi se concentraron en la ciudad. En su gran mayoría eran civiles que estaban cansados, agotados de que los hombres de armadura pasaran sobre sus cabezas, destruyeran, quemaran o robaran sus campos y gente que simplemente no veía legitimidad en el nuevo monarca. El grupo marchó al sur liderado por el Kirin en su verdadera forma, lo que le permitió ganar aceptación en una sociedad muy poco acostumbrada a quitarse la máscara. Marcharon casi sin enfrentamientos por el camino imperial, hasta que llegaron a la capitania de Churo, donde un grupo de mercenarios había creado una barricada usando los restos del viejo pueblo que ahí se levantaba.

Kenta se alejó del grupo de soldados; demasiada gente anulaba su capacidad auditiva, sin la cual quedaba realmente ciego. Contó al menos sesenta mercenarios, y aunque ellos eran más, se trataba de hombres y mujeres sin entrenamiento, gente de paz que simplemente había sido maltratada.

Muchos podían salir heridos, el general lo sabía. Yahil miró al asesino y comprendió lo que debía hacerse. Dio un paso adelante, a la línea de fuego. Kenta se le unió y ambos quedaron frente a frente.

—¿Estás seguro? —preguntó el golem.
—¡Claro que no!

Caminamos a través de un estrecho corredor entre árboles de bambú. El monasterio no era gran cosa, había sido quemado y arrasado por los soldados. Lo que ahora veía era un reflejo de los buenos tiempos. Kappa me presentó a los monjes, ellos reaccionaron con una gran sonrisa. Claro, tuve que explicar durante dos horas lo que era un desierto, cómo era la vida en este, luego cómo era Bajo Raíz y si ahí la ropa era linda o no. Había encontrado una cama³⁶ y una mano amiga.

³⁶ Bueno, una manta y una almohada a veintitrés milímetros del suelo, pero cuenta como cama.

—Que bueno, yo tampoco.

—Hazme un favor —dijo el asesino acomodando sus espadas—. Si no salimos de esta, dile a Omar que aún no me simpatiza.

—Tendrás que decirlo tú mismo, porque vamos a triunfar.

Calamidad se puso junto a ellos, se lamió una pata. Miró al frente.

—¿Y tú? Omar dijo que no podías intervenir —dijo Yahil aún sorprendido con la presencia del felino.

—No puedo, pero dejemos esto registrado como motivo de fuerza mayor, ¿les parece?

Ambos chicos asintieron. Uno de los merenarios salió adelante. Vestía de negro y cubría sus articulaciones con una cota de malla. Sobre su mano derecha llevaba una lanza larga, que culminaba en una gigantesca hoja.

—¿Qué demonios son ustedes? —dijo con un acento que lo delataba como un no muerto de la Puerta de Cristal.

—Creo que eso ya está muy claro —dijo Yahil y se lanzó sobre su enemigo—, somos los tipos buenos. La batalla había comenzado.

II

Los monjes me ayudaron a encontrar mi camino, recuperaré mi espada y mi ropa de nómada. Si es que iba a enfrentar a un enemigo como el que yo creía, mejor sería parecer exactamente lo que

era: el mago del desierto. Kappa ofreció su compañía, pero liberé su honor. Le expliqué que pronto mis amigos nos alcanzarían y que jamás triunfarían sin su ayuda. La pequeña criatura se molestó al comienzo, pero luego accedió.

Respiré profundo, con mariposas de miedo bailando frenéticamente en mi estómago. ¿Era yo un héroe? ¿No se vería mejor otro en esta posición? ¿Por qué dudaba ahora?

Encontré la puerta del palacio abierta, me esperaban. A la distancia, Ciempiés pudo escuchar gritos de combate. Solo esperaba que mis amigos estuviesen bien, pero a esa altura solo podía confiar. Cruzé el portal, mis manos temblaban, no era solo miedo, era Ciempiés que ardía impaciente. Seguía silencioso, pero solamente porque estaba atento a lo que nos rodeaba. Entonces de pronto, gritó.

—¡Cuidado!

Sentí la enorme espada pasar tras mi espalda, despojándome de mi pequeño morral. Era una criatura de siete metros de alto. Aunque yo estaba equivocado, no era una criatura, era una manifestación del poder de Heng-O, era la luna de la ira encarnada y ahora lanzaba otro ataque.

Su rostro estaba cubierto con una máscara metálica. Solo sus ojos blancos hacían intuir que aquella cosa podía ser un humanoide. Concentré mi energía en mis manos y creé un pequeño temblor que lo hizo perder el equilibrio, pero se sostuvo bien a pesar de su tamaño. Lanzó otro golpe, pero logré esquivarlo con un poco de suerte.

Era un enemigo enorme, sin duda, y poderoso, pero no se veía más complejo de vencer que aquel veterano caballero. Si concentraba el mismo tipo de poder podía destruirlo. La pregunta es ¿por qué no lo hacía? La respuesta no se me hizo obvia hasta que Ciempiés me la mostró.

—¡Concéntrate, caramba! —dijo golpeando mi cabeza por dentro.

Él tenía razón, estaba tan asustado que se me estaba escapando lo obvio, cosas que sabía incluso antes de conocer al viejo dios de los bichos. Esquivé otro golpe, pero esta vez pude notarlo. Era una máquina de voluntad, lo que quería decir que lo tripulaba un paladín o alguien capaz de tal proeza. Usé mi propia voluntad para crear una onda que nos separara. Ambos caímos de espaldas, pero yo pesaba treinta y dos kilos. Él, en cambio, tenía que ordenar al menos una tonelada de metal. Aún así, aquella cosa se levantó, su espada se encendió con el fuego pálido de la luna. Sí, ella estaba llegando a su pleno y los hombres comenzaban a ser irremediablemente corrompidos por su poder.

Detuve su siguiente golpe con mi espada. Esta vez pude proyectar más voluntad y pude resistir su embate a pesar de la notable diferencia de tamaño. Comenzó a girar como un trompo. El viento se volvió cortante, y comenzó a hacer pequeños cortes sobre mi piel.

Mantuve mi distancia y mandé a un ejército de avispas a estrellarse contra la armadura. No me

sentí bien al pedirles ese sacrificio, pero me ayudó a detener su infernal movimiento.

Ya había combatido demasiado, había visto la guerra y las extrañas razones que hacían que dos hombres se mataran. No podía seguir en eso, de manera que me decidí a cortar ese combate lo más rápido posible. Salté sobre aquella máquina antes de que pudiese pensar su segundo movimiento. Corté la hojalata, pero como estaba viva, se curó a sí misma. Me tomé de los pies y me arrojé contra una pileta donde dos peces dorados sufrieron el susto de sus vidas.

—¡Cambia de enfoque! —gritó Ciempiés.

Tenía razón. Así jamás podría con esta cosa, solo combatiría eternamente. Entonces dejé que mi instinto mandara. Solo me escuché y arrojé mi espada con toda mi fuerza.

—¡Este es tu enfoque?! ¡Estamos perdidos! —chilló el amo de los insectos.

La criatura se detuvo, no podía verme. Entonces lo comprendí: era un ser reactivo, la ira de la diosa respondía a la ira del hombre y yo no estaba enojado; no ahora.

Ordené a los insectos de Ciempiés, especialmente aquellos que el ojo no ve, que corrompieran aquella armadura, entonces yo repetí aquel viejo truco de la escuela. Me concentré en aquel exoqueleto y lo mandé trescientos años en el futuro, luego lo hice regresar. Ya no quedaba mucho de la armadura. Entonces, pude ver a su piloto: era solo

un anciano asustado, con ojos brillosos que me miraban sin entender demasiado lo que sucedía. Era el emperador, el padre de Toru.

Anulé cualquier voluntad de Heng-O sobre él. No fue sencillo interferir con la voluntad de una diosa, pues era como tratar de cortar una cadena usando una esponja. Pero el hombre ayudó porque quería salir de ahí, de ese dominio cómodo en que estaba. Me sumergí en su cabeza, en sus recuerdos y le mostré uno a uno sus actos. Le mostré el rostro de su hermano, le mostré su infancia juntos, le mostré el daño que ambos hicieron a sus súbditos. Mostré el dolor que sus acciones llevaron más allá de sus fronteras, lo obligué a ser testigo de todo aquello que yo había visto desde que salí de Bajo Raíz. La cadena de eventos que había comenzado con su primera conspiración, con su trato con las sombras, las que él no quería ver.

Ahora estaba libre, no por mi voluntad, sino por la suya. Había triunfado sin usar la violencia. El pobre viejo se acercó a mí con los ojos rebosantes de lágrimas.

—¿Qué he hecho? —preguntó.

A diferencia de Rass, él no había estado privado de su voluntad, solo se había dejado llevar por la rabia, por el hambre de creer que podía doblegar al universo, a los hombres e incluso a los mismos dioses. Yo no tenía tiempo de explicarle, de consolarlo. Ahí lo dejé, a la espera de otros humanos más sabios que yo. Adelante mío estaba el verdadero desafío, estaba Toru.

III

A menos de un kilómetro de ahí, la batalla de mis amigos se estaba librando. Yahil lanzaba una y otra vez a los mercenarios por los aires.

—Mi estilo de Bajo Raíz no es tan efectivo en estos lados —dijo mientras estrellaba las cabezas de dos mercenarios.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kenta mientras hacía retroceder a otros dos.

—Porque allá las paredes son sólidas; cuando lanzo a alguien por los aires se estrella contra ellas y no vuelve a levantarse por el tortazo. Acá las construcciones son de papel y madera, los lanzos y cruzan una pared, luego otra y otra, pero se vuelven a parar. Por eso es mejor estrellarlos entre ellos, tienes un efecto doble inmejorable.

—Ya veo, qué sabio de tu parte; se notan tus meses de estudio en la universidad.

—Muchas gracias.

El grupo resistía bien, pero sus energías se agotaban. Kenta recibió un golpe en la espalda que lo arrojó al suelo y estuvo a punto de ser cortado en dos por un gigantesco minotauro, pero una criatura más parecida a una rana que a un humano logró detener el golpe con su sable.

—¡General Kappal! —gritó efusivamente Ipi desde su posición.

Kappa no podía ser visto, y los asesinos con tratados por el emperador simplemente no sabían

quién los golpeaba. Era simplemente un borrón ante sus ojos.

Los mercenarios estaban cargando sus armas de fuego. La primera explosión arrojó a Yahil lejos, pero este logró incorporarse.

—¡Tienen cañones! —gritó el golem a la gente—. ¡General, sáquelos de aquí!

Nadie retrocedió; por el contrario, el general avanzó. Los mercenarios que estaban más atrás de su barricada no podían creerlo, era gente común que se le venía encima.

El kirin atacó en su forma sagrada, y ninguno de los mercenarios fue capaz de levantar su espada en su contra. Pero no todos venían de las islas, algunos habían cruzado el mar desde lugares lejanos, donde otros dioses tenían sus nidos en el corazón de los hombres.

—¡Disparen! —gritó uno de aquellos mercenarios—. ¡Disparen malditos!

Su orden fue cumplida, la bala fue disparada y se dirigió directo a los improvisados combatientes. Mi amigo golem no iba a permitir eso, había estudiado a los humanos, no podía dejarlos morir así. Cada día en la Tierra era valioso para él, en sus casi tres años de vida había aprendido tanto, pero también había aprendido que había vidas que trascendían a la muerte si es que eran vividas con valor. Así fue como se puso entre la bala y los ciudadanos. Quiso tomarla entre las manos, pero su fuerza era demasiada, así que la detuvo con su



pecho. La explosión sacudió el cielo, a la tierra y a los hombres que habitan sobre ella.

Cuando el polvo se disipó había muy poco de Yahil, el golem antropólogo, que pudiese ser salvado. Ya nada podía detener al pueblo que se levantaba contra los mercenarios. Estos corrían tan rápido como sus blindados cuerpos se lo permitían. Finalmente, la batalla de Churo, como sería recordada, fue ganada por hombres y mujeres comunes y corrientes inspirados por un ser que se ganó su humanidad con mucho esfuerzo.

Los generales reagruparon juntos sus fuerzas, mientras Kenta y Calamidad ordenaron las piezas de lo que había sido su amigo. Vieron al ejército marchar sin ellos, pero ya los alcanzarían. Ahora debían rendir honores a un héroe, y claro, buscar una carretilla para transportar sus partes.

IV

Bajé las escaleras que separaban al calabozo del vacío palacio. Mi corazón estaba saltando tan fuerte que me dolía el pecho. Estaba en la sombra profunda. Este no sería como mi combate con Rass, aquí la sombra estaba viva, era líquida y se adhería a tu piel. La escuchaba susurrando cosas en mis oídos, llamando a que me rindiera, a que dejara este camino. Me mostró la caída de Yahil, aun antes de que pudiera enterarme. Dudé, pero en ese momento mi voluntad era más grande que la de ella.

Escuché voces del pasado, a mi padre, a mi hermano, a Rass y Azkav. Escuché a Clovis, todos pidiendo que me rindiera, que estaba equivocado, que Toru estaba perdida para mí. Luego escuché a la propia Toru decir que mis acciones la lastimaban, que me entregara a la sombra en su nombre. Que dejara que lo que sentía por ella se muriese en el frío.

Ahogué la fuerza de Ciempiés, no quería destruir el castillo, solo quería resistir los llamados de la penumbra, pero para eso bastaba conmigo mismo. Entonces recordé las palabras de mi hermano.

—Soy un cabeza dura.

Llegué a la planta baja, la sombra tomó la forma de una criatura regordeta, con la cara sin expresión; había una terrible boca dentada en su estómago. La cosa esa tenía tres hileras de dientes, como un tiburón. Ladraba y se movía amedrentándome. Comenzó una torpe carrera hacia mí.

—Abraza al miedo —susurró con maldad la sombra tras de mí.

Estaba acorralado entre la sombra profunda y el miedo. Mis fuerzas caían, pero Ciempiés desperdició aquello que me había hecho llegar aquí. ¿Acaso la vida de Clovis había sido en vano? ¿Acaso lo había sido la breve vida de Yahil? ¿O la de mi abuelo? No, porque ellos, al igual que yo, tenían fe en eso que brillaba en todas las cosas, en esa esperanza de otro día. Esperanza de que amar significaba algo. Podía amar a un pueblo, a una ciudad o a una persona. Así, cuando aquella cosa terrible estuvo a mi

lado, no resistió mi voluntad, tenía miedo, el punto es que yo no creía en monstruos, no de esa clase al menos. Mi enemigo me había subestimado, y esta sería la última vez que lo hiciera.

Encontré un largo pasillo que descendía con una pequeña inclinación hacia el centro mismo del palacio. Lo tomé sin pensarlo demasiado. Mientras bajaba, la luz volvió a mis ojos y reconocí ese brillo: era el resplandor prisionero de la luna, merodeando estos pasillos, ciego y asustado. Eso era lo que habían visto los insectos de Ciempiés, eso era a lo que temían, a las sombras proyectadas en estos estrechos pasillos, en estos calabozos hechos para generar miedo y violencia.

—¡Toru! —grité.

No sé qué esperaba por respuesta. Lo más probable es que solo estuviese gritando para acabar con el silencio. Los pasillos se hicieron aún más estrechos. Hasta que sentí una presencia deambular por uno de ellos. Era luz de luna encarnada, Toru o, al menos, parte de ella.

—Una bestia lunar —dijo Ciempiés— está inquieta, busca a su ama en la penumbra.

El viejo dios en mi cabeza quería advertirme, pero yo no podía escucharlo. Fuese lo que fuese, no me detendría. Aquella criatura apareció por el comedor. Brillaba intensamente. Tenía la forma de un leopardo o algo así.

Fija sus ojos en mí, son de plata y cruzan mi alma. Es feroz, podría destruirme si así lo quisiera,

pero lo único que veo en ella es miedo. Había comido tanto para llegar aquí, había visto lo que la sombra hacía, cuando volcaba un bien contra otro. Yo no podía dañar a algo tan hermoso, algo que de cierta forma había nacido de ella.

—Dime tu nombre —dije.

La bestia se detuvo, mirándome atónita.

—Dime tu nombre, es la única forma de que los dos salgamos de acá.

La bestia se acercó a mí, yo no me moví; esperé a que se acercara y la dejé susurrar.

—Kamer es mi nombre —dijo—. Soy el brillo de la luna.

Puse una mano sobre su lomo y sentí cómo su luz entraba en mí; también lo hacía su ira, su miedo y su amor por Toru.

—Hola, gatito —dijo Ciempiés dando la bienvenida al recién llegado, el cual por supuesto no le contestó.

Vi un nuevo tatuaje dibujarse en mi piel, está vez sobre mi muñeca derecha. Quizás debía empezar a cobrar pasajes.

V

Los rebeldes llegaron al palacio guiados por Ipi, el general. Unos pocos soldados presentaron resistencia, pero cuando vieron a los legendarios generales encabezando la revuelta supieron que debían bajar sus armas.

Los libertadores encontraron al emperador. Estaban confundidos, esperaban al gran hombre que amenazaba la paz del mundo, pero solo vieron a aquel anciano llorando sobre sus obras. No había venganza posible sobre aquel hombre. Los generales lo tomaron en custodia, seguía siendo un Kami, un descendiente de los emperadores originales y merecía respeto.

Kenta se había separado de su felina compañera. Usó el arte de las sombras para entrar en los túneles, no había penumbra que pudiese asustarlo. Había luchado en ellas toda su vida, primero por sobrevivir, luego por su honor y ahora lo estaba haciendo por algo superior incluso a eso.

Escuchó un pequeño aplauso surgir de aquellos viejos pasillos. Era aquel hombre pequeño que hablaba por los emperadores. No podía estar seguro realmente de cuántas personas había dentro de ese cuerpo. Escuchó su respiración, luego lo escuchó sacar su espada.

Pudo esquivar el primer golpe, pero el calvo seguía atacando.

—Asesino —dijo—, ya es hora de que dejes de huir, estoy esperando visitas más interesantes.

La espada rozó el traje de Kenta. Sabía que si fracasaba, su honor jamás podría ser restaurado. Esa cosa había conducido al imperio, a su emperador y su vida a la ruina. Era hora de desenvainar. Hizo un movimiento circular que cortó el aire, y alejó a su enemigo un par de metros. Luego dio un

paso, pero se dio cuenta de que algo así como una sombra líquida sujetaba sus pies.

—Ah, para ser un asesino eres bastante ingenuo. —La serpiente tatuada sobre la cabeza de aquel hombre era la que hablaba—. ¿Pensaste que yo iba a pelear limpio?

—¡Eres un demonio! —gritó Kenta con toda su fuerza.

—Oh, no, esos términos no nos gustan para nada —dijo la serpiente—. Soy una criatura práctica, soy un contador y he formulado mi veredicto: seres como tú sobran en la creación.

—No podrás destruirme tan fácilmente.

—No pienso destruirte —continuó la serpiente—, quiero más bien descrearte. Es como si nunca hubieses existido.

Kenta sintió cómo sus memorias comenzaban a borrarse, cómo su presencia se iba poco a poco a un lugar frío. No era una sombra, era algo peor que eso. Lanzó un golpe contra aquel enemigo ahora omnipresente. Hirió al calvo, pero no parecía tener efecto alguno; el asesino se ahogaba en la nada.

Aquella sombra guardó silencio, estaba asustada, porque notó un brillo blanquecino que remplazó a la sombras. Me permitió sacar a mi amigo de la escena, no era una pelea justa.

Kenta no podía ver la luz a su alrededor, pero pudo oler los aromas dulztones del fin del verano; ya no estaban en los túneles.

—¿Qué es este lugar? —preguntó al sentirme en frente de él—. Me morí, ¿verdad?

—Bueno, no es un lugar —dije—, es un momento. Esto es la Fuente, lo que el Descreador está buscando, y no, no estás muerto. No aún.

Entonces sintió cómo desaparecí antes sus ojos, porque yo seguía en aquellos pasillos, ahora frente a aquella criatura. Debí de haberlo sabido ese día en el hospital, debí de haber gritado su presencia, pero en vez de eso lo dejé infectar a Rass, lo dejé corromper más gente.

—Dejaste voluntariamente que el contador entrara en ti, ¿no es verdad? Era tu única manera de conquistar el imperio —dije—. Siento pena por ti, porque sacrificaste tu alma por algo que ahora vas a perder.

Sacó su espada y la blandió contra mí. No era nada más que un pedazo de metal, yo había puesto toda la energía de Ciempiés en mi brazo izquierdo y lo proyecté más allá del plano físico. No quería golpear a aquel hombre, ese no era mi destino.

La serpiente dibujada se lanzó contra mí, Ciempiés surgió de su escondite y ambos se enredaron en una espiral de energía que estaba destruyendo el palacio. La energía que emanaba de ellos quemaba mi piel.

Aproveché esa unión para enviar mi energía hacia la oscuridad; la hice viajar por sus fríos llanos, por los pantanos de su razón. Cruzé un universo de horror hasta tomar su corazón, entonces lo apreté fuerte, y como un gran espejo se quebró. No murió, porque nunca había estado vivo, simplemente corté el reflejo a aquel viejo universo que

insistía en infiltrarse en el nuestro. Ciempiés pudo mostrarme los recuerdos de Raimilla. ¿Por qué me importa tanto ella? También pude ver cómo las sombras corrompieron a mi maestro. Esto no pasará otra vez.

—Adiós —le dije.

Pude ver el rostro de terror en aquel pequeño hombre, ahora estaba solo para enfrentar su propia vida, pero esa no era mi batalla y lo dejé escabullirse, no tenía odios con su persona y ya muchos habían sufrido por culpa de aquellas sombras. Le dejé huir, no era mi presa.

--*

Toru yacía en la sala inferior, estaba encerrada en una cámara de suspensión animada. La luz que la contenía hería mis ojos que se habían acostumbrado a los pasillos oscuros.

Mientras ella estaba encerrada ahí, cientos de terminales eléctricas estaban conectadas a su delicado cuerpo. Había un solo operario en los controles, vestía un largo traje gris, antiparras negras y guantes de goma.

—Fantástico, ¿no te parece? —dijo sonriendo—, estoy operando a una diosa, como quien usa una batería de energía o una fuente de magia.

Ciempiés se erizó por completo. Al comienzo pensé que era por la presencia de la diosa, pero era este extraño quien realmente lo asustaba.

—No te preocupes —dijo con calma— Yo no estoy realmente aquí, es una proyección; puedes atravesarme con tus manos si quieres.

Lo hice. Efectivamente, era algún tipo de proyección de su cuerpo.

—Te confieso que jamás creí en este proyecto, demasiado complejo como para funcionar. A mí denme cosas simples, un ataque frontal, una posesión... Sí, por tu cara veo que ya sabes cuál es mi nombre.

—Descreador.

—Excelente —dijo con cara de verdadera fascinación—. Qué nombre más descriptivo, ¿no te parece? Es decir, no solo descreo, a veces también destruyo, que no es lo mismo, pero te indica bastante bien qué clase de criatura soy.

Aproveché la pausa para quitarse las antiparras y mostrarme los profundos pozos negros que eran sus ojos.

—Me quedé un rato para conocerte en persona —continuó mi enemigo—. Es mejor que por ahora tome distancia, al menos hasta que los dos estemos listos para hacer algo interesante, ¿no crees? Ganaste esta y quizás ganes un par más, pero al final del día siempre gano yo. Las cosas se deshacen, se olvidan, como si nunca existieran, no hay suficiente voluntad en todo este universo que pueda contenerme.

Quizás tenía razón, quizás no, pero yo no tenía tiempo para él.

—A propósito, te deseo buena suerte en tu intento por liberar a una diosa enfurecida en este mundo inestable, un error pequeño y, bueno, puedes imaginarlo. ¡Ta Ta!, nos vemos.

Lo dejé desaparecer mientras dibujaba una sonrisa burlona.

VI

La luna negra emanaba de esa máquina. Aquello que nos había privado de poderes hacía a Heng-O más poderosa en su novena casa, pero era hora de terminar con este asunto. Ciempiés emergió dentro de mí, comenzó a absorber aquellos insectos que le habían robado. La barrera no se debilitaba.

Calamidad apareció llevando una pequeña carretilla con los restos de Yahil.

—¡Debes abrir paso para que ella salga de ahí! —gritó la gata—. Si la fuerzas a salir, vamos a ser parte de la historia, literalmente.

Ella tenía razón. El esfuerzo era mucho, incluso para Ciempiés. Abrí una puerta en el tiempo y nos vinculamos directamente a la Fuente. La diosa abrió sus ojos. No me conocía, peor que eso, dentro de mí vivía un viejo enemigo suyo. Yo no podría ser su guía.

Miré mi muñeca y me concentré en el nuevo ser que se había unido al gran vacío de mi alma. El leopardo lunar apareció frente a ella, la bestia

camino hasta ella y sirvió de lazarillo. Hasta que salió de su propio campo de fuerza.

La diosa era alta, de cabellos negros y ojos rasgados. Vestía de noche, con estrellas sobre su traje. Cada una contenía un mundo, miles de historias colgaban de ellas, miles de suspiros y todos aquellos regalos que había recibido de los mortales durante siglos. Estábamos de regreso en el origen. Ella ya no estaba en la casa de la ira. Cuando abrió los ojos me miró fijamente como tratando de entender lo que sucedió.

—Toru —dije.

La diosa tomó la forma de mi amada.

—Omar —dijo ella—, Toru está aquí contigo. Ella está en la siguiente casa de la luna, la luna nueva. Todavía no está lista para regresar al mundo de los hombres. No es un avatar maduro.

—Lo vi, puedes razonar lo que quieras conmigo —dije—, pero yo la amo.

—Lo sé —dijo derramando una lágrima— porque soy yo la que te ama, Mago del desierto, porque no serás un hombre como cualquier otro. Un día, incluso los señores del cielo se arrodillarán ante ti. Pero yo soy la luna, debo seguir caminando, porque ni siquiera los dioses tenemos derecho a detener la marcha de los astros.

Puso su mano en mi frente, me regaló las memorias de sus ciclos, su amor por mí. Me regaló los recuerdos de mis compañeros, los caídos y los vivos, porque ella había regresado a ser la luna, la princesa de todas las leyendas.



—Nos veremos todos los días —dijo la voz de Toru—. Un día yo estaré ahí en la Tierra y nos volveremos a tomar de las manos. Será diferente, pero siempre pensaré en ti y tú no me habrás olvidado a mí. Está escrito.

Cortó nuestra conexión a la Fuente. Kenta estaba junto a mí, herido, necesitaba atención médica. Y Yahil necesitaba algo más que eso.

—Puedes usar la máquina para regresar por ella —dijo Calamidad—; tardaría un rato, pero creo que el poder de Ciempiés sería suficiente para hacerla funcionar.

—No.

No quise explicar más. Mis amigos estaban heridos, exclusivamente porque habían seguido mi cruzada. Había visto lo que el deber hacía cuando se cumplía sin humanidad. Esa había sido la lección. Ese derecho a elegir quienes somos y lo que hacemos es lo que nos hace estar por sobre los mismos dioses. No soy un filósofo, soy un aprendiz de mago, nada más.

Yahil se había ido. La muerte estaba más allá de mis poderes. Los paladines con su fuerza de voluntad solían crear golems todo el tiempo, pero yo no quería un golem que se pareciera a mi amigo; lo necesitaba a él de regreso.

—¿Quién puede ayudarme? —pregunté mientras dejábamos el palacio al cual ahora los generales prendían fuego.

Nadie me contestó. Las doctoras atendieron a Kenta, quien recuperó la razón solamente para

preguntar dónde estaba su presa, pero pronto comprendió que no estaba en condiciones de ir a perseguir a aquel calvo traidor.

Kirin brillaba, la luna había regresado y con ella sus poderes.

—¡Destruimos este palacio para comenzar una nueva era! —gritó a su pueblo—. ¡La guerra ha terminado!

Todas las criaturas podían ser corrompidas por el poder, pero Kirin no tenía intenciones de ser emperador. En vez de eso, el pueblo lo nombró como shogún, un guerrero capaz de velar por el honor del imperio, por la paz y de negociar la paz con todos aquellos pueblos que habían sido ofendidos durante la guerra. La capital sería también el hogar del emperador, el que ejercería su cargo cada seis años, al menos hasta que regresara Toru a esta tierra y pidiera el trono que le correspondía por ser un Kami en la tierra.

Un lugar llamado Bajo Raíz

I

Encontramos a Strummer haciendo su *show* en la capital. La recepción de este espectáculo estaba dividida en dos: los que creían que era la música del futuro y los que simplemente querían colgarlo. Como estos últimos constituían al menos el ochenta por ciento de la población, los vikingos de vapor estaban listos para navegar a mares más amistosos.

No recibimos despedidas ni agradecimientos. Eso hubiese destruido nuestro triunfo. Esta gente tenía derecho a creer o, mejor dicho, a saber que habían conseguido la libertad por sí mismos. Nuevamente éramos anónimos, no había precio sobre nuestras cabezas, ni seres raros acechando tras las puertas.

Kenta sanó velozmente. Había estado pensando en aquel tipo que se le había escapado. ¿Por qué había fallado? Le expliqué que había tenido un duelo con un señor de la penumbra y había sobrevivido. Eso ya era increíblemente honorable, pero no se sintió especialmente satisfecho³⁷. Aún así se daba cuenta de que para su clase no había lugar en una nueva nación. Si se quedaba, otros

³⁷ Observemos que ese es el punto donde realmente comienzan todos los males, no exagero.

como él tendrían una inspiración. Si alguien quería desafiarlo ahora, debía viajar hasta la ciudad eterna, donde los duelos estaban prohibidos³⁸.

Comenzamos a preparar las calderas. Cada uno de nosotros tenía un motivo diferente para guardar silencio. Incluso Calamidad iba silente.

El barco soltó humo blanco y marchamos. Seguimos el camino del sur, sobre un océano sin rostro, sin amenazas sobre nosotros.

Habíamos triunfado, pero todos habíamos perdido algo. Tardé semanas en retomar mi conexión con la Fuente. Cuando volví a ese lugar ya no estaba Heng-O, había regresado a su reino celestial. Ahí cuidaba de Toru, preparándola para su tarea en la Tierra.

—Sea lo que sea que haya pasado en las Islas —dijo Strummer— no puede interrumpir el camino que has comenzado. Tus ojos ya no miran igual que antes; eso puede ser bueno o puede destruirte.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, yo no soy sabio ni nada, seguramente tú ya sabes más cosas que yo. El futuro no está escrito y este es el comienzo, no el fin.

El capitán se marchó. No era bueno con los discursos de sabiduría. Lo suyo era mandar un barco y algunas veces sembrar la rebeldía en forma de canciones incomprensibles. Pero más allá de las payasadas tenía razón.

³⁸ Bueno, no es que eso haya detenido a alguien en Bajo Raíz, donde incluso existe el barrio de los duelos.

II

Regresando a la ciudad acudimos al consejo y rendimos el informe correspondiente. Con Calamidad y Azkav como testigos fue poco lo que pudieron decirnos. Sobre el Descreador les mostré lo que pude, pero lo condicioné a una sola cosa: hablaría siempre y cuando el Alto Paladín me ayudara a recuperar a Yahil. Se negaron. Entonces cerré mi boca, una, dos, tres horas. Accedieron.

Llevamos a Yahil al altar central de los paladines. Había sido muy difícil rescatar al golem. Más que un cuerpo completo, se trataba de su cabeza, parte del torso, su pierna izquierda, su brazo derecho y su codo izquierdo.

El poder de los paladines consiste en usar su voluntad en el mundo real, no para cambiarlo, sino para dirigirlo. El poder de ciempiés hace algo similar, el de los magos va directo a la materia. Íbamos a necesitar todos esos poderes ese día.

Nadie reparaba jamás a un golem, la gente simplemente se hacía otro. Yo no quería a otro amigo, quería a mi amigo. Él era una persona única e irreplicable. Primero, el Alto Paladín armó un cuerpo, lo dotó de vida y voluntad; Rass usó su poder para ligar toda la esencia temporal de Yahil, o sea, las memorias remotas que estaban atrapadas dentro de las paredes de nuestro cuarto. La construcción estaba casi completa, con eso pudimos haber creado algo igual a mi amigo. Esto no era suficiente.

Pasé la noche en el templo. Con ayuda de Azkav encontré mi camino de regreso a la Fuente. En ese jardín donde todo empezó me concentré en el alma de aquel a quien buscaba en el plano astral. Yahil estaba leyendo un libro; no era uno de esta Tierra, sino de otra, donde nuestra aventura era una historia de ficción, donde éramos personajes y alguien había escrito sobre nuestras vidas.

—Te ves muy tranquilo —le dije.

—Es que el multiverso es muy entretenido; alguna vez deberíamos recorrerlo —dijo sonriente—. Mira, estaba leyendo este libro; aquí dice que vendrías por mí.

—Yahil —dije con escepticismo—, eso es fantasía; ya sabes, yo no...

—Ya sé, ya sé, no crees en la fantasía, pero estás aquí, has venido por mí. ¿Regresamos?

—Sí, por favor —supliqué—, no quiero volver a este lugar por un tiempo

Retornamos a la habitación. El golem estaba completo. Sin embargo, su cabeza y su cuerpo tardarían un par de semanas en ajustarse, lo que mi amigo aprovechó para ponerse al día con sus lecturas atrasadas. Una cabeza sin cuerpo no tiene tantos problemas de distracciones.

Kenta estaba confundido y no sabía si debía regresar a las penumbras. Después de todo, ya no era un asesino, así que pidió asilo al consejo el que

no solo se lo concedió sino que incluso le dio una beca para incorporarse al programa de estudios que formaba a los nuevos guardias de la ciudad.

Ambos tratamos de contactarnos con Raimilla, la bruja que había enfrentado en el desierto. Todavía había algo que me inquietaba de ella y no sabía qué era. Pero las autoridades de la ciudad la habían liberado de su prisión mucho antes de nuestro regreso y claro, había desaparecido. Si permanecía o no en la ciudad era un misterio.

¿Pero qué pasaría conmigo? Bueno, había causado suficiente trastorno por un buen tiempo. Después de pagar mis deudas con la ciudad, se me canceló mi matrícula en la universidad. No podría volver a estudiar, pero se me había dado el grado de Mago Superior Nivel Básico. No dejaba de ser un título, pero no era el que yo soñaba.

Rass dejó a una Junta de Magos a cargo de su escuela. No era una mala elección, así se podía dedicar por entero a su café, donde seguía siendo mentor de todo estudiante que tuviese el buen gusto de ir por un capuchino. Además, con una junta impedía que los maestros se mataran entre ellos por el puesto de director³⁹.

Se me pidió que me quedase. A pesar de mi expulsión como estudiante, se me había extendido una invitación para ejercer como profesor. Pude haber permanecido entre las seguras paredes y dejar

³⁹ Como ya había ocurrido unas veintidós veces antes.

atrás mi vida de aventuras. Casi lo hice, pero debía encontrar a mi tribu, ver la luna en el desierto.

Yo no me estaba yendo para siempre. Esta ciudad no se libraría de mí aunque me expulsaran de ella⁴⁰. También estaba el asunto de Ciempiés, quien había cometido su buena dosis de atrocidades que debían ser reparadas en las tierras del sur, las que prometí visitar.

Me despedí de Calamidad, que fue la única que derramó una lágrima por mi partida. Azkav no quiso mostrar su huesudo rostro el día de mi partida, quizás sabía que le reclamaría el jamás haberme presentado a las Zheroínas, pero eso no importaba ahora.

Me interné en las arenas sin intenciones de mirar atrás y simplemente volví al lugar de donde había partido. Mientras avanzaba, sabía que Toru me miraba desde su lugar en el firmamento. Todo estaba bien en mi corazón".

III

El viejo terminó su relato, el sol estaba tiñendo el cielo de un azul intenso. Los niños eran los únicos despiertos, Rustam no salía del conjuro que la historia había tejido para él.

—¿Desde cuándo no ha vuelto a la ciudad?

⁴⁰ Cosa que casi hacen, pero la moción de exiliarme perdió por dos en contra, uno a favor y un voto en blanco.

—Desde ese mismo día —contestó con nostalgia el anciano—. Me entretuve en el sur, tuve muchas aventuras, ya saben, así es esto.

Rustam parecía un poco desilusionado de la respuesta. ¿Dónde estaban esas personas? Todo había pasado hace tantos años.

—Faarih —preguntó el anciano—, ¿qué piensas de la historia?

—Yo no te creí nada —dijo molesto el chico.

—¿En serio? Bueno entonces la ciudad será aún más sorprendente para ti.

Los adultos comenzaron a despertar, el líder de la caravana hizo sonar su cuerno. Lentamente los cansados viajantes pusieron en orden sus pertenencias. Pronto las puertas abrieron y siempre había aglomeraciones en la puerta sur. Aún lucían nerviosos, pero aquellos que habían escuchado parte de la historia despertaron con algo más de seguridad en sus cuerpos.

—¿Qué pasó con el Descreador? —preguntó Rustam al viejo— ¿Yahil aún vive en la ciudad? ¿Podremos verlo?

El viejo le regaló una sonrisa.

—Son solo cuentos —dijo Faarih continuando su desafío—. Allá en el sur dicen que no se puede confiar en los beduinos, son todos unos mentirosos.

El viejo se encogió de hombros, pasó su mano por la fogata. Las brasas siguieron su movimiento y luego se apagaron. Los chicos estaban con la boca abierta.

—Vamos, sus padres los esperan. Yo los alcanzaré más tarde.

Los niños asintieron sin cerrar sus bocas. El viejo contempló la caravana avanzar, se sintió cansado por el trasnoche, un escalofrío recorrió su cuerpo, una presencia conocida estaba acechando desde las penumbras próximas. Ciempiés se puso alerta y mandó a un pequeño ejército de hormigas a explorar las cercanías, pero aquella presencia era elusiva y no bastaba un montón de bichos para poder detectarla.

Cuando el viejo dios no tuvo resultados, Omar entendió de quién se trataba.

—¿Crees que les gustó la historia? —preguntó el mago disfrazado.

—Creo que la cuentas mal —contestó la voz—. Le das poco protagonismo a la gatita negra, dicen que es mucho más interesante. Además, dejaste muchos cabos sueltos.

—Supongo que debe ser porque la historia aún no termina, ¿no es así Calamidad?

Ella surgió de su escondite, con su sonrisa de gato iluminándole el rostro.

—Tardaste en volver —dijo—. Sabes que las cosas son muy aburridas sin ti en esta ciudad.

—Eso es mentira, en Bajo Raíz siempre está pasando algo.

Ella movió la cabeza afirmando.

—Lo decía para animarte —dijo ella lanzándose sobre los brazos de su amigo—. Te tomaste tu tiempo en regresar. Oye, ¿me haces un favor?

—Dime.

—Quítate ese estúpido disfraz.

Omar se quitó la capa, luego el sombrero, la barba postiza, se puso sus botas normales. Con ayuda de algunos instrumentos, se quitó el maquillaje, y dejó al descubierto un tatuaje negro con forma de ciempiés.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había entrado a la ciudad. Ese día cumpliría quince años y muchas cosas en él habían cambiado.

Miró hacia el horizonte y pensó en todos esos lugares donde aún no habían ido. Aún tenía esperanzas de que en alguno de ellos pudiese encontrar a Toru.

—¿Y qué conclusión sacaste de todos tus viajes? —preguntó la curiosa gata parlante.

—Que la mejor parte de viajar y ver nuevos mundos es regresar.

Ambos caminaron rumbo a la ciudad eterna, hablaron de cientos de cosas que nadie más entendería, se rieron juntos. Pronto el ruido de la ciudad no dejaría oír nada más.

Índice

Primera parte: Aprendizajes

Consejos para viajeros.....	8
En la nación del asombro.....	21
Los amos de Bajo Raíz.....	45
El baile del asesino.....	58

Segunda parte: Desiertos

Doce cielos azules.....	80
El templo, el monje y la gata.....	89
El dios Insecto.....	113
Luna roja.....	124

Tercera parte: El Descreador

La trampa.....	144
El mar no tiene cara.....	174

Cuarta parte: Héroes

Las trampas del honor.....	194
Las Islas de Jade.....	209
Toru.....	237
Un lugar llamado Bajo Raíz.....	260